Sergi Bellver

BLANCO MÓVIL

Crónica del nómada que
lo apostó todo por un sueño

AGUILAR

SERGI BELLVER

BLANCO MÓVIL

CRÓNICA DEL NÓMADA QUE LO APOSTÓ TODO POR UN SUEÑO

AGUILAR

Para aquel chaval desesperado,
de un hombre tranquilo

Cuando una alegría sube desde el papel blanco hasta mi mano, tengo la certeza de que nadie está perdido.

CHRISTIAN BOBIN, *Negro claro*

Toda adquisición es una responsabilidad y por ello una servidumbre. De ahí que ciertas tribus recolectoras […] hayan decidido no poseer nada, lo que, paradójicamente, no es un signo de pobreza, sino de riqueza. Eso les permite la movilidad, la errancia, es decir, lo que no tiene precio: la libertad.

JULIO RAMÓN RIBEYRO, *Prosas apátridas*

Caminante que vas
buscando la paz en el crepúsculo,
la encontrarás,
la encontrarás
al final de tu camino.

FRANCO BATTIATO, «Nómadas»

BASADO EN TECHOS REALES

Hace tiempo anoté en mis cuadernos que un diario —y, por extensión, casi cualquier texto literario en primera persona— es una forma elaborada de mentira, pues pretende hacer pasar por confesión o testimonio lo que no deja de ser un relato deliberado que el autor, más o menos consciente, hace de sí mismo. Con esa alarma de seguridad conectada en mi cabeza para no exagerar las cosas ni ponerme demasiado solemne, con el pudor justo y necesario, entre las líneas rojas de mi ética personal, desde cierta noción estética del mundo y, en algunos momentos, inducido también por la vergüenza ajena, sé que voy a tirar más páginas a la papelera de las que llegarán por fin a mi editora. Pero es sobre todo mi voluntad de compartir con los lectores el sentido o el posible valor transferible de una forma de vida alternativa —e ir más allá del chisme, el morbo o el drama de sus circunstancias— lo que me ha llevado a escribir este libro bajo dos premisas muy claras: ni contarlo todo ni inventarme nada.

Si, como apostilló mi admirado Joseph Conrad en una nota previa a *El corazón de las tinieblas*, su novela era una «experiencia llevada un poco —y sólo un poco— más allá de los hechos reales del caso, con el propósito perfectamente legítimo», creía el autor, «de traerla a la mente y el corazón de los lectores», *Blanco móvil* vendría a ser un relato bastante recortado —bueno, a lo mejor sólo un poco— de mi propia experiencia para, con el mínimo filtro, ofrecérsela al prójimo como si le prestara unos prismáticos. Quizá para que prescinda

de los ángulos muertos que lo rodean y, a través de esa otra lente, pueda enfocar con más detalle su propia realidad y, quién sabe, acaso descubrir en ella un punto de fuga que le abra una perspectiva distinta o nuevos caminos por los que seguir adelante.

Además de extenso y aburrido —para los lectores y para mí mismo—, hubiera sido un disparate detallar aquí todas las casas por las que he pasado —pocos días, unas semanas o varios meses— desde hace algo más de una década, cuando dejé de «tener» domicilio fijo por un desahucio y, tras otros dos años de odisea existencial, comencé de veras con mi peculiar vida nómada. Pero, aunque no están todos los que fueron, cada uno de los techos que aparecen en esta crónica son absolutamente reales. Por otro lado, después de meditarlo mucho y por buenos motivos, he decidido no mencionar en el relato a ninguno de mis anfitriones. Los agradecimientos y las dedicatorias de mis cuatro libros anteriores suman ocho páginas, y en ellas permanecen negro sobre blanco un centenar de nombres y apellidos, los de quienes me acogieron en su casa, me prestaron una vivienda vacía o me pidieron que cuidara de sus mascotas mientras estaban de viaje. Los nombres de todos aquellos que, de un modo u otro, me ofrecieron el espacio y el tiempo que necesitaba para mi escritura. Personas anónimas, compañeras de oficio, amistades de otros ámbitos y también varias figuras relevantes de las letras en España y América Latina, por lo que he preferido ser discreto —la mayoría de ellas, o al menos las que más me importan, saben muy bien lo que nos une, lo que les debo y lo que siento— y, de paso, dejar de lado la banalidad de lo que algunos consideran aún «la vida bohemia», esa parafernalia a veces tan tediosa y ensimismada en la recurrente «literatura del yo». Como lector, soy el primero al que no le interesa lo más mínimo dónde, cuándo y con quién come, bebe, discute,

conspira, se droga o se acuesta un dizque artista. Sólo si de verdad tiene algo que decirme con su obra. Como escritor, qué menos que ahorrarles a mis lectores las mismas cosas que me hacen bostezar delante de un texto.

Lo que este libro pueda llegar a sugerir o motivar en el prójimo durante la intimidad de la lectura me importa mucho más que la reputación de mi ombligo en un oficio en el que a menudo se etiqueta a un autor por una foto de solapa, un perfil en las redes sociales, una frase de faja o un titular en la prensa, pero en el que, en general, se lee muy poco. No lo publico, pues, por el mero hecho de contar mis batallitas como escritor nómada, sino con la humilde —pero nada modesta— intención de convertirme por unas horas en algo así como un aliado para cualquier persona que esté ahora mismo inmersa en una guerra muy particular. Una que nos hermana a muchos y no distingue entre países, culturas ni generaciones: la que millones de jóvenes y adultos libran a diario entre lo que sueñan —lo que quisieran hacer en realidad con su existencia— y lo que los demás esperan o exigen de ellos. A mí me costó media vida y un enorme batacazo —material y emocional— resolver esa tensión interna, bajarme en marcha del tren de la supuesta normalidad y decidir mi propio camino. Si estas páginas sirven para que una sola persona abandone también la inercia de un vagón tan absurdo —esa «norma» por la que tanto peleamos por encajar— y, a su manera o según su naturaleza, su deseo y sus medios, eche a andar sin que otros vuelvan a marcarle el paso, ya me daré por satisfecho.

Deltebre, octubre de 2022

DE LA VIDA NÓMADA

Empecé a escribir con cierta conciencia de lo que era la literatura hace quince años y llevo ya una década como nómada. Desde mis primeros textos tuve claro que mi vocación implicaba un estado de insatisfacción permanente, pues nunca iba a alcanzar la obra maestra, el cuento perfecto o la novela total, sino más bien una torpe colección de pruebas y errores que, con suerte, me llevarían paso a paso hacia algún libro que quizá sí valiera la pena publicar. Aunque en este capítulo me referiré a ella para darle contexto y sentido a todo el relato, mi vida anterior a ese giro de timón existencial carece de interés en esta crónica o en la solapa de cualquiera de mis libros. A veces, incluso para mí mismo, salvo por las lecciones aprendidas y los buenos momentos atesorados. En cierto modo volví a nacer el día que decidí dedicarme a la literatura. Años después tuve una crisis personal y material que estuvo a punto de hacer que tirara la toalla, pero justo en aquel instante me negué a claudicar y, desde entonces, mi vocación y mi existencia son como una diana que nunca está en el mismo sitio. Un blanco móvil.

Este es el libro que más me ha costado escribir hasta la fecha, y eso que utiliza como pretexto el único tema en el que soy un verdadero experto. La mayor autoridad mundial, de hecho: mi propia vida. Precisamente por ello he tenido que hacer un gran esfuerzo para vencer mis reparos a ponerme «delante de la cámara», como bien saben mis mejores amigos, algunos también escritores, que me animaron no pocas veces a contar

mi historia por «insólita» o «singular» mientras yo negaba con la cabeza y regresaba a mis cuadernos de viaje o a mis ficciones, donde no sólo me siento más seguro, sino, sobre todo, de un modo tan inefable como cierto, más «yo mismo» y menos impostor que en cualquier intento de narrar, justificar o explicar esta convención que llamamos «realidad».

En una entrevista reciente, el cineasta Quentin Tarantino —que antes de director fue y sigue siendo un guionista excepcional— decía que «hay que exponerse al escribir hasta sentir cierto pudor», y estoy muy de acuerdo. De otro modo, cualquier ficción puede caer en el automatismo previsible, la demasiada corrección y la falta de vida. Por eso me resulta más fácil volcar mi mirada hacia lo que me rodea, aunque esboce un reflejo de mi propio ser en ese gesto, o camuflar y sublimar algunas de mis emociones, experiencias y obsesiones en una novela, en un cuento o en un guion, aunque no deje de exponer una parte de mí bajo ciertos códigos, gracias a la literatura y a «la verdad de las mentiras» —como diría Mario Vargas Llosa—, al «inventarme» la historia de un cerrajero húngaro en París o la de un tendero madrileño en Islandia. En este libro, en cambio, por muy convencido que esté de no contarlo todo y, por supuesto, de no inventarme nada, no puedo camuflar ni sublimar mi propia historia a través de ningún personaje. Y he ahí una de las dos razones por las que *Blanco móvil* es, de largo, el libro que mayores dilemas me ha traído de los cinco que he publicado hasta hoy.

El otro motivo es que he hecho trampa y por primera vez he pensado en el lector al escribirlo. Sí, por antipática y soberbia que pueda parecer, estoy convencido de que la mejor forma posible —o, al menos para mí, la más honesta— de crear una obra literaria es desde una isla desierta simbólica, una en la que haber naufragado a conciencia hasta olvidarse de cualquier hipotético destinatario para, sin intentar complacer a nadie,

trabajar como si no existiera nada más en los siete mares que la historia que tienes entre manos. La paradoja es que sólo así, pienso, al publicar la botella que arrojaste por fin a la corriente, puede de veras cobrar vida tu mensaje para sacudir, consolar, sorprender, provocar, divertir, emocionar o dejar huella en los demás.

Pero este libro es otra cosa. O, mejor dicho, intenta llegar al mismo sitio y dejar esa huella por otro camino. No sé si «haciendo trampa» del todo, pero sí por un atajo que nunca había tomado hasta hoy. En octubre de 2014, recién llegado a Ciudad de México para quedarme seis meses entre la capital federal y el estado de Oaxaca, comencé a garabatear esquemas y notas para un texto sin forma definida, pues nacía de la propuesta de una editorial independiente que no me pedía nada demasiado concreto y me daba carta blanca. Un proyecto sin pies ni cabeza que fue mutando a lo largo de los años, sin rumbo fijo por mi parte, y que, desde luego, apenas tuvo que ver algún día con lo que, ocho años después, he escrito en estas páginas. De hecho, lo único que ha sobrevivido de todo aquello en mis archivos es un puñado de imágenes de mi trashumancia por España, Europa, América y Marruecos —escenas y paisajes que, de todos modos, ya aparecieron en mis diarios, en mi primer libro de viajes e incluso en mi poemario—, dos o tres frases afortunadas, un buen título —con lo que me cuesta siempre dar con ellos, como para no usarlo— y algunas ideas del capítulo «El arco y la manzana», justo el que, si me hubiera puesto estupendo y un poco pelmazo, habría dado para un libro aparte. O sea, para el ensayo estricta y pomposamente literario sobre el mundo editorial que nunca me ha apetecido escribir. Por eso, entre otros motivos, jamás terminé de concretarlo ni de darle salida, después de haberlo empezado, abandonado, repensado, retomado y vuelto a dejar en barbecho varias veces.

Y justo entonces, cuando ya no sabía qué excusa ponerme a

mí mismo para no tirar todo aquel galimatías a la basura, se activó una cadena de casualidades —o de causas y efectos, bien mirado— que desembocaron en el libro que ahora, querido lector o querida lectora, tienes en tus manos. Así, tras publicar por fin mi primera novela, un buen amigo escribió un artículo en el que hablaba más de mi rocambolesca vida nómada que de mi novelón austrohúngaro —por lo que, naturalmente, deseé estrangularlo— y aquella historia del escritor que llevaba «diez años sin casa» llamó la atención de Mónica, una editora del grupo Penguin, quien, poco después, me sugirió que la contara en un libro para una colección de Aguilar. Dos de mis mejores amigos del clan «también escritores», Juan —el articulista que al final se libró de que le asesinara, pero a quien le debo algo más que una cena— y Manuel —que una vez me advirtió, literalmente, «si no cuentas tu historia, la escribo yo»—, reafirmados además en su opinión por semejante oferta editorial, volvieron a decirme que me dejara de remilgos y la aceptara. Pero lo cierto es que no lo hice a la primera, sino después de darle aún muchas vueltas y sólo cuando estuve seguro de que, por una vez, valía la pena «hacer trampa», pensar de antemano en el lector y tratar de convertir lo que para mí es una circunstancia vital más —no tan anónima como en realidad hubiera deseado, pero, hasta ahora, sí bastante privada— en un relato en primera persona que de veras pudiera inspirar o motivar a otros.

Aunque para ello, como ha sucedido desde marzo —de 2022—, haya tenido que escribirlo dos veces a partir de cero. La primera junto a la gran ciudad, a media hora del centro de Barcelona, en un casoplón tan increíble y onírico como alienante y bizarro, todavía con la mochila de reparos y prejuicios del novelista en su nube de vanidad letraherida, lo que obviamente produjo el borrador de un tostón que, por suerte, acabó en la papelera de mi portátil —enseguida

vaciada, para evitar la tentación de arrepentirme—. Y la segunda, la que ha ido por fin a imprenta, como si el entorno le hubiera contagiado felizmente algo de su sencillez y de su vitalidad, dictada y escrita en menos de tres meses en el humilde refugio de una amiga en un pueblo del Delta del Ebro, y después pulida y corregida entre un estudio del casco viejo de Palermo, una habitación de hostal en Cefalú y un apartamento en Taormina. En esas doce semanas de otoño, entre el gran río de Iberia y la costa de Sicilia, creo haber logrado lo que buscaba para este libro: escribir por fin como quien se sienta en el café del barrio a contarle su historia a un desconocido que, sin saber muy bien por qué, no le parece ningún extraño. A contártela a ti, que pasabas por aquí, tenías un rato y te ha apetecido tomar algo conmigo.

Si antes de aquel gol prodigioso en México del 86 contra Inglaterra, Diego Armando Maradona «tuvo que meter» otro con la mano para luego hacer felices por un día a millones de argentinos —y a otro montón de chavales por medio mundo, como yo mismo—, mientras no consiga crear mi propia «obra maestra», o incluso si nunca llega a darse tal cosa, bien está que me baje de cualquier nubarrón y de mis ínfulas literarias, despiste a ese juez de línea implacable que todo escritor «serio» lleva dentro y comparta la jugada con los demás. Como he dicho al final de mi introducción, con que le sirva a una sola persona para volver a creer en sí misma y ser un poco más libre, me basta.

¿Qué hay, pues, de «insólito» o de «singular» en esta vida nómada como para que a una editorial «de las grandes ligas» le parezca interesante que un jugador casi *amateur* la cuente en su catálogo? Bueno, para empezar, supongo que el hecho de ir a contracorriente en tiempos de crisis y, en particular, el de

llevar —de momento— una década con ella: nunca pensé que mi apuesta por la trashumancia vital fuera a durar tanto, pero por ahora no veo otra salida mejor ni más digna para seguir adelante sin traicionarme a mí mismo. Y así seguiré, me imagino, hasta que un buen día quizá cambien los vientos y, por un golpe de suerte o de timón, pueda dar de una vez con mi verdadero lugar en el mundo, adoptar un gato y un perro para que se lleven como hermanos, ser yo el dichoso anfitrión de mis amigos o de otros nómadas y, sobre todo, seguir escribiendo cuentos, novelas, guiones y también nuevos libros de viajes, pero por fin de vuelta a casa al terminar cada una de esas experiencias, con mi propia biblioteca a mano y sin tener que buscar un refugio tras otro para el día a día.

Hasta entonces, mi nomadismo no es tan diferente del que el género humano sigue practicando desde la noche de los tiempos hasta hoy —y no me refiero ahora a los llamados «nómadas digitales» ni a los migrantes forzados—, en un mundo en el que conviven o compiten la sociedad urbana con la rural y la supuesta civilización con lo salvaje, al menos en los pocos resquicios que, entre tanto hormigón, plástico y asfalto, le dejamos a la naturaleza para que respire. Cada vez más limitados o condicionados por fronteras físicas y burocráticas, pero fieles aún a su forma de vida, algunos pueblos nómadas sobreviven en varias zonas del planeta, buscando en sus migraciones el sustento o el comercio, la caza o la cosecha, mejores pastos para su ganado o un clima más favorable. Desde luego, yo no persigo manadas de bisontes ni rebaños de renos, pero sí las dos cosas más preciadas para mi peculiar tribu, también para sus miembros más sedentarios, que deben o prefieren encontrarlas de mil maneras entre los huecos de su agenda y la vida diaria: tiempo y espacio para la escritura. Aunque, claro, yo no puedo cargar una casa a cuestas ni plantar mi campamento en las grandes praderas o en los

bosques del norte, pero, por suerte, sí viajar ligero de equipaje y acomodarme casi en cualquier sitio en el que tenga un techo y una puerta para simular mi particular isla desierta, un poco de silencio para no distraerme con el intenso ruido de fondo de nuestra época y una mesa para escribir todos los mensajes que merezca la pena meter en una botella.

Como cualquier otra elección vital, la mía tiene un precio. Un peaje inevitable que asumo consciente y sin drama, pero que, tras haber renunciado a unas cuantas cosas, debo pagar en austeridad, incertidumbre, soledad y extrañamiento.

Austeridad porque, para poder viajar ligero, comer caliente casi todos los días y no atarme a nuevos lastres que me impidieran escribir —para, una vez saboreada cierta libertad, no volver a encadenarme a la rueda de trabajos anodinos y mal pagados en la que había dilapidado demasiados años—, tuve que desprenderme de lo poco que tenía o me quedaba tras un desahucio, una ruptura y varias mudanzas, regalar o malvender la mitad de mi biblioteca, guardar la otra mitad entre varias cajas y un poco de ropa en el trastero de un amigo, meter sólo lo imprescindible en una pequeña maleta y acostumbrarme a vivir con lo puesto.

Una incertidumbre constante, muy concreta y siempre a corto plazo, no tengo claro si un paso más allá o más acá de la que la mayoría de nosotros siente en estos tiempos en los que ya nada puede darse por sentado, o de la que sobrelleva cualquier otro artista pendiente de una llamada, de un agente o de un contrato. Una incertidumbre que, contra lo que me dicen en ocasiones algunas personas cansadas de su rutina —tan previsible como tranquilizadora, según se mire—, no tiene nada de romántica, de aventurera ni de bohemia, sino que, en el fondo, se parece bastante a la de millones de trabajadores en la cuerda floja, con un vértigo que se me instala en las tripas cuando, a veces de forma literal, no sé dónde voy a dormir

dentro de cuatro días ni si podré hacer la compra o pagar el teléfono la semana que viene.

Soledad porque nadie sensato parece dispuesto a hacer camino con un nómada y abandonar también su vida sedentaria, como tampoco yo lo estoy a renunciar a mi libertad ni a mi vocación sólo por regresar a cualquier ilusión de «seguridad» o buscar la compañía a toda costa: varios males de nuestro tiempo provienen justo de nuestra incapacidad para estar solos y saber aburrirnos, pues la soledad y el tedio pueden llegar a ser buenas escuelas para el conocimiento y la imaginación, por mucho que el mercado, ciertos gurús del «éxito personal» y las convenciones sociales nos bombardeen con la «necesidad» de hacer, tener, cumplir y demostrar mil cosas a la vez, en ocasiones como si hasta una relación de pareja fuera otro de esos objetivos a tachar de la lista de pendientes. Pero si en mi camino hay soledad es también porque, valores y diatribas emocionales aparte, la mayoría de los refugios que encuentro o se me ofrecen suelen estar en pueblos aislados, en medio del campo o donde no llega el transporte público, en urbanizaciones semidesiertas, en segundas residencias fuera de temporada o en viviendas urbanas que permanecen cerradas y vacías por los motivos más diversos.

Y, por último, un extrañamiento que tiene mucho de disidencia del dogma o la norma general, pero que, en realidad, no imagino demasiado distinto al de cualquier persona sensible o creativa en un mundo cada vez más hostil y uniformado. Quién sabe, puede que el mismo extrañamiento que te ha llevado, querida lectora o querido lector, hasta este libro.

Del otro lado, por supuesto, y también como casi cualquier camino elegido, el mío justifica cada una de esas renuncias con todo lo que, a pesar de los días oscuros y de los malos momentos, aún me hace sentir que valieron la pena. Así, y a

pesar de depender en gran parte del prójimo o del azar, mi vida nómada me ofrece la bendita recompensa de un morral lleno de libertad, experiencia, sentido y verdadera riqueza.

Libertad porque, salvo por algunos trabajos alimentarios para conseguir los doscientos cincuenta euros con los que he aprendido a vivir cada mes, puedo dedicarme casi por completo a mi vocación literaria.

Un caudal de experiencias, viajes y hallazgos al que, como persona y como escritor, jamás hubiera accedido de no haberme bajado de aquel tren a tiempo para caminar por fin a mi aire, mirar la vida a paso lento y mezclarme de veras con el mundo.

Sentido porque, después de casi media vida haciendo las cosas por inercia, por resarcirme de una infancia gris o por miedo a no encajar en aquella supuesta normalidad —una juventud entera malgastada en esa rueda, siempre a toda prisa hacia ninguna parte hasta darme cuenta y decir basta, como si el hámster se hubiera convertido de repente en pájaro al huir de su jaula—, desde hace una década me levanto cada mañana sabiendo por qué y para qué lo hago.

Y auténtica riqueza, desde luego, pues el verdadero «millonario» de hoy en día puede ser heredero de un imperio o pobre como un paria —o como quien esto escribe—, pero nunca esclavo de su ambición ni de su cuenta bancaria —el hámster que corre y corre en su rueda, así lo haga en una jaula de oro, sigue siendo un hámster—, sino dueño de su tiempo.

Para contar cómo llegué a hacerme con el mío, sin embargo, tal vez sea mejor jugar un poco con esa dimensión, no seguir el orden tradicional de los relatos y, como ya conocemos el desenlace —mi vida nómada—, no empezar exactamente por el principio o el planteamiento, sino por los dos nudos en los que reside el meollo del asunto. De modo que, además de hacerle caso con lo del pudor a Tarantino —al guionista—, voy a imitar

a mi manera al director —en la mesa de montaje, más que nada — y, barajando el tiempo lineal como en *Reservoir Dogs* o *Pulp Fiction*, arrancaré con dos escenas muy duras y reveladoras y un viaje hacia atrás entre ambas, como si fuéramos quitándole capas a la cebolla hasta el corazón de la historia, pero sin cortarla a las bravas ni derramar demasiados lagrimones en el proceso. Trenzando cierta lógica existencial entre una y otra, voy a tratar de hilvanarlas —hubo varias aún peores, pero ya dije que no pienso contarlo todo, sino lo que venga a cuento en estas páginas— sin caer en el tremendismo ni la pornografía emocional, y sólo porque creo que explican la relación de sucesos y motivos —«justificados» o no a ojos de los demás, son los míos— que me fueron llevando, paso a paso y a menudo sin buscarlo, hasta mi nomadismo actual.

El más cercano en el tiempo es un cuento de Navidad que, visto ahora desde la distancia y la templanza que dan los años, parece una estampa de Charles Dickens o una escena de la película *Inside Llewyn Davis* —a menudo me han comentado que guardo un gran parecido físico y, digamos, biográfico con el personaje, así que sólo me faltaba el gato—, de los hermanos Coen. El otro, como si el padre de Pascual Duarte se hubiera mudado de una novela de Camilo José Cela a la Barcelona de los años ochenta o el director Achero Mañas hubiese decidido no hacer ciertas elipsis en *El Bola*, un cuento de terror que todavía escuece al recordarlo, como esas cicatrices que pronto desaparecieron de la carne y se hicieron invisibles pero que, en realidad, nunca terminaron de sanar por debajo de la piel.

Corte de plano. Interior. Noche.

Un hombre de poco más de cuarenta años mira la manzana que sostiene en su mano izquierda, un minuto después de haber colgado el teléfono con la derecha. No podemos conocer el contenido de la llamada, pero el hombre que mira la manzana sabe que esa noche será toda su cena y que, si decide

comérsela, tendrá que hacerlo solo. Está en el salón de una casa ya casi vacía por la reciente mudanza de sus inquilinos, la casa en la que le han prestado un espacio por unos meses, pero en la que ahora no quedan más muebles que un viejo sofá y una lámpara de pie. El mismo sofá en el que ese hombre sabe también de sobra que habrá de pasar la noche con toda su ropa puesta, pues termina diciembre y hace frío. Todo el frío que pudo hacer en la Nochebuena de 2012 en una ciudad del cinturón obrero de Barcelona, pero más que cualquier otro, el frío que un hombre de poco más de cuarenta años pudo sentir más allá de los huesos al ser consciente de haberlo perdido todo.

Lo único bueno de tocar fondo es que, si no te dejas ir, desde ahí ya sólo puedes empezar a remontar. Fue justo en aquel momento cuando estuve más que a punto de tirar la toalla —en varios sentidos—, renunciar a mi sueño de convertirme en escritor, dejar para siempre la literatura e intentar volver a encajar, casi a cualquier precio, en todos los moldes en los que, hasta pocos años antes, aún sobrevivía como una oveja en su redil. No sé de dónde saqué las fuerzas para negarme, pero me comí la maldita manzana —empecé por agradecer que las cosas no fueran aún peores, pues aunque se me echaba encima la Navidad más triste, desde luego, al menos tenía un techo para no pasar aquella noche a la intemperie—, me sorbí los mocos y decidí que ya nunca habría vuelta atrás. Aunque llevaba unos meses en aquella casa y me faltaba poco para irme, fue justo también en aquel preciso momento cuando, para mí, comenzó de veras mi vida nómada.

Para llegar a esa patética «cena» de Nochebuena en soledad hicieron falta, entre otras cosas, casi seis años que, si bien no fueron de caída libre continua, sí me hicieron pensar que tal vez me había equivocado de camino o, para ser más exactos, de momento. Y es que, con un pésimo sentido de la oportunidad,

tuve la genial idea de darle un vuelco radical a mi vida y dedicarme a algo tan poco pragmático o rentable como la vocación literaria justo cuando la economía global entraba en una crisis que acabaría resultando devastadora. No creo que a nadie le haga falta a estas alturas que indague aquí en sus causas ni que narre las circunstancias que muchos conocieron o padecieron de primera mano en su día, en particular desde 2008, pero baste decir que a mí, como a tantas otras personas a las que jamás se les pasó por la cabeza que fueran a vivir algo parecido, me tocó enfrentarme a un desahucio a finales de 2009.

No fue de la noche a la mañana, por supuesto, pero en cosa de dos años y medio se aunaron la coyuntura general, la precariedad que pronto se haría crónica en los oficios de la cultura —a los que había empezado a dedicarme en exclusiva en abril de 2007— y una situación personal muy complicada —mucho peor que la quiebra económica, en mi caso, fue una lenta y doble ruptura emocional con la pareja y la familia, además de la difícil convivencia con la enfermedad mental de un ser querido, a quien tardarían aún varios años en diagnosticar y tratar— para crear la tormenta perfecta y golpear mi barco justo en la línea de flotación.

Uno debe afrontar sus errores, asumir sus malas decisiones y capear como pueda el temporal, pero recuerdo bien a algunos conocidos que, en aquellos días, se sorprendían por verme en semejante callejón sin salida y hasta se permitían juzgar mis actos según lo que ellos hubieran hecho o dejado de hacer, sin reparar, por ejemplo, en que yo no tenía padres, parientes, propiedades, ahorros ni una profesión «útil» o bien remunerada para amortiguar el impacto. Recuerdo también, años más tarde, a varias personas sin hogar con las que pude hablar durante el verano que pasé en Estados Unidos, así como a otras que —por no ceñirme sólo a la realidad española— me fui cruzando con

el tiempo en países del llamado «primer mundo», como Francia, Italia o Alemania. Me vienen a la mente ahora mismo cuatro rostros y escenarios en especial: el de una mujer mayor en los suburbios de París y los de tres hombres de distintas generaciones en el corazón sin corazón de Manhattan, las afueras de Roma y un parque de Berlín. Cada una de esas personas llevaba a cuestas sus propios accidentes y errores, pero, aunque por respeto o por temor a incomodarlos —bueno, y en el último caso, también porque mi alemán es bastante básico—, nuestras conversaciones fueron más bien breves, puedo decir que todos tenían tres cosas en común. Ninguno de ellos provenía de un ambiente marginal, de una situación de exclusión social ni nada parecido, sino de lo que hoy en día muchos siguen llamando, muy lejos ya de serlo en la mayoría de los supuestos, «clase media». Ninguno vio venir la ola que le arrastró hasta la orilla de la indigencia. Y, sobre todo, ninguno de los cuatro pudo encontrar a tiempo un salvavidas o una red de seguridad entre familiares, amigos o conocidos.

Yo he tomado un camino distinto, pero, a pesar de los peajes que implica y de unas cuantas noches sin cenar —ni siquiera una manzana—, me siento afortunado, pues nunca me han faltado anfitriones o, cuando no los he encontrado, el dinero justo para un albergue, pero lo cierto es que no he tenido que dormir ni una sola vez en la calle. Sin embargo, soy muy consciente de lo frágil que es ese espejismo de prosperidad en el que tantos siguen arrobados o por el que tanto sacrifican para figurar, pero que, en muchos casos, puede venirse abajo en cuanto la mala fortuna encadene tres o cuatro golpes seguidos, ya sean colectivos —una nueva quiebra del sistema, cualquier guerra u otra pandemia, mientras no llega el colapso medioambiental hacia el que vamos de cabeza— o individuales —un revés laboral, una enfermedad grave o un desastre familiar—, hasta expulsar sin miramientos a una persona hacia

la periferia de la sacrosanta «normalidad».

Supongo que ya tenía en mente la inconsistencia de toda esa quimera cuando, poco antes de la crisis global, decidí dejar mi último trabajo «serio y formal» en Madrid para empezar a buscarme la vida en el mundo del libro, primero como aprendiz y hombre orquesta en una pequeña editorial, luego como profesor de escritura creativa en un centro privado y más tarde como crítico literario y periodista cultural, por ir probándome las gafas de los demás oficios alrededor de la literatura, mientras comenzaba a fijar la vista en mi verdadero objetivo, que desde unos pocos años antes ya no era otro que convertirme en escritor. «Pero así nunca tendrás una jubilación cuando seas mayor», me han dicho varias veces desde entonces, casi siempre de buena fe. ¿Y quién tiene su pensión asegurada, hoy en día, si una sopa de murciélago en China, unos cuantos tiburones en Wall Street, un psicópata en Moscú o un tarado en Corea del Norte pueden volver a poner el mundo patas arriba de un día para otro? ¿No será más sensato no ser «tan sensato» y, sin tirar la casa por la ventana pero tampoco nuestros sueños a la basura, aceptar la caducidad de las cosas y, con ello, nuestra propia condición de estrellas fugaces? ¿Acaso importa que te consideren «normal» o no los demás, si decides que lo de «vivir el presente» es algo más que una bonita frase para compartir en las redes sociales o lucir en tu taza del desayuno, porque no sólo tiene sentido, sino que, a veces, parece la única forma de veras sensata de estar en un mundo a menudo tan imprevisible, despiadado y caótico como el nuestro?

Sólo tenemos una temporada para actuar en esta serie que es la existencia y, como diría el gran Ricky Gervais, «no hay secuela». Hasta entonces, no tengo ni idea de dónde estaremos todos —ni yo ni nadie— «cuando sea mayor», así que, mucho antes de concebir siquiera mi futura vida nómada, ya tuve claro que había desperdiciado demasiados años en conformarme con

sobrevivir o «pensar en el día de mañana» y que, de ahí en adelante, me concentraría en vivir de veras cada instante. En apenas dos años, el estallido de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos y todo el castillo de naipes que se desmoronó después a nivel planetario, la precariedad cada vez mayor en cada uno de mis nuevos oficios —editoriales y revistas que redujeron tarifas de forma drástica o dejaron de pagar las colaboraciones, alumnos que tuvieron que priorizar y abandonar los talleres de escritura, etcétera— y mi propia crisis personal —el desahucio y la doble fractura emocional— no me lo pusieron fácil, como tampoco lo fue regresar a Barcelona tras catorce años en Madrid para descubrir que me había convertido casi en un extraño en mi propia ciudad. Pero del 23 de abril de 2007 —quiso el azar que, como buen augurio, mi primera jornada de trabajo en aquella pequeña editorial coincidiera precisamente con el Día del Libro— al 24 de diciembre de 2012 sólo una vez se me pasó por la cabeza rendirme, y fue con aquella manzana en la mano, en aquel sofá y durante aquella Nochebuena.

Y para explicar que esos cinco años, ocho meses y un día —justo así, al estilo de una condena judicial ante la que bien podría haber bajado los brazos y dejarme esposar de nuevo— no fueron simple cabezonería, es decir, que mi determinación antes y después de aquel «cuento de Navidad» tenía raíces muy profundas, debo rebobinar el primer rollo de esta película y sacar las tijeras hasta poner en contexto la otra escena.

Hijo de una sencilla ama de casa y de un comercial que, realmente de la nada, llegó a labrarse una posición económica que hoy no dudaríamos en considerar de «clase media» —aunque sólo fuera por los doscientos metros cuadrados de aquel piso en la Gran Vía de Barcelona, cuando el sueldo de un modesto jefe de ventas, bien empleado, sí daba para formar una familia—, nací en una casa en la que no existía el hábito

de la lectura. Con tantas habitaciones para tan pocos libros, tampoco tuve ningún abuelo, mentor ni amigo carismático que me inculcara el amor a la literatura, por no hablar de los profesores en el colegio, más preocupados de hacerles memorizar nombres, rimas y fechas del Siglo de Oro a sus alumnos que pendientes de identificar y fomentar en ellos ninguna sensibilidad artística. Y sin embargo, contra todo pronóstico, empecé a leer por mí mismo, primero por gusto y curiosidad, pero muy pronto llevado por una especie de fiebre o urgencia, al haber descubierto en la literatura que el mundo no sólo podía ser más bello y más grande que las cuatro paredes de la celda que era mi infancia, sino todo un campo de juego para la imaginación y mi libertad. Así, mientras en los Maristas nos hacían estudiar a Góngora o el *Cantar de mio Cid* como quien disecciona una rana, yo prefería saltar de charca en charca por mi cuenta con las historias de Julio Verne, los cuentos de Chéjov o hasta las *Novelas ejemplares* de Cervantes. No entraban en el examen, pero en aquel momento me parecían mucho más interesantes y divertidas, o acaso menos solemnes pero bastante similares, aun con los filtros de la ciencia ficción, la sociedad rusa decimonónica o el castellano de hace cuatrocientos años, a los sueños juveniles, los sentimientos cotidianos y las pequeñas miserias de la gente de verdad, un material humano que trascendía géneros, culturas y épocas, pues ya entonces lo presentía como transferible, compartido y atemporal.

Además de la literaria y de una literal —que daba a la avenida y a una iglesia—, la otra ventana al exterior que había en mi cuarto era el enorme mapamundi que, desde entonces, siempre que pude y hasta el desahucio en 2009, colgué en la pared de todas las habitaciones que tuve. Y es que, si bien mi vocación literaria no se manifestó de veras hasta muy pasada la treintena, desde niño sí tuve muy clara mi pasión por el viaje.

Decía Rilke, uno de mis poetas favoritos, que «la única patria que tiene el hombre es su infancia», pero yo jamás he percibido la mía como tal, sino más bien como un primer exilio interior o un encierro del que sólo los años, la independencia y mis primeros viajes en soledad o en pareja conseguirían liberarme. De modo que, para mí, la escritura y el viaje son algo más que dos simples formas de huida, pues con ellas puedo reconciliarme con la mejor versión de mí mismo y regresar también al lugar al que siempre sentí pertenecer. Un refugio anímico y mental que, por mucho que me duela todavía hoy reconocer —otro de los motivos por los que me ha costado tanto escribir este libro, supongo, pues nadie sale indemne de remover las sombras del pasado—, nunca estuvo en casa de mis padres.

Ellos nacieron durante el breve paréntesis de la República y les tocó pasar la Guerra Civil siendo aún muy niños, mi madre de la mano de su hermana, esquivando las bombas de los fascistas italianos sobre Barcelona, y mi padre en brazos de mi abuela, que burlaba el hambre como podía por las calles de Alicante. A mí nunca iba a faltarme techo, ropa, comida y hasta colegio de pago, por lo que no tengo nada que reprocharles —sólo faltaría— en ese sentido, y menos aún a mi madre, que siempre fue cariñosa y paciente conmigo. Sin embargo, y aunque con la distancia del tiempo —ya en mi vida adulta y muchos años después de que él falleciera— logré comprender una parte de sus propios traumas y demonios para poder perdonarle de veras, nada cambia el hecho de que mi padre, con su manera autoritaria, inflexible y soberbia de hacer las cosas, de prohibirme hasta las más inocentes, de no darme un respiro con las que en realidad me gustaban —como el dibujo, por ejemplo, en el que destacaba desde niño y al que pensaba dedicarme de mayor, o cualquier lectura que no tuviera que ver con las obligaciones escolares— y, muy en particular, de

planificar por su cuenta mi futuro —un futuro en el polo opuesto a mis inquietudes creativas en el que yo, por descontado, debía convertirme en un próspero farmacéutico— hizo de mí un adolescente desgarrado y profundamente infeliz.

Corte de plano. Interior. Tarde.

Un chaval de doce o trece años mira la ventana de su habitación, inclinado sobre su cama y con los pantalones bajados, mientras cuenta los correazos, sólo unos minutos después de haber recibido docenas y docenas de guantazos en la cara, uno por cada dibujo encontrado en sus carpetas por el padre, decidido a arrancar para siempre del hijo esa «manía» que jamás haría de él «un hombre de provecho». El chaval, que ya ha dejado de llorar y de suplicar que parara, se concentra en mirar la ventana mientras cuenta los últimos restallidos del cuero sobre su carne, se muerde el miedo, la rabia y las ganas de revolverse, piensa en cómo y cuándo escapar de una cárcel que ya nunca podrá ser hogar y, sin saber que sólo once o doce años más tarde quedará huérfano, decide dar a su padre por muerto ahí mismo, en esa habitación.

Es curioso, soy incapaz de situar la escena entre el otoño de 1983 y finales de 1984, pero recuerdo el número exacto de lo que sí me concentré en contar. Un tercio del tiempo que he dedicado a escribir este libro ha sido para la farragosa tarea emocional que me ha llevado poder compartir el párrafo anterior. De hecho, llegó a bloquearme de tal manera, que, semanas después de la primera fecha prevista de entrega y con el original a cuestas por Sicilia —a donde tenía planeado viajar con el libro ya listo para maquetar—, estuve a punto de pedirle a mi editora que canceláramos el proyecto. Sin embargo, *Blanco móvil* me hubiera parecido un libro deshonesto y superficial si, más allá del pudor, la ansiedad o mis dilemas, no hubiera escarbado de veras en las raíces, el sentido y los desencadenantes de mi apuesta radical por la vocación literaria

y mi vida nómada, una singularidad que podría haber contado, sin más, como una simple y ligera colección de anécdotas. O, por decirlo de otro modo, la única manera de despertar la empatía de algunos lectores y, con ello, quizá lograr que se hagan ciertas preguntas sobre sí mismos frente al espejo —de que algún otro hámster detenga la rueda, deje su jaula y prefiera ser pájaro— implicaba mostrar primero y sin apenas filtros una parte de mi propio reflejo.

A la misma edad que delata hoy mi pasaporte, mi padre tenía mujer, tres hijos, trabajo fijo, un piso enorme, ciertos ahorros, un mal genio crónico y unas arterias que, pocos meses después, estaban a punto de reventar por primera vez. Puede que, por pura lotería genética, haya heredado la probabilidad de sufrir ciertas patologías cardiovasculares —pronto saldré de dudas—, además del molde que tan disociado del cuerpo y en otra piel me ha hecho sentir desde niño —un traje que pesa más cuanto más me voy pareciendo físicamente a mi padre—, pero ahí terminan las similitudes y el legado, aparte de un chaquetón de pana *vintage*, mi único «patrimonio» familiar. Yo, a esa misma edad, estoy solo, sin pareja y sin hijos, vivo a salto de mata, no tengo un duro ni donde caerme muerto y, aunque nunca volví a dibujar —supongo que, si algunos individuos de otras generaciones creyeron que «la letra, con sangre entra», también pensaron que se podría arrancar el arte a palos—, no sé si he llegado a ser «un hombre de provecho». Pero sí un hombre libre y casi siempre tranquilo, que no le corta las alas ni le amarga la vida a nadie, camina en paz consigo mismo y se dedica a lo que de veras le apasiona, aunque la vena creativa acabara por hallar su cauce en las palabras y no con los pinceles. Entre aquel chaval de doce o trece años y el hombre que fui con poco más de cuarenta, hubo una larga travesía por un desierto sombrío, pero desde aquella manzana triste de 2012 hasta el día de hoy, varios libros, muchos viajes y cien

refugios después, tengo por fin en mis manos una vida que sí merece la pena o, como mínimo, tiene sentido. Sólo espero que, si de veras lo desean, otras personas puedan ser también dueñas de su tiempo sin tener que dudar ni esperar tanto. Me perdí en varios rodeos que a veces se me hicieron eternos, pero tras quince años como escritor y una década como nómada, sé que mi doble elección por la libertad y la vocación fue, en el fondo, la más natural de las posibles, al menos para aquel chaval desesperado que un día estuvo a punto de dejar de creer en sí mismo, en la belleza que nos rodea y en los demás. En cierto modo, también he escrito este libro para él, como si le hubiera pedido prestado el DeLorean a Marty McFly para volar a la Barcelona de los años ochenta y decirle que no se rinda, que no siempre estamos tan solos y que da lo mismo hacerlo a través de un cómic, de una novela o con cualquier otro lenguaje, pero que hay mucha belleza por contar.

MIL CASAS VACÍAS

Después de tocar fondo en aquel primer espacio prestado en la periferia de Barcelona y más decidido que nunca a jugármelo todo a una sola carta, pero sin tener muy claro aún cómo podría hacerlo, empezaron a surgir otros refugios, en alguna ocasión gracias a un amigo o a varios conocidos, pero cada vez más a menudo por el ofrecimiento inesperado de personas que se enteraban de mi situación y con las que sólo tenía contacto de forma indirecta, por terceros o a través de las redes sociales. El primer año y medio de mi deriva nómada fue, sin duda, el más incierto y caótico, pues todavía no era consciente de que aquella huida hacia adelante, a priori circunstancial e improvisada por la necesidad, podía llegar a suponer una nueva forma de vida. Es decir, que los parches que ponía aquí y allá para que mi barco no se hundiera del todo me iban a descubrir otra forma de navegar, ya que, si eliminaba de la ecuación el pago de un alquiler y aprendía a vivir con lo justo, podía cubrir mis gastos básicos —y empezar a saldar alguna de mis deudas, todas contraídas en la desastrosa época del desahucio— con los pocos y mal pagados trabajos que me fueran surgiendo en los medios, por mi cuenta o en el sector editorial, y dedicar la mayor parte del día a la escritura.

Una fórmula que en mi caso parecía ya inevitable, sobre todo porque, al contrario que otros compañeros de oficio, soy un autor muy lento y cada texto me lleva mucho más tiempo del que me gustaría o del que preveo cuando empiezo un nuevo proyecto, y no sólo por el esfuerzo requerido, sino sobre todo

por una lamentable combinación de inseguridad previa —cuando me creo un fraude como escritor y no entiendo cómo puedo haber llegado siquiera a publicar— y posterior perfeccionismo enfermizo —cuando parece que al señorito ya sólo le valdrá «la obra maestra»—, dos extremos que al final siempre desmiento con cada uno de mis libros —sanamente imperfectos, como la vida misma— pero que, hasta que no doy por terminado el siguiente, pueden llegar a anular en mí el gozo de escribir y, en ciertas ocasiones, también la fuerza de voluntad. Pienso ahora en varios amigos escritores en particular, capaces de compaginar la actividad literaria con un horario laboral concreto —en cualquiera de esas profesiones con las que pueden pagar las facturas y que sí les dan de comer — o con el cuidado de sus hijos —en algún caso, incluso como madre soltera y docente, esos dos oficios sin horario fijo posible — y siento una incómoda mezcla de envidia y culpa. Pero como voy algo justo de talento, tengo que compensarlo con toneladas de trabajo y, francamente, no doy para más.

El caso es que, tras liberar la mayor parte de mi jornada para invertirla en mi vocación, y en menos de un año desde mi negativa a claudicar aquella «Nochemala» —nada tuvo de «buena», salvo por esa insumisión a la derrota— conseguí acabar y publicar por fin mi primer libro, una colección de relatos que tuvo mejor respuesta crítica y más lectores de lo que me esperaba. Lo cual, sin perder de vista que era un autor novel —de vocación «tardía» y a punto de cumplir los cuarenta y dos, pero novel en toda regla—, con un género minoritario y en una pequeña editorial, supuso el espaldarazo público inicial en mi camino como escritor. Y así fue como de la Navidad de 2012 a mediados de junio de 2014, después de trabajar por segundo año consecutivo en la Feria del Libro de Madrid y antes de que surgiera la oportunidad de irme una temporada a México —gracias a la iniciativa de mi amiga Inka y a la

complicidad de Leonardo, a quien hoy puedo considerar también amigo—, aquella torpe cadena de medidas de urgencia para sobrevivir en la selva de las letras se convirtió, poco a poco y a paso lento pero seguro, en una elección vital plenamente asumida. Una senda cada vez más diáfana y directa, abierta a machete en esa jungla literaria a menudo tan ingrata y, en ocasiones, bastante más inhóspita de lo que yo mismo hubiera creído décadas atrás, cuando, con la candidez de la adolescencia, suponía que cualquier persona que se dedicara a las artes o a la cultura tenía que ser, por fuerza, alguien sensible, empático y con cierta elegancia para lo creativo, pero también —ay, alma de cántaro— para los asuntos mundanos y el trato con los demás.

Pronto descubrí que las cosas no eran, desde luego, tan idílicas como creía de chaval, cuando a veces fabulaba con las vidas de aquellos artistas que tenían mi admiración y hasta mi afecto por hacer mi mundo más grande y soportable, pues en ciertas infancias grises y solitarias no es raro sentir que tus primeros amigos son justo esos poetas, músicos, narradores, pintores o cineastas que jamás conocerás en persona. Puede que lleven demasiado tiempo muertos o ni siquiera hablen tu idioma, pero, por cómo resuenan en ti sus versos, canciones, historias, miradas y escenas, ellos sí parecen conocer tu propio corazón. Con los años, sin embargo, me he dado cuenta de que las miserias de los oficios del libro no son peores que las que he visto y comprobado en otros ámbitos. De que los escritores, agentes, editores, críticos, periodistas o libreros tampoco son, al final, tan distintos a los profesionales de cualquier otro sector, más o menos con la misma proporción de gente maravillosa, admirable, digna, mediocre o indeseable en todas partes. Aunque, como es lógico, con la cultura y los libros de por medio se dan situaciones e inercias específicas, un tema sobre el que volveré en «El arco y la manzana», el penúltimo

capítulo de esta crónica, a cuento de la tensión que, desde mis primeras experiencias profesionales en las letras, empecé a sentir entre lo que significa para mí la vocación literaria y la complejidad del mundo editorial. Es decir, entre recuperar de veras mi vida y poder «ganarme la vida».

Por eso, equivocado o no, pensé que cuanto menos dependiera de la necesidad de escribir por dinero, ya fuera publicando reseñas y artículos sobre los libros de los demás, de estar al día y en todas las salsas en la profesión o, asunto mucho más resbaladizo, de intentar escribir cualquier cosa con tal de «gustar» y vender, más libre sería, y no sólo como autor. Así, cada vez que renunciaba o me negaba a algo, como a hacerle la pelota a un jefe con bastante poder mediático pero escaso talento literario, participar a sabiendas en una polémica prefabricada o escribir una novela erótica por encargo —a rebufo de ciertas sagas, tan infames como rentables, debieron de pensar en aquella agencia sin apenas conocerme—, me alejaba un poco más de «lo que tienes que hacer si eres listo y quieres ser alguien en este mundillo», como me dijo una vez, muy resabiado y condescendiente, cierto divo «planetario» para el que la literatura parecía ser lo de menos. Pero al soltar todo ese lastre me acercaba sin duda a lo que realmente quería construir con mi vida y mi escritura, con las que no pretendo «ser» nadie «en este mundillo» ni en ningún otro circo, sino hacer y decir cosas que contengan cierta verdad y belleza, quizá valiosas por sí mismas o para el prójimo y que, de algún modo, perduren. En otras palabras, si en su día decidí apostarlo todo por mi sueño de convertirme en escritor, no fue, desde luego, para degenerar más pronto que tarde —por interés, comodidad o una «ambición» estrecha de miras, en la que el arte siempre es «lo de menos»— en un político, un mercachifle o un cortesano de las letras. De modo que, para no traicionarme a mí mismo, preferí dar un rodeo hasta perder de

vista la carpa en la que actúan y prosperan malabaristas, forzudos, domadores y esos payasos tan listos, pagar el precio que conlleva la vida nómada —la del acróbata sin red— y, de casa prestada en casa prestada, dedicar todo el tiempo que hiciera falta a escribir algunos libros por los que mereciese la pena haber elegido el camino más largo.

Y en ese viaje no sólo me he encontrado un centenar de casas vacías —dejé de contarlas hace tiempo, pero la suma debe de andar por ahí—, sino sobre todo un desván lleno de experiencias, hallazgos y epifanías que han hecho de mí un hombre y un escritor en los que jamás me habría convertido de haberme dejado vencer, hace una década, por mis propias circunstancias y por las convenciones de los demás.

No siempre me las han prestado vacías, claro, y algunas veces he compartido esas casas con sus dueños, en especial cuando se ha tratado de una estancia breve o de una vivienda enorme, por no molestar más de la cuenta como invitado o para poder trabajar en mi apartada celda sin incordiar a mis anfitriones y, también, sin que mi concentración se viera demasiado entorpecida. Hay escritores capaces de trabajar casi en cualquier parte, igual que ciertos viajeros pueden dormir sin problema en el asiento de un avión o de un tren, en un banco del andén o hasta en la parada del autobús. Yo, por desgracia, he tenido que sobrevolar ocho veces el Atlántico o cruzar España de una estación a otra sin poder pegar ojo ni un momento, y, del mismo modo, me resulta imposible escribir más de diez minutos seguidos en el barullo de una cafetería. Sé de un escritor al que le sucede justo lo contrario y, quizá por haber crecido en una familia numerosa, busca el ruido y el gentío para inspirarse, pero yo necesito silencio. Silencio, soledad y, sobre todo, el raro pero inconfundible estado mental en el que sólo logro instalarme cuando estoy seguro de que nadie va a interrumpirme, ni siquiera para avisarme de un

incendio o de un ataque nuclear: antes muerto y desintegrado que perder el hilo de una frase.

Por eso, siempre que puedo, busco viviendas o casas que, de no acoger a este nómada, de todos modos quedarían desocupadas por un tiempo. A veces porque sus propietarios sólo llegan a usarlas unos pocos meses al año, en particular cuando se trata de segundas residencias a las que accedo fuera de temporada. Más a menudo, porque se marchan de vacaciones o les surge algún viaje de trabajo y me piden que cuide de sus animales y plantas. De vez en cuando, porque ya no queda nadie en la casa familiar en el pueblo y siempre viene bien que alguien vaya a echarle un ojo, dejarse ver por la finca para que no parezca abandonada, quitar las malas hierbas a tiempo en primavera o evitar que las heladas del invierno revienten las cañerías. Y, en ocasiones, sólo porque no pueden alquilar aún la propiedad y, como tampoco saben qué hacer con ella y viven demasiado lejos, la mantienen cerrada, a la espera de la resolución de una herencia o de una posible venta, con la que intento echar una mano durante mi estancia colgando carteles, atendiendo al teléfono y recibiendo a las agencias inmobiliarias o a los potenciales compradores para enseñarles la casa.

De hecho, en estos diez años me ha sorprendido la cantidad de viviendas sin uso que hay en media Europa y el nordeste de Estados Unidos, pero muy en particular por toda España, donde las burbujas del ladrillo se inflan, estallan y vuelven a hincharse según los vaivenes, las crisis y los desmanes del mercado, mientras sus restos quedan ahí, anegando pueblos, urbanizaciones y capitales con un jabón muy sucio. Una espuma negra de ceniza, como la que se me quedó pegada por dentro después de leer *Crematorio*, de Rafael Chirbes, la novela que mejor remueve esa mugre que atasca el sumidero en demasiadas zonas del paisaje español. Las cifras hablan de más

de tres millones de viviendas desocupadas en nuestro país, casi dos tercios de todas ellas en la periferia de pequeñas ciudades, pero poco tiene que ver la frialdad estadística de un gráfico con el bofetón de realidad que se experimenta al vivir una temporada en alguno de esos barrios fantasma. Por cada una de las guaridas que le han prestado a este pájaro migratorio he visto otros diez nidos huecos a mi alrededor. En torno a los cien refugios en los que he buscado el alivio vital del silencio para escribir mis libros, otra clase de silencio, más denso y oscuro, pesaba como el de un cementerio en aquellas mil casas vacías.

Cada vez que me he quedado en alguno de esos lúgubres parajes, apenas urbanos y en absoluto humanos, he cobrado más conciencia aún, si cabe, de las falacias populistas de la extrema derecha en torno a la inmigración, los refugiados o el derecho fundamental a la vivienda, pues no es precisamente «sitio para todos» lo que falta, sino voluntad política, auténtica solidaridad y un freno eficaz a la especulación.

Por fortuna para este nómada, sin embargo, no sólo he pasado por pisos desperdigados entre bloques enteros de edificios con las persianas cerradas a cal y canto, aparcamientos desiertos, centros comerciales sin comercios, vías de servicio sin servicios, rotondas y más rotondas absurdas o calzadas bien asfaltadas que terminan de repente en medio del páramo, sino también por todo un catálogo de viviendas y refugios que me ha enseñado a valorar más las pequeñas cosas, tener muy claras mis prioridades, superar ciertos prejuicios y saber ponerme un poco mejor en los zapatos de los demás.

Desde aquel primer sofá prestado, he dormido en sitios que van de lo precario a lo opulento y de lo onírico a lo insólito. Un habitáculo que hacía las veces de trastero, el almacén subterráneo de una tienda o una oficina a pie de calle. Una docena de cuartos en pisos de barrios obreros que un día

fueron de los hijos ausentes, ya emancipados o emigrados. Otra de habitaciones y estudios en apartamentos heredados de clase media o un par de suites en áticos de lujo pagados por los padres. Pisos congelados en el tiempo, con el mobiliario y los recuerdos de otras épocas, en la cuenca minera asturiana, el litoral de las Rías Baixas o el extrarradio proletario de Budapest. Una casa unifamiliar con jardín muy cerca de Ámsterdam, el sótano de otra en mi suburbio favorito de Chicago o un piso noble de techos altos junto a un parque de Berlín. Apartamentos de profesionales liberales en el centro de París, el mejor barrio de Praga o a diez minutos de la Quinta Avenida en Nueva York. Casas de pueblo en valles, playas o puertos a los que no llegan el transporte público ni los turistas. Una casita de invitados en la periferia acomodada de Roma, un caserón en armonía con el paisaje de La Vera o, del otro lado de la sierra de Gredos, la casa del guarda en una finca rústica de la dehesa salmantina. Una masía señorial en el Ampurdán, una pequeña morada de piedra y ensueño junto a la muralla de Ávila, un inmenso cortijo en Carmona o una locura de casa-museo de artista a las afueras de Barcelona. Una cabaña de madera en Galicia, otra de ladrillo y adobe en Oaxaca o una vieja caravana plantada en un prado. En fin, me parece que la lista debe de ir más o menos por la mitad, pero voy a dejar ya de intentar hacer memoria porque, contra lo que algunos puedan pensar, no siempre he sido más feliz, ni he estado más a gusto, ni he podido escribir mejor en los lugares a priori más atractivos de ese peculiar listado, sino en aquellos en los que sentí haber encontrado de veras un refugio. O sea, donde tuve el silencio, la soledad y la calma para simular mi propia isla desierta, ya fuera en el hermoso torreón de un cortijo andaluz o en una cabaña sin internet ni agua caliente en medio del bosque.

Por lo general, y aunque luego regresaran a donde ellos

vivieran en realidad, me he encontrado con mis anfitriones en la puerta del lugar que me prestaban. A menudo, cuando residían allí mismo pero estaban a punto de salir de viaje, hemos compartido un rato, varias horas o un par de noches antes de quedarme solo o, si era el caso, con las mascotas que acababan de «presentarme» y que yo iba a cuidar durante mi estancia. En más de una ocasión he quedado con mi anfitrión para llevarle al aeropuerto en su propio coche y, semanas más tarde, pasar a recogerle a su regreso, con lo que durante su viaje no sólo me prestaba una casa, sino también un vehículo. Y algunas veces ni siquiera hemos llegado a vernos, nos hemos puesto de acuerdo por teléfono y he recogido las llaves de la casa gracias a un familiar, un vecino o un camarero de confianza en el bar de la esquina.

Recuerdo un día de junio en el que, a punto de mudarme de un refugio a otro mientras trabajaba en la Feria del Libro de Madrid, me encontré con hasta tres juegos de llaves en el bolsillo, lo cual no sólo me hizo sentir un poco raro —imagina no tener donde caerte muerto desde hace años y, de repente, ir por el parque del Retiro con las llaves de un piso en Lavapiés, un estudio en Atocha y un dúplex en Chueca—, sino pensar que, a poco que le inspires algo de confianza, en el fondo hay mucha más gente buena por el mundo de lo que parece. Aunque, si tiro del hilo y me paso un poco de sincero, junto a Galicia y Asturias, la proporción parece aumentar precisamente en Madrid, los tres rincones de España en los que, de largo, más personas —amigos, colegas y compañeros de letras, pero también desconocidos e incluso algún lector espontáneo— y más veces me han brindado refugio. Será mera coincidencia, pero hay otras comunidades en las que nunca he encontrado un anfitrión —tras haberlo intentado en casi todas— y, sin ir más lejos, la búsqueda siempre me ha resultado mucho más difícil —a veces, descorazonadora— en Barcelona, mi ciudad natal,

como si no hubiera tenido ya bastante con echarme de mala manera a mediados de los años noventa y hacerme sentir un forastero al comienzo de mi vida nómada.

Aunque busque siempre la soledad propicia para la escritura, cada vez que he llegado a un nuevo refugio y he convivido varios días, algunas semanas o un par de meses con mis anfitriones, he tenido la oportunidad de aprender o repensar cosas sobre los demás y sobre mí mismo, alejarme de la torre de marfil en la que parecen vivir otros artistas encantados de haberse conocido y, como he dicho antes, dejar atrás ciertos prejuicios y ponerme más a menudo en el lugar del otro. En especial, gracias a la diversidad de ideas, sensibilidades y formas de entender el mundo que me he encontrado, unas veces para reforzar las mías, otras para complementarlas y algunas, a menudo las más estimulantes, para cuestionarlas, relativizarlas o, por contraste, verlas de otra manera.

He tenido como anfitriones a obreros, muchos obreros —parados, en activo y jubilados—, cocineros, agricultores, jardineros, comerciales, diseñadores, periodistas, profesores —de primaria y secundaria, universitarios y de otras hierbas—, diplomáticos, economistas, abogados —no parecen tan mala gente como dicen por ahí—, arquitectos, químicos, biólogos, médicos —unos cuantos, ahora que caigo—, traductores, libreros, editores —no sólo los míos—, fotógrafos, productores de cine y televisión, dos actrices, un maquillador, una pintora, un filósofo y un patrón de pesca retirado. También a creyentes —estacionales, practicantes o tampoco demasiado—, agnósticos y ateos. A bastantes cristianos, varios judíos, tres musulmanes, dos budistas y un montón de masones, que están por todas partes. Por supuesto, a socialistas y liberales, progresistas y conservadores, marxistas —todavía— y burgueses, republicanos y monárquicos —en serio—, proletarios y aristócratas, algunos nacionalistas —de varios

colores— y un apátrida, un par de anarquistas, cuatro o cinco centristas, un ambidiestro, tres señoras que no sabían que eran de derechas, un hombre de provecho —él sí— que aún cree ser de izquierdas y dos personas supuestamente apolíticas —decían — pero con una gran y verdadera conciencia social. Y me he encontrado con familias de todo tipo —tradicionales, numerosas, monoparentales y alternativas— y a mucha, demasiada, tanta gente sola.

Con sus diferencias, de las más nimias a las insalvables a priori, todas esas personas tuvieron y tienen en común el gesto de haber invitado a su casa a un escritor nómada y, a menudo, también con ello a un desconocido. Aunque, por paradójico que pueda resultar —la mente humana es un auténtico laberinto—, me he dado cuenta de que ese gesto no siempre nacía de una generosidad desinteresada. De modo que, por mucho que mantenga mi escala de valores y ciertas ideas fundamentales, tras tantos años de exposición doméstica —supongo que se acaba por conocer mejor a alguien cuando compartes unos cuantos desayunos en pijama— a semejante diversidad social y cultural, se me hace inevitable contar hasta diez antes de juzgar a los demás, opinar como quien arroja la primera piedra sin haber hecho antes examen de conciencia o dar ciertas cosas por sentadas.

He dormido en el minúsculo cuarto de un joven mexicano que nació con todo en contra, en un arrabal de callejones que la lluvia convertía en barrizales y donde el destino parecía haberle condenado a ser otro bracero analfabeto o, en el peor de los casos, carne de cañón para las bandas criminales del barrio. Y he compartido cena y tertulia en una mansión con personas de mi país que nacieron entre algodones, con la vida resuelta desde la cuna, plaza garantizada en las universidades más exclusivas y varios apellidos compuestos en su invitación de boda pero, de un modo extraño, casi convencidas de

«merecer» tan buena fortuna. Sin embargo, había más y mejores libros —la mayoría eran de segunda mano— en el cuartucho de aquel chico, decidido a reescribir su destino a través del conocimiento y la cultura, que en la biblioteca de aquella mansión, con enciclopedias y colecciones de clásicos compradas en bloque por lo bien que quedaban los lomos a la vista, como quien elige alfombras y cortinas en un catálogo de decoración. Quiero decir con todo ello que, si por mi biografía y mi carácter, siempre he intentado valorar a las personas por lo que demostraban con sus actos y, hace una década, ya iba prevenido contra el virus de las apariencias, mi experiencia nómada ha terminado de vacunarme de por vida.

Igual que en la amistad, donde prefiero respetar la diferencia y cultivar el diálogo a buscar simples compinches que me den la razón, me resulta más fácil sentir afinidad con una persona para la que la honestidad o la nobleza sean más importantes que una bandera, el carnet de un partido o cualquiera de los bandos identitarios en los que tanta gente decide hoy en día militar, ofenderse y encasillar a los demás. Por ese motivo, y a pesar de la pequeña o gran distancia formal que nos separara, a menudo me he entendido mejor con un anfitrión que, en el fondo, compartiera esos valores conmigo, que no con otros supuestos «compañeros de equipo». Pienso, por ejemplo, en todas las veces que me he encontrado con gente miserable entre quienes parecían compartir mi vocación literaria o mis ideas políticas, y en las no tan raras ocasiones en las que me he sentido respetado e incluso aceptado por personas que defendían posiciones contrarias o a quienes ni siquiera les interesaba la literatura. También cuando era yo la nota discordante o «la oveja negra» y lo más sencillo hubiera sido hacerme el vacío, como cuando me signifiqué como la única persona ecologista y de izquierdas en una reunión de —por resumir— liberales negacionistas del cambio climático o, sin

dejar de aceptar sus normas de convivencia y omnívoro convencido como soy, pasé dos meses en una comunidad de veganos animalistas.

De modo que, si cuando decidí cambiar de rumbo, dedicarme a la escritura y, más tarde, empezar mi vida nómada, ya tenía bastante claro que no iba a encajar en ninguna «normalidad» posible, en todos estos años ese molde ha acabado de saltar por los aires para mí. La austeridad y la soledad me han entrenado para no necesitar un montón de cosas —y las únicas que alguna vez echo de menos, en realidad, nunca son «cosas»—, pero la diversidad y los contrastes que he visto y sentido con docenas de anfitriones me han ayudado a cultivar también la tolerancia y, sobre todo, la empatía, que me parece más importante si cabe. Quizá porque la tolerancia no suele ser fácil pero a veces tiene algo de pasiva, mientras que la empatía requiere cierto esfuerzo para cambiar de posición, igual que la compasión hacia el prójimo, por ejemplo, va mucho más allá de la simple lástima por las desgracias ajenas.

Siempre que intentes transgredir moldes y construir otra cosa a partir de ahí, sea con la escritura y el nomadismo, como es mi caso, con otra vocación artística o con cualquier desafío vital que se salga de la norma, habrá gente estancada en ella que no sólo te verá como un bicho raro, sino que necesitará mirarte justo de ese modo para que el suelo no tiemble bajo sus pies. Para sentirse, además de «normales» y decentes, buenísimas personas. Quizá la misma clase de gente que acudía en un pasado no tan remoto a la plaza del pueblo para jalear una ejecución pública o la que en la actualidad hace algo muy parecido cada vez que se lincha o se cancela a alguien en las redes sociales. La gente por la que, de no haber sido gracias a muchos «bichos raros» que un buen día decidieron vivir de otra forma, aún seguiríamos en las cavernas.

Además de todo ese aprendizaje en lo personal, haber sido

testigo de tantas y tan distintas maneras de estar en el mundo me ha ayudado a afinar mi oído como escritor, y en especial como narrador, pues a menudo no he tenido que imaginar desde cero voces diferentes a la mía, sino sólo sentarme a escuchar. No tanto lo que pudieran contarme en general, sino, muy en particular, ese discurso involuntario hecho de tonos, énfasis, cadencias, frases a medias y silencios a destiempo o en el momento preciso con el que, a veces a nuestro pesar, los seres humanos llegamos a decir más de nosotros mismos que cuando hablamos a conciencia para intentar mostrar nuestra mejor versión.

Al menos para mí, como narrador, esos modos y detalles sutiles suelen revelar más de la condición humana que las historias en sí. Dicho de otra manera, no observo ni escucho a las personas con mentalidad de cazador, al acecho de una pieza lo bastante grande, cruda o impactante para abatirla, despellejarla y convertirla en ficción, sino que más bien me acerco a ellas como un fotógrafo de la naturaleza, un poco escondido tras mi presunta seriedad y distancia, igual que el ornitólogo aguarda en su puesto, camuflado con el entorno y sin hacer ruido, más interesado en el canto, el vuelo o el cortejo de las aves que en llevarse el pato al agua. Hace una década, cuando aún andaba escribiendo mi primer libro de relatos, reciclé un montón de material sensible espigado de mi propia biografía para tratar de destilar el espíritu y el sentido de cada experiencia hasta convertirla en una ficción vívida y verosímil, pero para ello tuve que añadir e inventar demasiadas cosas, borrar otras del mapa y renunciar a ciertos personajes que, en aquel momento, me hubieran parecido de cartón piedra. Hoy, sin embargo, y gracias a esta década tan intensa como extraña, puedo evocar un coro de voces, todas distintas a la mía y sin que ninguna chirríe o desafine, pues aunque estén tamizadas por el filtro de la ficción, entonan su canto desde la

vida y la experiencia. Otra cosa es que consiga o no plasmarlas de veras en cada página y en cada historia, pues no siempre acierta uno con el tono, el enfoque o la técnica literaria, pero ya no tengo que armarlas desde cero, como muchos «artefactos narrativos» —una de esas horribles expresiones de moda en la prensa cultural—, a veces muy ocurrentes y resultones, pero a menudo poco más que eso, «artefactos», tan huecos y faltos de vida como un muñeco de hojalata.

Tras haber convivido días, semanas o meses —no importa el tiempo agazapado en la tienda de camuflaje, sino la atención del ornitólogo— con madres solteras, hijos pródigos, padres a distancia, parejas homosexuales, lesbianas célibes, personas transgénero, frailes pecadores, médicos alcohólicos y otros muchos adictos —no sé si mis propias filias y flaquezas tendrán ya su terapia de grupo en alguna parte—, casi todos ellos anónimos pero, cada uno a su manera, únicos y más grandes que cualquiera de esas etiquetas, si de algo estoy seguro es de que la frontera entre vida y literatura será cada vez más difusa en mis libros. De que si no escribo para que cada una palpite en la otra, nunca podré conformarme con el ingenio ni el relumbrón de ningún teatrillo de autómatas.

Cuando se marchan mis anfitriones y vuelvo a quedarme a solas, o cada vez que llego a una de sus casas vacías, puedo leer e interpretar ciertas huellas en su ausencia. Y no me refiero tanto a la inspección que un buen detective haría de la escena del crimen como al rastro íntimo de otras vidas en ese ambiente, como si uno pudiera percibir la alegría, el trauma, el amor o la soledad que cada persona deja en su casa cuando se marcha. Decía Ernest Hemingway algo así como que un escritor debería observar con atención cada mínimo detalle de un bar, por ejemplo, y luego ser capaz de transmitir y evocar toda su atmósfera al describir un único objeto, como una botella o un posavasos. O, como solía hacer mi querido Chéjov en sus

cuentos, reflejar la psicología de un personaje al retratar su presencia con un solo trazo. Así, de forma indirecta pero a veces muy honda, he podido respirar la armonía de una familia bien avenida por cómo habían dejado todas sus cosas antes de irse, he calibrado las pequeñas luchas de poder en una pareja por la forma en la que disponían los libros, discos y recuerdos de cada uno en el salón, he admirado la paz mental de un lobo estepario por la sencillez de su madriguera o he visto los abismos de la depresión de una persona entre el desorden y las telarañas que parecían a punto de tragarse también su casa. De hecho, sensible como soy a todas esas huellas y energías, a menudo han marcado la diferencia entre decidir que había encontrado un buen refugio creativo en la habitación más humilde y no ser capaz de escribir ni un solo párrafo valioso en un caserón tan imponente como siniestro.

Hace varios párrafos, de hecho, cuando hacía memoria de los distintos oficios de mis anfitriones, he omitido a propósito el mío. Porque, por supuesto, me he quedado también en casa de unos cuantos amigos escritores, una experiencia curiosa y enriquecedora por partida doble, pues, a ese rastro existencial percibido en todos los demás refugios debía añadirle otro tipo de huellas en ausencia, al observar en su espacio de trabajo las manías, soluciones, rutinas y obsesiones de varios compañeros de vocación, tan distintos entre sí como, cada uno a su manera, igual de brillantes en sus libros. El nervio eléctrico e infatigable de la prosa de Marina en su apartamento de Queens, en el que fui incapaz de ganarme la confianza de sus gatos —culpa mía, supongo— o de escribir una sola línea —culpa de la ciudad, lo juro— del proyecto que me había llevado a Nueva York. La inteligencia afilada de las historias de Antonio en aquel enorme piso de Halensee, al oeste de Berlín, donde sus perras y yo nos hicimos compañía durante unas frías navidades y un capítulo de mi novela. La profundidad sin afectación de la narrativa de

Manuel en la casona familiar en Sama o en la casita alquilada en Siones, a las que también se acercaron los vencejos y un petirrojo para saludarme mientras trabajaba en mis diarios. Alguna vez he imaginado cómo sería mi refugio si pudiera dejar esta vida nómada y disponer por fin de «una habitación propia» durante, al menos, otros diez años, por equilibrar la balanza entre una experiencia y otra. Sin ir más lejos, lo voy a recordar y compartir en el cuarto capítulo de este libro —donde sugiero cómo hacerse otra tan fantástica y simbólica como *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino—, que, no por casualidad, he titulado «Una cabaña en el bosque». Y tengo muy claro que, cuando se lo prestara a un amigo, a otro nómada o a cualquier escritor, ese refugio también dejaría una huella nítida y legible para ellos en mi ausencia.

Hasta ese día seguiré persiguiendo el tiempo y el espacio necesarios para mi escritura, de casa prestada en casa prestada o, de vez en cuando —como ahora mismo, en una antigua vivienda de pescadores en Sicilia—, con los breves viajes y alquileres que me permitan algunos trabajos y las pocas o muchas ventas de mis libros. Pase lo que pase, me acordaré siempre de un refugio en especial, en el que tuve una de esas escasas epifanías que parecen darle sentido a todo y, por primera vez, supe que por fin me había convertido de veras en escritor. Al principio, hace quince años, fue apenas el potente pero atropellado deseo de empezar a serlo. Justo una década antes de escribir estas líneas, ganó claridad y fuerza al negarme a tirar la toalla, comerme aquella manzana y jugármelo todo a la carta nómada. Sin embargo, ni siquiera tras publicar mi primer libro estaba del todo convencido aún de cómo, por qué y para quién escribía. Hasta que un día de octubre de 2015, paseando por la isla de Kampa en Praga, me vino un primer fogonazo a la mente de lo que podría ser una buena historia, una imagen que empezó a cobrar forma en Viena pero que sólo

después de algunas semanas en Budapest estalló en mi cabeza para convencerme de que tenía, por fin, una novela entre las manos.

Había llegado a la capital húngara para pasar sólo unos días y, gracias a un anfitrión del todo inesperado, pude quedarme un mes y medio en un viejo apartamento en Óbuda, muy a las afueras de la ciudad. En la cocina proletaria de uno de aquellos bloques de hormigón de la era comunista conseguí darle auténtico sentido a mi vocación, a mi elección vital y a todos estos años de austeridad, incertidumbre y renuncia. Al cabo de cinco estaciones regresé a Budapest y me quedé otras seis semanas para trabajar en mi novela, mientras escribía también el que luego sería mi primer libro de viajes. Sin embargo, el proceso no empezó allí, y ni siquiera en Praga, sino un poco antes, a mediados de septiembre y en Alemania, donde la actualidad me arrojó de nuevo a la cara, pero como nunca antes, todas las sensaciones que había tenido en los inicios de mi vida nómada frente a, por llamarlo así, el síndrome de las mil casas vacías. Aunque el conflicto llevaba varios años desangrando su país, fue en aquel momento cuando la crisis de los refugiados sirios alcanzó su punto álgido mediático y, a partir de aquella imagen del niño ahogado en la playa, Europa pareció darse cuenta de repente de lo que estaba sucediendo a sus puertas. El caso es que yo me encontraba por entonces en Halle, no lejos de la frontera oriental alemana, donde pude ver de primera mano cómo llegaban en masa los refugiados y, tras la tibia actitud del gobierno federal, la reacción de buena parte del pueblo alemán para darles cobijo y un espacio seguro. Confrontado de repente a aquella realidad, sentí una mezcla de rabia, culpa y angustia a las que quise dar salida con un artículo para un medio digital, pero enseguida me vi como un intruso, pues no soy periodista ni la columna de opinión es mi terreno, así que me llevé ese mal cuerpo a Praga y después a

Viena. Allí, con un amigo fotógrafo, pude ver a miles de refugiados sirios y también afganos hacer cola por un plato de comida o una bolsa de ropa en la estación central, donde no les atendía ninguna institución oficial, sino, otra vez, los ciudadanos de a pie. Y no sólo austriacos, sino sobre todo otros inmigrantes que llevaban ya tiempo en el país, como la comunidad sij del Punyab, que decidió encargarse en particular de preparar cientos de cenas para toda aquella gente. Y fue justo aquella impotencia la que me llevó a buscar otra forma de no quedarme al margen con lo poco que sé hacer, que es contar historias. De modo que, aunque no aparece un solo sirio y preferí echar mano del pasado para construir una alegoría del presente con la que, seguramente en vano, intentar zarandear ciertas conciencias en Europa, mi primera novela no es otra cosa que la confirmación, íntima y acaso desapercibida para la mayoría, pero ya para siempre sellada en mi interior desde que me volqué en ella en Budapest, de por qué empecé a escribir hace quince años y por qué llevo una década de un lado a otro, mientras intento ser digno de lo que hago cada vez que vuelvo a sentir el denso y oscuro silencio de esas mil casas vacías. No sé si uno puede ni debe escribir novelas, cuentos o cualquier otra cosa para intentar cambiar el mundo ni mejorar en algo la vida de nadie, pero pienso seguir haciéndolo mientras exista la más mínima posibilidad de lograrlo y para que, con ello, mi apuesta no haya sido del todo en vano.

DIARIO DEL NÁUFRAGO

A finales de 2016, entre mis dos viajes a Budapest y mientras andaba ya sumergido de lleno en la novela, recibí el regalo de disfrutar de un refugio en uno de los lugares más bellos y auténticos en los que he estado nunca. Como en una atalaya en el centro del pueblo, desde el balcón y las ventanas de mi apartamento prestado en la villa marinera de Corrubedo podía divisar por encima de los tejados una buena franja del Atlántico, parte del espigón del puerto y la mitad de la bahía, frente a la que se levantan unas enormes dunas móviles de arena dorada que llevan tres mil años reptando por ese grandioso paisaje. Como en otras ocasiones, ni siquiera había llegado a encontrarme con mi anfitriona, que me dejó las llaves en su librería de Santiago de Compostela, donde enseguida tomé un autobús hacia mi destino. Allí iba a pasar casi cinco meses desde mediados de octubre, así que, cuando llegaron el invierno y las navidades, puede que yo fuera el único forastero en el pueblo, donde apenas permanecían abiertos un bar, un par de tiendas de alimentación, una farmacia y una carnicería que cerraba varios días por semana, pero en el que, como sucede por casi toda Galicia, podía encontrar hasta cuatro tipos distintos del mejor pan del mundo. Cada vez que me he quedado en algún lugar apartado y en temporada baja, me han avisado de que «allí no hay nada que hacer en invierno» y «te vas a morir de aburrimiento», sin entender que, para un escritor nómada que va siempre en busca de tiempo, soledad y silencio «de calidad», esa clase de retiros, sencillos y sin apenas

distracciones, son más propicios para la creatividad que la mejor de las becas oficiales en cualquier capital europea.

Animado por mi buena suerte y toda la belleza que me rodeaba entre los acantilados, el faro, las playas y los bosques de la zona, se me ocurrió que además de trabajar en mi novela podía compartir parte de aquella experiencia con un puñado de lectores, de una forma un tanto privada y al margen de lo que pudiera mostrar de vez en cuando en las redes sociales. De modo que, por primera vez en mi vida, empecé a llevar de forma más o menos sostenida unos diarios, un género con el que, de paso, podría explorar otros caminos como escritor y quizá obtener incluso algún pequeño ingreso extra. Así, durante la mayor parte de la jornada me documentaba sobre Europa central y los años de la Guerra Fría para construir poco a poco el armazón de mi historia, un diseño que, como necesitaba abarcar a menudo de un solo vistazo para poder interiorizarlo y asimilarlo a fondo, dibujé y anoté en un mantel de papel de dos metros de largo que colgué en la pared del salón. Mi particular «Sábana Santa», lo llamaba, un bosquejo un tanto indescifrable ya a estas alturas, pero que todavía conservo y cuyo sistema, como el *story board* previo al rodaje de una película, he vuelto a emplear en otros proyectos. A la vez, cada cierto tiempo enviaba las entradas de mis diarios por correo electrónico a cuatro docenas de suscriptores que, por «un café a la semana», me ayudaban a cubrir mis gastos más básicos. Con algunas intermitencias y una temporada de descanso hasta finales del último noviembre, llevo escribiendo y compartiendo desde entonces esos diarios, que apenas difundo fuera de mis redes sociales pero que, a lo largo de seis años, me han servido para aguantar un poco mejor cada dichosa cuesta de enero, poder pagar el teléfono casi todos los meses y hacer alguna compra semanal. Parece poca cosa, pero si echo cuentas es posible que, desde 2017, haya reunido más fondos gracias a los mecenas de

ese proyecto que por las liquidaciones de mis cuatro primeros libros.

Cuento esto porque, para un escritor que pretenda ser de veras independiente, los oficios de la cultura —sobre todo si no tiene contactos ni padrinos— siguen instalados en la precariedad pero, en vez de resignarse y pasar por ciertos aros, me parece mejor buscar otras vías para salir adelante o, cuando no surgen, crearlas uno mismo como pueda. Igual que esas «buenísimas personas» a las que me refería en el capítulo anterior, tampoco faltan en el tribunal popular literario los inquisidores de la normalidad, que te miran por encima del hombro si decides probar otras cosas, aunque sea sólo con la intención de darle salida y algún provecho a tu escritura. Pero mi único compromiso es conmigo mismo y con cada texto, sin necesidad de recibir la aprobación o el beneplácito de nadie, salvo cuando lo doy por terminado, puede convertirse en libro y ha de convencer entonces a un editor. Hasta ahora me he sentido afortunado también en ese proceso —lo que viene después, una vez en librerías, ya es otro cantar—, pues nunca he recibido una carta de rechazo de una editorial española, no tengo ningún original relegado en el cajón a la espera de ser reciclado y, de hecho, siempre he terminado mis manuscritos sabiendo cómo, cuándo y dónde se iban a publicar.

Pero las cosas no siempre salen como uno quiere y en estos quince años he tenido naufragios de todo tipo, antes y después de lanzarme a la vida nómada, e incluso cuando, con algunos títulos ya publicados, en ocasiones he sentido que tenía que volver a empezar de cero al abordar un nuevo proyecto. También, en parte, porque me aburre repetirme y en cada una de mis obras he explorado un género literario distinto. Cuadernos de viaje y diarios aparte, *Blanco móvil* es, de hecho, mi primer libro de no ficción y el único trabajo hasta la fecha en el que me he olvidado de esa búsqueda artística —y de

cualquier isla desierta que pudiera inventarme— para centrarme en compartir una experiencia con los lectores.

En una vida sin pruebas de fuego no llegamos a saber de qué material estamos hechos en realidad, así que he intentado aprender algo de mis naufragios, a veces de la forma más amarga, pero siempre convencido, al menos, de que ya no volvería a encallar en el mismo sitio ni por las mismas razones. En algún momento, la lección implicó la drástica decisión de quemar mis naves para no volver atrás, como en aquella Nochebuena de 2012. Otras veces, apenas un ligero cambio de rumbo, suficiente para evitar un nuevo desastre. Por supuesto, hubiera preferido conocerme mejor a mí mismo sin tantos sobresaltos y tenerlo todo un poco más fácil, y no hablo de grandes privilegios ni quimeras, sino de respiros muy sencillos para la mayoría de las personas con las que me he cruzado en todos estos años, como, por ejemplo, poder replegar velas de vez en cuando en la casa o el pueblo de los padres, pero hace ya demasiados años que los míos no están y, familia urbanita como fuimos, nunca tuvimos tal cosa.

En el primer capítulo me he referido de manera muy general a los cuatro peajes de esta vida nómada, pero no está de más que me detenga un poco en ellos, porque no siempre me he visto capaz de pagarlos sin sentir que, de algún modo, estaba a punto de ahogarme de veras por toda una cadena de naufragios que, por separado, parecían pequeños y cotidianos, pero que al acumularse quebraban mi resistencia, igual que el goteo del agua puede llegar a horadar la roca.

He llevado siempre mejor la austeridad que la incertidumbre, aunque a veces tuviera que forzar la máquina, sobre todo en los primeros años de nomadismo, cuando algunas mañanas sólo tenía el café del desayuno y la perspectiva de un plato único para aguantar todo el día. Pero también gracias a otros hábitos a los que, con el tiempo, me he acostumbrado, como pasar

meses sin gastar ni un euro fuera de casa si no es para la comida, el transporte o la farmacia, conformarme durante años con unas gafas rotas —por suerte, no las necesito para trabajar, sino sólo para ver la tele o conducir, dos cosas que apenas practico, una convencido y la otra a mi pesar— o no comprarme otros zapatos hasta que los anteriores no empiezan a romperse y amenazan con abrir la boca como lagartos al sol.

Algo que sucedió, como en una viñeta de tebeo ochentero, en una escena bastante patética pero que siempre me provoca una sonrisa, aunque sólo sea por volver a reírme de mí mismo: justo al empezar mi vida nómada, a finales de 2012, paseaba con una chica guapísima por la Barceloneta cuando, de repente, me dejé media suela de un zapato en el bordillo de la acera. Y allí estaba yo, con el calcetín al aire como Carpanta, muerto de la vergüenza delante de aquella belleza eslava que había venido a verme desde el mar Negro, avisada de que iba a encontrarse con un tipo que quería ser escritor y no tenía un duro, aunque sin imaginar, quizá, que la cosa fuera tan en serio. La chica me miró como al gato que acaba de cargarse el árbol de Navidad, negó con la cabeza, me dijo —en una mezcla de inglés, ruso y lenguaje corporal— algo así como «menos mal que besas bien y me haces reír», me llevó de la mano a la primera tienda que vimos abierta y me regaló unos zapatos nuevos.

Nunca he sido demasiado ahorrador y me gusta la buena vida, pero incluso en épocas de bonanza prefería gastarme el dinero en hacer, ver y aprender cosas, y no tanto en tenerlas —llegada la hora, renunciar a las que me quedaban no fue tan difícil como pensaba—, pero digamos que, para poder aguantar una década en la senda nómada, hace falta aceptar sin remilgos que uno, de vez en cuando, ha tenido que hacer equilibrios bajo eso que llaman «el umbral de la pobreza».

Supongo que debe de haber ahí algún material literario, porque a veces me vienen otras instantáneas que parecen

sacadas de un relato decimonónico ruso o de una película neorrealista italiana, como cuando sobreviví a base de patatas cocidas durante casi una semana en un pueblo minero o aprendí a emular el milagro de los panes y los peces con un par de latas de atún y medio kilo de harina. Sin embargo, y aunque ahora me lo tome con cierto humor y filosofía, la única literatura que me ha interesado en todo esto ha sido la que yo podía o sentía que debía escribir para que cada naufragio tuviera al menos un buen motivo.

Con la incertidumbre lo he pasado mucho peor, y he preferido siempre mil veces la certeza del rugido nocturno de tripas que la insoportable tensión nerviosa de buscar, preguntar, rebuscar, esperar, no saber y desesperar mientras el mundo seguía su curso, indiferente a este nómada, y a mí me entraban ganas de soltar los remos y bajar los brazos para que el siguiente naufragio fuera de una vez el último. Tanto es así que, salvo cuando de verdad me he visto en un callejón sin salida, nunca llamo ni escribo a nadie para pedirle refugio y prefiero hacer señales de humo en la distancia —un par de frases en las redes sociales o un comentario de pasada entre conocidos—, con la esperanza de que alguien las vea y me ofrezca un espacio. La incertidumbre es la misma, pero por lo menos de ese modo se resuelve sin añadir el mal trago de incomodar a nadie, porque el nuevo anfitrión ha tenido antes margen para pensarlo y ha podido calibrar si le venía bien compartir una vivienda o cedérsela por un tiempo a un nómada. Por esa razón, además de en casas de amigos, he estado unas cuantas veces en las de desconocidos que pronto han dejado de serlo y con los que, en alguna ocasión, he llegado a establecer un vínculo personal.

El extrañamiento lo he vivido más bien como algo inevitable, casi como un efecto secundario de la medicina que había decidido aplicarme para sanar el espíritu después de

demasiados años aturdido y extraviado entre la adolescencia y la treintena, mientras intentaba escapar de un destino o simulaba conformarme con otro. Y es que, si al principio de este libro he dicho que volví a nacer el día que decidí dedicarme a la literatura, no es menos cierto, por exagerado o solemne que pueda sonarle a quienes no han pasado nunca por algo parecido, que la escritura me ha salvado literalmente la vida un par de veces.

Conozco bien los síntomas, las señales de alarma y las secuelas de la depresión porque me ha tocado presenciarla muy de cerca en seres queridos, llegando en una ocasión al suicidio, una realidad terrible pero más extendida de lo que el tabú nos deja admitir. El caso es que, de momento, parece que sigo siendo inmune a esa otra pandemia crónica de nuestros días. Sin embargo, en ciertas situaciones o por algún revés inesperado, hasta en las personas más fuertes —demasiada gente confunde aún «sensible» con «débil», pero «fuerte» tampoco significa «irrompible»— puede abrirse una brecha que, si no la remedian a tiempo o no aprenden a ser más flexibles, amenaza con derribarlas. Y lo cierto es que, cuando me ha tocado recibir el golpe y me he visto a punto de colapsar, la vocación literaria me ha ayudado a mantenerme en pie. No siempre indemne ni de una pieza, pero sí dispuesto a no dejar de caminar.

Hay otras dos clases de extrañamiento que no tienen relación directa aparente con mi escritura, aunque a veces ejercen una influencia tan negativa en ella que pueden llegar a hacerme perder el rumbo y provocar también algún tipo de naufragio. De la primera consigo librarme a menudo con la mudanza a un nuevo refugio. La otra, por desgracia, la llevo a cuestas adondequiera que vaya.

La realidad, muy a mi pesar, es que suelo andar escaso de opciones para esas mudanzas salvadoras y no me queda más

remedio que sobrellevar de la mejor forma posible el extrañamiento que a veces surge con el entorno, cuando, por un motivo u otro, siento una fuerte alienación con el lugar en el que me encuentro. Puede ser con la habitación, la vivienda, el barrio, el pueblo, el paisaje, la ciudad o hasta el país, pues me ha sucedido en cuartos donde tuve que meterme porque no encontraba nada más, casas en las que pesaban demasiado los traumas ajenos y las telarañas, cualquiera de aquellos barrios fantasma en pueblos y paisajes hundidos en el silencio y la ceniza de las burbujas inmobiliarias, ciudades que engullen y vomitan a las personas como leviatanes de asfalto y países en los que, bajo las sábanas de la prosperidad y las apariencias sociales, acechan el odio, la violencia y otras pesadillas.

Una alienación que, por regla general, no tiene nada que ver con mis anfitriones, sino sólo con el espacio, sobre todo cuando me ocurre de puertas para afuera, pues uno puede dejar su huella en casa pero no es responsable de lo que queda más allá. Así, por ejemplo, recuerdo ahora dos estancias en particular que se presentaban ideales pero durante las que, por esa extraña y profunda sensación de estar fuera de lugar, no pude encontrar refugio ni escribir una sola frase que valiera la pena. Y, como digo, sin que mi extrañamiento guardara la más mínima relación con las personas —dos buenas amistades, además, que ni siquiera estuvieron presentes— que me ofrecieron aquellas viviendas, la primera en una urbanización entre Málaga y Marbella, y la otra, al año siguiente, en un buen barrio de Nueva York. Más que ideales, casi idílicas, una cerca de la playa para pasar el invierno bajo un sol amable y otra en la ciudad de ciudades, soñada por tantos. Pero dos estancias, al fin y al cabo, en las que no fui capaz de encontrar mi sitio. De todos modos, creo que el rechazo más hondo y amargo que he podido sentir en un lugar sucedió dos veces con Barcelona, cuando, ante la imposibilidad de dar con un refugio y la

obligación de hacer noche en ella, tuve que irme a una pensión o a un albergue. Después de haber crecido entre El Clot y el Eixample, de recibir mi educación sentimental en Gràcia o el barrio gótico y de haber sido un barcelonés más durante la mitad de mi existencia, no se me ocurre mayor alienación que experimentar de forma tan literal el desarraigo en la ciudad en la que nací.

De la misma manera que no elegimos el lugar, el momento, la familia, la etnia o la cultura en que nacemos, tampoco el cuerpo con el que empezamos nuestro viaje. Y en mi caso, de ahí proviene precisamente la otra clase de extrañamiento que, desde niño, debo llevar siempre conmigo. Uno puede llegar a aceptar o incluso amar todo ese azar que nos viene dado de fábrica y sin manual de instrucciones, sobre todo, a poco que haya sido afortunado, a sus padres y al resto de su familia, que tienen tiempo y ocasión para ganárselo. Hay quien abraza todas las demás coordenadas como si de veras fueran obra de un destino omnisciente y se convierte en alguien quizá demasiado ufano de su tiempo, de su color de piel o de sus códigos compartidos con un clan, una corriente identitaria o cualquier colectivo. A veces, cuando no parece tener nada más digno ni valioso en su vida, incluso en un fanático patriotero y xenófobo. Siempre me he sentido muy lejos de todo eso, cualquier forma de nacionalismo me da urticaria, poco hay en este mundo que me repugne más que un racista, no soporto a los inquisidores de ningún dogma y, para bien o para mal, mi desesperación adolescente por romper cadenas dio paso, con los años, a un sereno desapego que me ha hecho también un hombre más libre y un viajero más abierto, dos condiciones favorables para la vida nómada.

Sin embargo, también me he sentido siempre ajeno a otra variable del azar que no me define, pero de la que no puedo alejarme. Me refiero a una disociación brutal con mi cuerpo, un

absoluto divorcio mental y espiritual con la carne que no tiene nada que ver con el género, mi orientación sexual ni nada parecido, sino con la simple pero profunda sensación de habitar una piel que no me pertenece. A veces de forma literal, como cuando observo un segundo de más la imagen que me devuelve cualquier espejo y no me reconozco en ella. Una de las razones por las que odio que me hagan fotos y, cada vez que cedo por no parecer un bicho demasiado raro, paso de veras un mal rato, aunque algún que otro periodista con la sensibilidad y la empatía de un botijo pensara que mis reparos no eran por un conflicto tan íntimo, sino mero esnobismo o vanidad. Me consta que otras personas presentan un cuadro similar, aunque en mi caso no se trate exactamente de lo que se conoce como trastorno dismórfico corporal, ya que soy muy consciente de cómo es mi carcasa, igual que un conductor sabe perfectamente en qué coche va por la carretera, aunque no sea el suyo y le hayan prestado cualquier carraca en el taller.

Podría haber dejado este apunte para el diván de un terapeuta o en el cajón de lo que no había venido a contar, pero lo cierto es que, en mi década nómada, esa realidad se ha convertido en una mochila todavía más pesada, un lastre del que aún no he conseguido librarme y que grava el precio de mi apuesta vital con un extrañamiento que no siempre puedo pagar. Quizá porque, además de la alienación y el rechazo, tantos años de austeridad me han demostrado que las servidumbres materiales a las que un día logré renunciar son a veces insalvables con el cuerpo, esa bestia torpe, hambrienta y vulnerable que todos los días protesta, exige y me desgasta.

Hace muchos años, cuando vivía en Madrid y antes de empezar en serio con la escritura, hice amistad con una persona transgénero y, siendo dos situaciones muy distintas —mil veces más difícil la suya, pues implicaba una lucha con demasiadas cosas en contra—, creo que de verdad pudimos

comprender y compartir, en esencia, lo que le sucedía al otro. Envidio a quienes viven a gusto en su molde, pero mi cuerpo siempre fue y será para mí otra forma de prisión —tan dura como lo fueron la paterna en la infancia y la que yo mismo acepté hasta la edad adulta, antes de bajarme del tren de la «normalidad» para volcarme en la escritura—, de la que sólo he llegado a escapar a veces gracias al arte, a la belleza o al amor, sobre todo con las pocas mujeres que de verdad supieron ver más allá de las apariencias, se asomaron al interior de la celda y consiguieron que me olvidara por un tiempo de cualquier condena.

Sí, podría haberme ahorrado estos párrafos y no contar nada de un naufragio tan privado, pero el hecho es que también viajo y escribo para ensayar otras vidas y, con ellas, nuevas formas de libertad. De modo que, aunque no fuera del todo consciente hace diez años, con el tiempo me he dado cuenta de que, de una manera más íntima, lenta y sutil, mi apuesta radical por la literatura y mi vida nómada le «deben» tanto al Sergi que detesta mirarse en el espejo cada día como a aquel chaval que prefirió mirar una tarde su ventana o al hombre que miraba cierta noche una manzana.

Tan difícil de sobrellevar como el extrañamiento o la incertidumbre es a menudo la soledad, aunque me parezca menos compleja y bastante más previsible. No me refiero a la que he buscado desde hace diez años para poder escribir tranquilo y concentrado, por supuesto, sino a la que nunca hubiera elegido o, peor todavía, a la que he sentido estando rodeado de gente o al compartir un espacio con otras personas. Una convivencia que no siempre ha sido fácil, en ocasiones porque, como ya he comentado hace unas cuantas páginas, el gesto de invitarme a su casa no era del todo altruista y mis anfitriones buscaban o esperaban algo que yo no podía darles. Otras veces, porque aun con la mejor intención del mundo por

ambas partes, las circunstancias materiales o personales de cada uno nos lo ponían difícil, con horarios de trabajo incompatibles con el descanso del otro o la repentina sensación de ver la intimidad —la suya o la mía— comprometida o demasiado expuesta. Y en algún caso, por fortuna poco frecuente, por llegar a una de esas casas en las que el trauma o el puro desequilibrio mental pueden estallar en el momento menos pensado, llevarse cualquier cosa por delante y aferrarse a la excusa más nimia para buscar un conflicto. Por todo ello, por cierta naturaleza felina en mis rutinas domésticas —me gusta pasar todo lo desapercibido que sea posible y no moverme demasiado de mi rincón—, para no molestar a nadie y porque tampoco es habitual ni obligatorio que otras personas, a no ser que se dediquen también a algún oficio que les demande concentración y silencio, entiendan y acepten tener a una especie de monje de clausura en casa, intento buscar siempre un espacio que pueda ocupar en solitario.

Cada vez que lo he logrado, sin embargo, ha sido para vivir en una soledad agridulce, beneficiosa para la escritura pero, en ocasiones, con el regusto amargo de no poder compartir lo bueno y lo malo, disfrutar en compañía de ciertos momentos en los que la belleza parecía ser demasiada para un solo nómada, celebrar las alegrías, aliviar las penas o, simplemente, tener el salvavidas de un abrazo y otro punto de vista a mano cuando uno cree estar a punto de naufragar en un vaso de agua. No merece la pena que comente la cuestión sentimental, pues los patrones de la supuesta normalidad también afectan a las relaciones de pareja y, como ya he señalado antes, no es fácil que un ave de paso encuentre una compañera de viaje si no es, por así decirlo, de su misma especie. Baste decir, a modo de ejemplo, que una de las mujeres que me crucé en este viaje, tras unas semanas en las que ella parecía haberse olvidado de una realidad demasiado acomodada y yo creí recordar las

dulces rutinas de otros tiempos, me dijo, tan lapidaria como seguramente sensata, «hombre, Sergi, es que contigo, con la vida que llevas, no se puede formar una familia».

Soy mucho más afortunado en la amistad, para la que, cuando es sincera, no hay que cumplir con requisitos y expectativas más allá de cierta lealtad, manga ancha y nobleza, aunque a veces haya tenido que pasar meses enteros sin poder ver a mis mejores amigos, que siempre están ahí y con los que uno puede hablar en la distancia si lo necesita, pero a quienes no dejo de echar de menos en ciertos momentos. En especial, cuando sobran las palabras y cualquier instante compartido en grato silencio en el rumor atareado de una cocina, en el jaleo bobalicón y feliz de un bar o con la liturgia de ciertas canciones durante un viaje en coche dice más del vínculo que nos une. Para cualquier persona, la inercia de la vida diaria en Madrid, Barcelona y otras muchas ciudades también se lleva por delante quedadas, cervezas y conversaciones que nunca llegan a concretarse, pero al menos cabe siempre la posibilidad de improvisarlas. A cien kilómetros de la estación de tren más cercana, en una ciudad extranjera o desde la otra orilla del océano, en cambio, se hacen imposibles.

Como, para bien y para mal, mi vida nómada empezó de veras en la víspera de una muy triste, podría usar la Navidad a modo de marcador temporal de mis soledades, de la más amarga a las no siempre agridulces, pues también he llegado a disfrutar en plenitud y libertad de otras, las realmente elegidas en lugares como las Rías Baixas o Andalucía, además de sentirme acogido y en familia cuando pude pasar esos días con buenos amigos en Asturias, Oaxaca, Madrid o el Ampurdán. Diez años después, mi última Nochebuena la he vuelto a vivir en solitario, pero por fin en paz conmigo mismo, puliendo este libro en una maravillosa habitación con vistas al mar en Taormina, con una buena cena en la mesa y la diáfana

sensación de que, si he llegado hasta aquí convencido de que sigue teniendo sentido haberlo apostado todo por la escritura y la vida nómada, entonces cada renuncia, peaje y naufragio valió la pena.

Pero, por supuesto, mis naufragios no se han debido únicamente a la austeridad, la incertidumbre, el extrañamiento o la soledad, ni siquiera con todos esos vientos arremolinados a veces en una misma tormenta, sino también a la pura y simple escritura. Al publicar mis libros pudieron llegar o no los sinsabores o las alegrías editoriales, el desencanto o el encuentro con la crítica, el desdén o la atención de la prensa cultural y la buena respuesta de los lectores o los fracasos comerciales, pero mis auténticos naufragios como escritor fueron siempre antes, en privado y —lo único que de veras me importó en cada uno de ellos— estrictamente literarios.

Cuando digo que no guardo originales en ningún cajón, me refiero a que no tengo ni siquiera un cuento a modo de comodín, y cuando alguna vez me lo piden para una antología, «que seguro que tienes algo por ahí», como si todo escritor debiera mantener su fondo de armario para cualquier ocasión, me encojo de hombros y paso palabra. Sólo tengo varias carpetas con proyectos en marcha, a una velocidad u otra, pero todos con el rumbo definido. Lo que sí he dejado en el armario es algún cadáver, como un arranque de novela que no tenía ni pies ni cabeza o un puñado de poemas espantosos. Sin embargo, no considero que ninguno de esos materiales desechados sea un naufragio literario, sino parte del inevitable y necesario proceso de aprendizaje de cualquier escritor que se tome más en serio su trabajo que a sí mismo. De hecho, el que un día pensé que fue mi gran fracaso como aspirante a escritor, cuando apenas comenzaba en este oficio y cegado por la ambición y la inexperiencia quise abarcar demasiado, se ha convertido con los años en el que quizá sea mi mayor acierto

como narrador. Mucho antes de lanzarme a la vida nómada, cuando ya tenía bastante claro que quería dedicarme a la literatura, empecé un monumental proyecto de novela, tan enorme que, para poder dar abasto con ello, se me ocurrió organizarlo como una trilogía. Sin duda, una idea disparatada, fruto de la osadía del novato. Por suerte, tuve un momento de lucidez y me di cuenta de que yo no era aún, ni de lejos, el escritor que debía y podía contar aquella historia, demasiado compleja para un principiante, pero tan potente y valiosa como para que mereciera la pena conservarla y recuperarla más adelante, pero sólo cuando el autor que tanto deseaba escribirla hubiera ganado tablas y estuviera a su altura. Lo intenté entonces con los relatos y cuatro años después publiqué mi primer libro, así que dejé de ser inédito y me convertí en autor novel pasados los cuarenta. Luego llegaron otros dos títulos y, por fin, una novela —ese regalo sin previo aviso que la vida me puso en las manos entre Alemania y Budapest—, un trabajo tras el que por fin me siento el narrador capaz de sacar adelante aquel primer proyecto, algo que pienso hacer en los próximos años. Con lo que, gracias a la paciencia, al trabajo y a cierta e inexplicable forma de fe —personal y literaria—, intuyo que el presunto «fracaso» del principiante puede convertirse algún día en mi mejor obra.

Aunque no llegaran a naufragios, mis peores momentos con el ejercicio de la escritura se han debido siempre al bloqueo. No tanto a la temida y manida «página en blanco» como, precisamente, a la imposibilidad de dar cauce muchas veces a todo lo que hervía en mi cabeza, mientras seguía con mis malabares desquiciados entre el perfeccionismo y la inseguridad. Un bloqueo que, sin ir más lejos, ha hecho que necesitara dos versiones y varias prórrogas para poder terminar este mismo libro, o que convirtió en seis otoños las dos primaveras que planeaba dedicar a mi primera novela

publicada. Al final encontré la manera de desatascar esa ficción y esta crónica, pero en ocasiones he sentido bloqueos tan potentes que me han llevado a abandonar un proyecto. De hecho, estuve a punto de tirar la toalla con mi novela y con la escritura misma durante el invierno que pasé entre Málaga y Marbella, entre aquellas colmenas vacías de edificios junto a la playa en los que la soledad y el extrañamiento me golpearon tan duro y me hicieron sentir tan vulnerable y absurdo que, sin poder esperármelo, me eché a llorar cuando supe de la muerte de David Bowie o, un año después de haberlos vivido mucho más fuertes en México y sin ponerme nervioso siquiera, la onda expansiva de un leve terremoto en el mar de Alborán consiguió meterme el miedo en el cuerpo. Por fortuna pude recuperarme de aquellas semanas extrañas y retomar con fuerza el manuscrito de mi novela, pero otras veces ha podido más el bloqueo y, como un iceberg afilado contra el casco, ha hundido mi barco y mis ganas de escribir. Como cuando llegué a Nueva York con un libro de viajes planeado e incluso aceptado de antemano por una editorial, y, en menos de dos semanas, percibí una grieta tan profunda y oscura en la sociedad que me rodeaba que no sólo abandoné mi proyecto, sino que fui incapaz de escribir ni un párrafo más en mis diarios durante el resto del año. Recuerdo la última frase que anoté en ellos una agobiante noche de julio, poco después del Día de la Independencia: «Cada vez que me acerco a Times Square veo de lejos el pulmón de luz de un monstruo que respira vacío». Tres meses más tarde regresé de Estados Unidos sin el cuaderno de viajes que me había llevado al país, pero con otras ideas esbozadas en mi pizarra mental, como una inquietante y profética distopía, un proyecto de ficción que retomaré en breve y más acorde, supongo, con lo que había visto y sentido aquel verano. De modo que, si eres capaz de adaptarte, hasta de los peores naufragios puede uno sacar partido.

Llegados a este punto, cuando ya llevamos tú y yo medio libro sentados aquí, en este «café del barrio», estaría bien que el monólogo fuera por un instante conversación y, además de contarte mi historia, te preguntara algunas cosas. O, mejor dicho, que te tirara un poco de la lengua para que ahí, a solas, te las preguntaras a ti mismo. Porque no sé cuál es tu sueño, qué momentos de tu vida llevas tan marcados a fuego como para no atreverte aún a cumplirlo o para dejarlo ya por imposible, cuántas excusas eres capaz de encontrar o inventar con tal de no ir a buscarlo o qué peaje no estás dispuesto a pagar para conseguirlo. Da igual si tiene que ver o no con la escritura, con otra vocación artística, con una necesidad creativa distinta o con cualquier senda de la experiencia humana por la que en realidad desearías caminar. Y, desde luego, no hace falta que implique elegir una vida nómada ni nada que se le parezca, pero si de verdad quieres detener la rueda en la que corres por pura inercia cada día, dejar de ser un hámster y volar de una vez libre, lejos de la «normalidad» que te vendieron o de cualquier otra forma de jaula, conviene que tengas tres cosas muy claras.

La primera, que no somos más que una mota de polvo en un vacío infinito y, digan lo que digan algunos iluminados, el universo anda demasiado ocupado en su vasta complejidad cósmica como para «conspirar» a favor o en contra de los deseos de ningún insignificante terrícola. La segunda, que habrá circunstancias y condicionantes que escapen a tu control y quizá te lo pongan más difícil, como una enfermedad, un familiar dependiente o un país en quiebra, pero, a partir de ahí, cuando te toque decidir qué hacer con lo que sí puedas cambiar, siempre serás el único responsable de tus actos. Y la tercera, que, tomes la que tomes, cada elección vital tiene un precio.

Puede que la tuya no conlleve las mismas renuncias que la

mía y lo que sueñas hacer con tu vida no pase necesariamente por la austeridad, el extrañamiento o la soledad, pues tal vez dispongas de los recursos, la claridad y la compañía para que tu camino sea un poco más llevadero en ese sentido, aunque lo más seguro es que surjan dificultades, desafíos y bloqueos en el tuyo que yo ni siquiera habré tenido que plantearme, pero me atrevería a decir que, hagas lo que hagas, en cualquier apuesta personal y profesional que de veras merezca el esfuerzo, será inevitable un grado u otro de incertidumbre. Los hay menores, mayores y a duras penas soportables, tan puntuales, cíclicos o sostenidos en el tiempo como uno decida asumir, pero sin riesgo de quemarse no habría prueba de fuego y, por lo tanto, ni valor ni crecimiento en la experiencia.

Del mismo modo, sin la posibilidad del naufragio ningún barco hubiera emprendido jamás un viaje, una exploración o una travesía memorable. Yo podría haberme rendido y dejado ir hacia el fondo tras alguno de mis naufragios, los que he contado o sugerido en estas páginas, otros que ahora no vienen a cuento y algunos de los que no creo que vaya a hablar nunca con nadie, pero no sigo adelante por haber zarpado con una nave mejor ni más grande, sino precisamente por haber aprendido a soltar lastre y a navegar en una barca cada vez más sencilla y fiable. Como tampoco habría llegado demasiado lejos sin ella, sé muy bien que la perseverancia es un valor esencial, pero no absoluto, pues de nada me hubiera servido un cargamento de diez toneladas en las bodegas de un galeón o de un petrolero si no hubiera sabido capear los temporales, adaptarme a las corrientes y trazar mis propias cartas de navegación. Y para eso no bastan el rumbo fijo ni la velocidad de crucero de la perseverancia ciega, pues, sin un poco de inventiva y de flexibilidad, podrían haberme llevado en línea recta hacia el abismo. Sin ese instinto que prefiere la verdadera vida a la mera supervivencia y sin la generosidad de tantos

anfitriones, la confianza de unos cuantos editores y la complicidad de un puñado de lectores, hoy, en vez de estar escribiendo este libro, sería como uno de aquellos vagabundos con los que hablé en París, Roma, Manhattan o Berlín —«somos invisibles para toda esa gente», creo que me dijo el alemán en aquel parque—, apenas un rostro sin nombre ni historia que se pierde entre la multitud.

Las cicatrices de este náufrago, como las de cualquier viajero que intente distinguir entre la sensatez y la cobardía de quedarse siempre y a toda costa en puerto seguro, no son medallas ni recuerdos con los que tratar de impresionar a los turistas, sino escuetas notas a pie de página para sí mismo. Para llegar a comprender algo mejor la historia que, mientras aprende a construirse una barca más ligera, imagina su propia isla desierta o arroja un nuevo mensaje al mar, escribe cada día en su diario. Y este libro no es más que otra botella, una distinta, pero con muchas de esas notas dentro, por si un buen día le sirven de algo a quien las encuentre.

UNA CABAÑA EN EL BOSQUE

Hace casi un siglo, Virginia Woolf publicó *Una habitación propia*, un ensayo rompedor para su época, muy original en la forma y con un fondo decididamente feminista. Aunque la perspectiva de su texto se ciñera al ámbito blanco, anglosajón y —más o menos— de clase media, Woolf denunciaba, entre otras cosas, la invisibilidad y los prejuicios que pesaban sobre la literatura escrita por mujeres. Una realidad que sí era universal y que, a pesar de todo lo que se ha avanzado en las últimas dos décadas, aún no hemos terminado de superar.

Es cierto que hoy en día, como reconocen las mismas agencias literarias, el interés del mercado editorial tiene más en cuenta que nunca a las escritoras, a veces de una manera un tanto forzada y oportunista, pero también a menudo en respuesta a algún fenómeno simultáneo e innegable como, por ejemplo, el auge de las nuevas narradoras latinoamericanas. En todo caso, la situación actual está en mejor sintonía con otro hecho indiscutible: desde hace bastante tiempo, la abrumadora mayoría de clientes en librerías, ferias del libro y escuelas de escritura —doy fe— son mujeres. Una proporción que también se da, por cierto, entre la dirección y el personal de las agencias literarias. Sin embargo, el desdén y los prejuicios siguen ahí, mejor o peor disimulados tras una supuesta intención de paridad, pero mantenidos aún por parte de la crítica literaria, varios círculos académicos, ciertas iniciativas editoriales o algunas luminarias de la prensa cultural, como cada vez que una antología «se olvida» de demasiadas autoras, sólo entran

mujeres en las listas de «los mejores libros del año» cuando los grandes divos mediáticos no han dado el suyo a imprenta o se afirma sin rubor, por ejemplo, que Julio Verne y H. G. Wells fueron «los padres» de la ciencia ficción, pasando por alto nada menos que una absoluta obra maestra como *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818), relato de veras fundacional de ese género —entre otras virtudes— que, mucho antes que *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) o *La máquina del tiempo* (1895), había publicado una tal Mary Godwin, apenas una veinteañera en aquel momento y quien, por supuesto, sólo pasaría a la posteridad con el apellido de su marido, el señor Shelley.

Pero Virginia Woolf —Virginia Stephen, antes de casarse con Leonard, hoy más conocido como «marido de» que por sí mismo— no sólo se refería a cuestiones sociales y literarias en ese ensayo, sino también a otras mucho más literales y nada prosaicas, como la necesidad de disponer de cierta independencia material y de un espacio de libertad creativa. Un reclamo pensado y descrito, insisto, para las escritoras blancas, anglosajonas y de clase media de su tiempo, pero que trasciende aquel marco y cualquier época, género, actividad intelectual o búsqueda artística. Pienso, por ejemplo, en qué hubiera sido de Vincent van Gogh de no haber contado con el apoyo incondicional de su hermano Theo: estoy seguro de que, para él —y para todos nosotros, que hoy no sabríamos de su genio—, mucho peor que no vender ningún cuadro en vida habría sido no poder llegar siquiera a volcarse en la pintura. Así pues, a toda persona con determinadas inquietudes le hará falta tarde o temprano algún grado de autonomía para tener la posibilidad de entregarse a ellas. Sobre todo si se salen del cauce general, contradicen el discurso dominante de cada época o cuestionan demasiadas convenciones, pues ningún sistema se lo va a poner nunca fácil a quien decida vivir en sus

márgenes, sea un pintor holandés del siglo XIX, una escritora inglesa del XX o, con menos talento pero la misma determinación, un nómada español del XXI.

Me temo que no soy lo bastante blanco para ciertos supremacistas —así me lo hicieron saber un día en Concord, muy cerca de la cabaña de Thoreau—, sino más mediterráneo que el aceite de oliva y, por eso mismo, de sangre mestiza, con gotas íberas, fenicias, griegas, romanas, judías, árabes y bereberes corriendo por mis venas. Además, estoy exactamente a diez años luz de cualquier parámetro asociado a la clase media y, desde luego, no nací mujer, pero, al menos en mi caso, y sin ningún hermano adinerado al rescate, no hubiera sido capaz de escribir ni un solo libro sin entregarme a mi búsqueda constante de «una habitación propia». No siempre la he encontrado y, cuando he creído hacerlo y me he sentido libre, seguro y a gusto en ella, nunca ha sido de veras mía, sino otro préstamo temporal en mi cuenta nómada.

Quizás algún día tenga por fin, más que una habitación, mi propio espacio —en *A Room of One's Own*, el título original del ensayo en cuestión, «room» podría significar las dos cosas—, aunque, tras una década de aquí para allá en un centenar de lugares distintos, creo que, de poder elegir, se trataría más bien de una cabaña en el bosque. En sentido figurado o del todo literal, pero donde volviera a encontrar lo que hallé en otras: no sólo la independencia y la libertad a las que se refería Virginia Woolf, sino también silencio y distancia. Así me sucedió en unas pocas cabañas de verdad, varias que no lo eran pero lo parecían, viviendas en las que respiré la misma serenidad y, también, otras formas de refugio con las que, lejos del ruido de máquinas de la actualidad, del materialismo y de la corte literaria, aprendí a vivir y a escribir más allá de la inmediatez, el provecho o la vanidad. Unas cuantas «cabañas en el bosque» —lo fueran o no sobre el mapa y para los demás

— con las que, pasados los años, pude construir otra más profunda y duradera, una cabaña simbólica, pero muy real, en el espíritu.

La cabaña te separa del barullo del mundo, simplifica las cosas, reduce las distracciones y ayuda a enfocar toda tu atención en lo esencial, dejando el corazón y la mente más limpios para darle sentido y dirección a cualquier impulso creativo. Bien lo sabían un puñado de grandes escritores que, a pesar de disponer a la vez de una vivienda más o menos convencional, eligieron la sencillez de una cabaña para retirarse a trabajar por una larga temporada o, incluso, como estudio independiente en una propiedad, un lugar en el que dedicarse en exclusiva a las tareas literarias y al que acudían varias horas al día como cualquier artesano, mecánico o zapatero a su taller. Desde la espartana cabaña del mencionado Henry David Thoreau junto al lago Walden en Massachusetts, o el humilde garaje reconvertido en estudio por el poeta Dylan Thomas en la costa galesa, a otras algo más confortables y no tan apartadas —aunque Thoreau, en realidad, fuera de vez en cuando al pueblo para que le hicieran la colada—, en ocasiones en el patio trasero o el jardín de su casa, como la de la propia Virginia Woolf. Y, a pesar de ser algo feúcha, abigarrada y barnizada de amarillo por el humo del tabaco, una de mis cabañas de escritura favoritas, la del prolífico narrador Roald Dahl, de quien copié además una postura de trabajo perfecta para mí, un sistema que practico siempre que tengo la suerte de encontrar lo necesario en un nuevo refugio: sentado en un sillón orejero y, a modo de pupitre, con una bandeja o una balda de madera apoyada entre los brazos del sillón y pegada al cuerpo, a la altura del diafragma. Aunque, de momento, no soy tan productivo como Dahl porque, entre otros motivos, todavía no tengo cabaña propia, en esa posición he podido pasar días enteros trabajando, sin levantarme más que para las

necesidades básicas o irme a la cama. De hecho, y en el lugar menos pensado —el piso de unos amigos en el casco viejo de Logroño, en el primer verano de la pandemia y antes de que las lluvias se colaran por el tejado para provocar una pequeña catástrofe doméstica—, así escribí uno de los capítulos más largos de mi novela, a salvo del mundo como un caracol en su concha y en tiempo récord.

Aunque la luz del cielo me recordara a la de la andaluza Alpujarra y el paisaje a ciertos rincones del Bajo Ampurdán, para disfrutar de mi primera cabaña de verdad tuve que irme hasta el otro lado del mundo, en un soleado valle de Oaxaca. Allí pasé cinco de los seis meses que duró mi experiencia mexicana entre 2014 y 2015, en una sencilla estructura de ladrillo, cemento y adobe con las comodidades justas, como una ducha que dependía del sol para tener un poco de agua caliente al día, pero rodeado por un auténtico vergel en la parte más asilvestrada de la finca que compartí con mis anfitriones y, por temporadas, con un estudiante lugareño. La cabaña parecía estar más aislada del mundo de lo que en realidad se encontraba, a una buena caminata o un trayecto medio en mototaxi del pueblo más cercano —del único al que poder llamar de veras pueblo en Etla—, pero la naturaleza se abría paso hasta mi refugio prestado en San Gabriel. Siempre con el esplendor de la flora en aquella región de Mesoamérica, y a veces también con sus más humildes criaturas, dentro y fuera de mi cabaña, como cuando los colibríes zumbaban frente al marco de la puerta abierta sin atreverse a cruzarla o, más osadas, se colaban en mi cocina unas enormes y pacíficas arañas, peludas como ratones. Supongo que mucha gente las vería con asco o aprensión, pero no dejaban de ser otros «bichos raros» que iban a lo suyo y sin molestar a nadie, como yo mismo, y que además mantenían a raya a los insectos en la cabaña. Una de ellas se hizo residente y cada día me la

encontraba buscando el calor del sol encima de la nevera, cerca del fregadero o bajo la ventana, con su jersey de lana gris y su lentitud infinita, sin intención de irse a ninguna parte. Una mañana, mientras me hacía el desayuno y sonaban en la radio las tres guitarras de «Se te olvida», se quedó tan quieta junto al fogón, mirándome con sus ocho ojos negros de bolero, que la bauticé como Panchita.

En la paz diaria de aquel lugar, en el ajetreo del mercado cuando bajaba al pueblo, entre los talleres de escritura, los tacos y las cervezas que una vez por semana compartíamos en la ciudad de Oaxaca y durante algunas excursiones por el estado, como cuando llevé a varios chavales hasta las bahías de Huatulco en una camioneta —un vehículo de incógnito del programa de protección de cargos públicos: bienvenidos a México—, aprendí muchas cosas. Cuestioné y revisé mi noción de eso que llamamos «hispanidad», conocí lo mejor y lo peor de la mexicanidad —una constante y decidida afirmación de la vida entre la omnipresente muerte— y descubrí que hay otras clases de racismo, siendo quizá el más hiriente de todos el que aún a día de hoy margina a los pueblos originarios en su propia tierra, como pude comprobar a veces en el mercado, donde las mujeres indígenas vendían sus cosas en el suelo y en los peores sitios, o, muy en particular, en Nochevieja y con un joven amigo zapoteco, cuando fuimos a un bar a celebrarla y el portero, un mestizo que al ver mi barba y mi piel dizque blanca me había franqueado el paso sin problema, pretendía dejar fuera a mi colega por su cabellera negra y sus rasgos mayas. No parecía haber otro bar a la vista, así que insistimos y, para rematar la fea jugada, sólo pudimos entrar cuando yo —el «güero» venido de lejos, y no mi amigo, casi resignado a la cantinela de siempre en su propia ciudad— me puse serio con el portero y se lo eché en cara.

También durante aquellos meses en Oaxaca comprobé la

pasión de los lectores mexicanos por la literatura, presenté mi primer libro de cuentos, empecé a escribir el segundo con menos prisas que Panchita —han pasado ocho años y aún no lo he terminado, en parte porque se cruzaron cuatro proyectos más por el camino, todos ya publicados—, compartí buenos ratos con un montón de gente maravillosa, hice algunas amistades que lo serán de por vida y, en fin, me llevé para siempre a México en el corazón. Pero, sobre todo, gracias a Leonardo, filósofo, narrador y humanista que ha perseguido la utopía de mil maneras, primero como intelectual militante y luego, durante décadas, también como verdadero superviviente junto a su mujer entre el mar y la selva, aprendí o, mejor dicho, tomé plena conciencia de algo que mi intuición ya barruntaba desde hacía tiempo: por mucho que uno se pelee a veces con el mundo por permanecer fiel a sus principios o hacer lo que cree que es justo, el escritor o el artista no puede quedarse al margen en su torre de marfil y —al menos el escritor que yo aspiro a ser—, para crear una obra de veras valiosa, genuina y perdurable tiene que mirar a la muerte sin miedo mientras hunde las manos en el barro de la vida.

Mi última experiencia en una verdadera cabaña fue en la primavera de 2021, una vez más en Galicia y a pocos kilómetros de Samos, un pueblo en el que, justo dos años antes, ya había pasado un par de meses para terminar mi poemario. En aquella ocasión me prestaron un modesto piso sobre la oficina de Correos, pero cuando pude regresar, después de una de esas pocas veces en que he tenido que dar la voz de alarma entre los amigos porque no encontraba sitio en ninguna parte y, lo peor de todo, llevaba ya una temporada de extrañamiento y bloqueo creativo en Madrid, me ofrecieron un refugio muy distinto. Entre bosques, colinas, pastos y campos de labranza, iba a pasar ocho semanas con una comunidad de personas que gestionaban y compartían una particular casa de acogida,

restaurada a partir de una finca ganadera abandonada y orientada en su nueva etapa al veganismo, la meditación y una forma de altruismo que llamaban «economía del don», y que se resumía, en esencia, en dejar lo que pudieras y coger lo que necesitaras. Una comunidad en la que yo no iba a participar de pleno, pues mi anfitrión, consciente de mi necesidad de soledad, silencio y distancia para volver a conectarme con la escritura, me había reservado un lugar aparte, pero con la que, por puro respeto, me comprometí a cumplir sus pocas y sensatas normas de convivencia. Estas incluían, sobre todo, no consumir ningún tipo de producto de origen animal —salvo los huevos que ponían sus «gallinas felices», como las llamaban— ni tampoco bebidas estimulantes, tabaco, alcohol u otras drogas. Confieso que se me hizo un poco cuesta arriba no poder tomarme un simple café con leche cada mañana y que bajé un par de veces al pueblo —a una hora de camino a pie por un desnivel más que respetable: había que llevar ganas— para no fantasear con echar a alguna infeliz gallina al arroz, pero, por lo demás, no tuve mayor problema en hacer un paréntesis de saludable dieta vegana en mi existencia omnívora.

A cambio, y aparte de algunas comidas —entre buenos cocineros, la gastronomía vegana puede dar muchas sorpresas y alegrías—, conversaciones y caminatas compartidas, tuve el privilegio de disfrutar en bendita soledad de uno de los mejores refugios que he tenido en toda mi vida nómada. Quizá también el más austero y espartano, en una vieja caravana fijada en un prado, sin cocina ni agua corriente —para eso estaba la casa grande, a unos doscientos metros de mi puerta: más ganas aún que para bajar al pueblo había que llevar para hacer ese trecho corriendo cuando caía un chaparrón—, con un rústico baño seco junto al gallinero y cortes de luz cada vez que la batería de los paneles solares de la finca decía basta porque el mal tiempo duraba ya demasiados días, algo bastante habitual no

sólo en Galicia, sino especialmente por aquellos montes. Pero también uno de los refugios más puros y auténticos, una cabaña con ruedas que no podía ir a ninguna parte —una caravana inmóvil para este blanco móvil—, por fin sin las distracciones ni el ruido de fondo que me agobiaban en la gran ciudad. Allí, al abrigo del paisaje y de la armonía que me rodeaba, pude enfocar todas mis energías en la escritura y, de hecho, entre las hierbas altas y los árboles que velaban cada noche mi sueño, terminé uno de mis capítulos favoritos de la novela que publiqué meses después, justo cuando mi historia centroeuropea, casi por completo urbana, sucede en un entorno natural, entre una pequeña granja y los bosques de Bohemia.

Igual que en Oaxaca, mis casi dos meses en aquel lugar me enseñaron unas cuantas cosas sobre el prójimo y sobre mí mismo. Sobre nuestra relación con la tierra y otros seres vivos. Sobre nuestras contradicciones, las grietas que pueden aparecer hasta en el más noble de los ideales y mis propias excusas para tomar o no tomar ciertas decisiones más por comodidad que por principios. Lecciones que no recibía de nadie en particular, sino que me sobrevenían por sí solas y con una lucidez repentina mientras conversaba con alguien, hacía una pausa en mi escritura o andaba con cualquier otra tarea. Mientras recogía los huevos de las gallinas cada mañana o salía a buscarlas por el prado para que pasaran la noche a salvo de zorros y ginetas en el corral. Cuando la comunidad menguaba, los huéspedes se marchaban, mi anfitrión salía de viaje y yo me quedaba a solas en la finca pero nunca del todo solo, con la compañía del viento nocturno entre los abedules, las neblinas que algunas mañanas parecían forrar los campos con una gasa de metro y medio o la sombra de un enorme castaño las pocas tardes que el sol de junio decidía lucir de veras. Recuerdo una de esas tardes en especial, sentado al aire libre entre la casona, el gran árbol y la caravana mientras hacía la digestión de la

mejor tortilla de patatas que he preparado en mi vida, cuando el pobre Chip, el gato más feo y pesado de los que rondaban por allí —otro «bicho raro», supongo, pero el caso es que los demás felinos estaban ya un poco hasta el gorro de él—, eligió mi regazo para echarse una buena siesta y recibir una sesión de mimos, como si de repente aquel hermoso silencio fuera el único lenguaje que en realidad podían compartir dos solitarios.

Hace poco he sabido que O Couso, que así se llama el proyecto que durante años ha albergado a esa comunidad, se ha tomado un descanso y por ahora la casa está cerrada, pues su impulsor y mi anfitrión, mi amigo Javier, necesitaba un respiro y otro rumbo en su vida. Yo, por mi parte, le estaré siempre agradecido a este editor, antropólogo y peregrino de la conciencia, más aún que por ofrecerme refugio durante ocho semanas —además de la caravana, pude escribir también algunos días en otra cabaña más literal si cabe, una estructura de madera de planta octogonal, algo más apartada y ya en el interior del bosque—, por demostrarme, sin grandes palabras y con la humilde verdad de sus actos, que cuando el escritor o la persona que se considere humanista —al menos la persona a la que intento parecerme— se entrega a una buena causa puede crear algo de veras auténtico y quizá trascendente no sólo con su obra, sino sobre todo con su vida diaria y en las vidas de los demás, durante el poco o mucho tiempo que pueda pasar en este mundo.

Entre las de Oaxaca y Galicia me he quedado en otras «cabañas» que, sin serlo, de verdad lo parecían, con un elemento común en casi todas ellas, que ha sido siempre el papel del paisaje, diferente en cada caso pero con el mismo efecto inmersivo en mi experiencia. Las tres primeras que me vienen a la memoria, por ejemplo, estaban frente a una extensa llanura de ribera, en la aldea de un valle al pie de las montañas o en un pinar entre colinas a las afueras de un pueblo. Y

aunque me llegaron en momentos vitales muy distintos, las tres me hicieron tanto bien que apuntalaron mi deseo de dejar algún día el camino del nómada, acabar con mi largo historial urbanita y encontrar por fin el que ojalá fuera mi último refugio, «una cabaña en el bosque», pero una propia y, de una vez, sin más fecha de caducidad que la de mi existencia.

La llanura de ribera fue la vega del Esla en Valencia de Don Juan, donde una librera con quien tenía contacto por las redes sociales pero a la que no había visto aún en persona me prestó una casita, un espacio diáfano y de una sola planta que su familia usaba en vacaciones. Estaba al final del pueblo, a campo abierto por tres flancos y frente a los cañaverales del río, con lo que la sensación de aislamiento se hacía mayor, aun sin salir del trazado urbano. Pero un aislamiento beneficioso, en completo contraste con el que había sentido en el lugar del que llegaba, aquella colonia de edificios de la costa malagueña en la que me sentí un náufrago a la intemperie durante todo un invierno de extrañamiento y bloqueo. La suave primavera coyantina, los atardeceres sobre un horizonte despejado, el amplio ventanal de mi escritorio y el hecho de disponer además de un vehículo —no sólo abundan las casas vacías, también los coches que acumulan polvo en un garaje— para explorar de vez en cuando el antiguo reino de León, fueron un verdadero bálsamo y me ayudaron a retomar con una fe renovada la escritura. La de mi novela e incluso la de algunos versos, dedicados a esa buena tierra pero sin ser en realidad poeta, una condición que escasea más de lo que parece, pues publicar un manuscrito y llamarlo «poemario» —sé bien de lo que hablo, después de hacerlo con *Gavia*— no convierte a nadie en un auténtico poeta. A veces, cuando estoy en horas bajas o me acechan las sombras, pienso en aquella casita leonesa, en su generosa dueña y en otros refugios similares, recuerdo que a menudo esos regalos me llegaron cuando y de quienes menos lo

esperaba y, justo entonces, no me doy permiso para rendirme, pues en cualquier momento puede volver a encenderse otra luz en alguna parte.

La aldea del valle al pie de las montañas era Siones, en el corazón de Asturias, donde Manuel, uno de mis pocos hermanos de otra madre, me prestó su casa cuando tuve que salir corriendo antes de tiempo de mi única experiencia negativa en Galicia, después de que una anfitriona perdiera los papeles con la excusa más tonta del mundo. En aquella ocasión llegué al nuevo refugio alienado por el mal trago pero sin bloqueo creativo alguno, así que no me costó ningún trabajo recuperar enseguida el ritmo de escritura. Sobre todo con mis diarios, mientras pasaba el mes de agosto sin que el sol, que parecía estar en huelga, llegara a asomarse más de tres o cuatro veces por el valle, entre la niebla matutina y una llovizna intermitente que, lejos de enturbiar mi ánimo, ejercía de entrenadora implacable, pues me forzaba a trabajar en casa un montón de horas al día. Y cuando la cabeza ya no me daba para escribir más, echaba mano de la estupenda biblioteca de mi amigo, en la que descubrí a Christian Bobin, por ejemplo, un escritor sabio, certero y luminoso que me ha acompañado en muchos momentos desde entonces. Esas tres o cuatro veces que el sol decidió cumplir con los servicios mínimos me fui a caminar por los prados entre vacas, hórreos y paneras, por supuesto, pues los mediterráneos entendemos enseguida a los norteños cuando pasamos una temporada en sus dominios y aprendemos a salir del caparazón en cuanto se despeja el cielo, no vaya a durar una semana más encapotado y tengamos que seguir haciendo la ostra entre el salón y la cocina. Sin embargo, recuerdo aquel verano como una especie de retiro monacal, pero no con la gravedad de los renunciantes que abominan de la existencia mundana, sino con la alegría de los místicos que se sienten en comunión con toda forma de vida. Un dulce

encierro en el que ni siquiera eché de menos el bosque o las montañas, ocultas casi a diario tras un velo de nubes, pues los pájaros y el viento traían cada mañana su voz y su respiración hasta mi puerta.

Y el pinar entre colinas estaba a las afueras de Vallgorguina, un lugar con una energía muy especial y, por fin, en mi tierra chica, entre el Maresme y el Montseny, dos marcadores importantes en mi biografía, uno por los desmanes de mi primera juventud y el otro por varios recuerdos agridulces, como algunas gloriosas mañanas de otoño entregadas a la fiebre *boletaire* —creo que aún podría diferenciar, recoger y cocinar diez o doce clases de setas sin que nadie saliera intoxicado— o el día que, hace ya más de veinte años, esparcimos al viento las cenizas de mi madre. Aparte de encontrar allí una casa tan acogedora y sencilla que tenía mucho de cabaña, mi primera estancia en Vallgorguina no fue, como en la mayoría de ocasiones, fruto de mi búsqueda habitual, pues en aquel momento ya disponía de un lugar donde quedarme en la periferia pudiente de Barcelona, sino un intercambio de favores con el amigo de una anfitriona anterior, un chico que debía salir de viaje por unas semanas y necesitaba que alguien cuidara de sus gatos y sus plantas, además de llevarlo al aeropuerto en su coche y pasar a recogerlo a la vuelta. Un trueque que me vino muy bien, pues sólo allí, mientras mi novela estaba a punto de llegar por fin a las librerías tras seis años de esfuerzo y dudas, pude darme cuenta de que algo no marchaba como debía en mi interior, pues si de pronto agradecía tantísimo estar lejos de la gran ciudad significaba que tampoco tenía mi sitio en ella, como si el desarraigo no me separara de toda mi herencia catalana, sino sólo del influjo de Barcelona. La experiencia fue tan positiva para mi anfitrión y, desde luego, para mí que repetimos al poco tiempo, así que pude disfrutar de la prodigiosa paleta de

colores de los bosques del Montseny, de algún paseo solitario por las playas del Maresme y de los enclaves mágicos de Vallgorguina en noviembre y en enero, pertrechado contra el frío en mi «cabaña» con una buena chimenea, suficiente leña y dos gatos que me recibieron primero como al extraño que era pero, en menos de una semana, ya competían por amasar mi panza como si fuera la encimera de una pizzería, ronronear entre mi barba y el portátil en horas de trabajo o usarme de colchón humano con calefacción natural.

Además de plantas, gatos, perros y gallinas he cuidado, alimentado o vigilado también caballos y otros animales, como cuando pasé un verano en la vivienda del guarda que menciono en el listado de «Mil casas vacías». Sin embargo, la experiencia en aquella inmensa finca de la dehesa de Salamanca me sirvió para comprobar que, lejos de tópicos idealizados, a veces la vida en el campo puede ser de todo menos saludable y pacífica, sobre todo cuando el hombre, ese animal tan voraz y traicionero, se empeña en convertir cada posible paraíso en otro estúpido infierno.

La persona que me ofreció aquella casa, mi amiga Inka, una editora, fotógrafa y escritora reconvertida en agricultora, ganadera y luchadora ecologista, se había propuesto desde hacía tiempo recuperar una tierra agostada por décadas de explotación intensiva con un modelo de uso y conservación del entorno tan revolucionario como urgente para los nuevos tiempos. Los efectos no se hicieron esperar demasiado y, además de los beneficios de la ganadería extensiva —para la salud del territorio, de los animales y del consumidor— con una raza bovina autóctona, la naturaleza, que siempre revive en cuanto le das un respiro, volvió a hacer de la dehesa un refugio para, entre otras muchas, especies tan emblemáticas como la cigüeña negra, el corzo o la garduña. Esa armonía recobrada llegó también a la casa del guarda, desde donde el

paisaje ya no parecía un decorado externo, sino una escala de acordes que resonaba entre las encinas, el cielo, los caballos y este nómada. Recuerdo una tarde en la que, mientras trabajaba en el escritorio, un zorro se acercó hasta el minúsculo jardín que había bajo mi ventana. Cuando me asomé a la puerta para poder verlo mejor, muy despacio y con sumo cuidado, convencido de que saldría huyendo enseguida, el zorro se quedó un rato allí mismo, alerta pero sin tensión en la postura y a menos de dos metros, mirándome como si, de repente, un ser humano pudiera ser una presencia amable y no sólo una amenaza.

Y con todas las demás formas de vida, como el ciervo, el tejón o la grulla, regresó también un símbolo totémico y ancestral, el lobo, señal inequívoca de que, cuando existe la voluntad de que suceda, la integración entre la actividad humana y la diversidad del ecosistema era, es y será siempre viable. Pero, justo por demostrar que la naturaleza podía volver a prevalecer en aquellas tierras, el lobo también iba a ser el pobre diablo sobre el que descargarían su ira todos aquellos que sólo ven el medio ambiente como un botín del que sacar provecho. Una fuente de riqueza material que, demasiado a menudo, la codicia de los hombres llega a dejar seca, enterrando en el polvo su futuro y el de sus hijos. Algunas noches pude escuchar de lejos o sentir de cerca a los lobos, mientras aullaban por la dehesa o merodeaban a poca distancia de la casa, con una presencia en la oscuridad que no me parecía de perro ni caballo, como pude comprobar por sus huellas una mañana. Sin embargo, más allá del imaginario de los cuentos con los que nuestros antepasados trataban de conjurar el miedo, las verdaderas bestias feroces que rondaban por aquellos lares y las únicas que consiguieron inquietarme en algún momento, fueron los hombres que intentaban amedrentar a mi amiga Inka y a cualquier otro propietario que

estuviera dispuesto a cambiar las cosas. Los pobres mastines que cuidaban de la finca fueron sus primeras víctimas, siendo envenenados, atropellados, tiroteados, atacados por otros perros —azuzados por sus dueños— y hasta ensartados por flechas de ballesta, con lo que la crueldad primaria de aquellos hombres acabó por desgarrar también la armonía en la que yo imaginaba estar viviendo.

Al final, mi inevitable sensibilidad a las energías de cada lugar y momento dejó mis defensas por los suelos y, por primera vez en casi treinta años, tuve una tremenda reacción alérgica. Quizá el detonante literal fuera la sobreexposición continuada a los caballos, las gallinas, los mastines y otros animales, tal vez la picadura de algún tábano y las de un montón de mosquitos, o seguramente una combinación de todos esos factores, pero el caso es que, justo después de los primeros ataques de aquellos salvajes a nuestros perros, se me hincharon las manos de una forma tan grotesca y exagerada que ni siquiera podía escribir en el portátil ni coger un bolígrafo. Para colmo, el problema me pilló en unos días en los que estaba completamente solo en la finca y sin poder contar con nadie, así que, antes de que la hinchazón y el terrible escozor fueran a peor, pensé en ir a la farmacia más cercana, a unos veinte kilómetros de allí. De modo que me acerqué a una nave agrícola en la finca, subí al pequeño todoterreno que tenían para las tareas del campo y me propuse intentar algo: si con aquellas manazas de Mickey Mouse era capaz de encender el motor, cambiar las marchas y recorrer un buen tramo de la pista a través del encinar, seguro que, aunque fuera a ritmo de tractor, podría llegar al pueblo, conseguir un antihistamínico y terminar con aquel calvario. Soy el conductor más prudente del mundo y, con veinticinco años de carnet, jamás he tenido un accidente ni me han puesto siquiera una multa por exceso de velocidad, adelantamiento indebido ni ninguna otra maniobra

extraña, pero había que verme aquella tarde, pegada la cara al volante con los ojos muy abiertos, como Bob Esponja en la autoescuela o Paco Martínez Soria pasándolas canutas en su 600 por la Gran Vía, aunque no me cruzara ni con un alma mientras conducía por la meseta castellana en aquella cafetera con ruedas, que además de temblar, silbaba. Por la expresión atónita del farmacéutico cuando al fin me presenté con mis dos guantes de boxeo en su mostrador, no quiero ni imaginar la cara que hubiera puesto el guardia civil que podría haberme dado el alto de camino al pueblo.

Los vehículos que a veces me han dejado utilizar cuando me han prestado una vivienda me sirven también de metáfora para corroborar lo que he intentado decir hace ya un par de capítulos, una verdad universal que demasiadas veces se nos olvida: no importa el tamaño, la comodidad ni el lujo del envoltorio, sino la calidad de la experiencia. Camionetas de caja abierta, todoterrenos de verdad y de mentirijillas —llenos de polvo y barro hasta el capó o relucientes como una cubertería de plata por estrenar—, utilitarios, monovolúmenes, familiares —pasajeros de peluche, arsenal de playa y asientos infantiles incluidos—, híbridos, eléctricos, más contaminantes que una locomotora soviética de vapor, berlinas de alta gama o tartanas que se caían a pedazos —al volante de unas y otras se me han quedado mirando malamente en algunos sitios—, siempre me ha dado lo mismo, mientras pudiera tener un poco más de libertad con cualquiera de esas máquinas, me permitieran hacer alguna excursión de vez en cuando y, sobre todo, me sirvieran para volver a un buen refugio.

Y buenos refugios fueron, además de todas esas cabañas, los lugares que, de un modo u otro, me ofrecieron la misma paz mental y un silencio parecido. Una serenidad que, por lo que he podido comprobar durante todos estos años, suele guardar una estrecha relación con el carácter y el talante de mis

anfitriones, tanto si comparten conmigo su espacio como si me lo prestan para que lo disfrute en solitario. Así lo he sentido en las viviendas más humildes pero también a veces, por acabar de derribar prejuicios, en varios lugares de película en los que jamás podría haberme imaginado desayunar, trabajar, pasear, leer, holgazanear y dormir como si sólo me faltara llevar un batín con mis iniciales bordadas. Desde aquel pequeño apartamento sobre la oficina de Correos de Samos, un pueblo al que ni siquiera llega el transporte público pero por el que, junto a una impresionante abadía benedictina, sí pasa un hermoso trecho del Camino de Santiago, hasta un diáfano anexo reformado en el increíble jardín de una masía señorial en el Ampurdán. El espacio, el equipamiento y el aspecto no podían resultar más distintos, pero, sin serlo ninguno de los dos, ambos lugares me provocaron la inconfundible sensación de estar en «una cabaña en el bosque», es decir, enfocado en mi camino, volcado en la escritura y a la distancia justa del resto del mundo. Una distancia que, cuando las ganas me lo pedían, pude salvar también gracias a un par de coches prestados, con los que recorrí algo más que los alrededores para acabar de enamorarme de los acantilados de las Rías Altas o imaginar un bello final para mis días entre la Costa Brava y los Pirineos.

Ese talante sereno y afable de ciertos anfitriones me ha llevado a veces, y sin que ninguno de los tres se lo esperara, a encadenar no sólo dos refugios, sino también dos nuevas amistades, como me sucedió con Juan y Eduardo, con quienes compartí un almuerzo improvisado en casa del primero para terminar, meses después, desayunando con el segundo en la suya. Cosas que suceden de vez en cuando en las «redes sociales analógicas», las de toda la vida, para las que no hay que hacerse ningún perfil ni dar tus datos, sino estar abierto al arte del encuentro.

En la introducción de este libro he dicho que, por una mezcla

de discreción y pragmatismo, no iba a mencionar a ninguno de mis anfitriones, pero cada vez que lo he hecho hasta ahora —aunque sólo con su nombre de pila, para no desentonar con el matiz personal de esta crónica—, no ha sido por llevarme la contraria, sino para distinguir entre el hecho concreto de compartir o utilizar una vivienda y la experiencia o el aprendizaje que, por otros motivos, me he llevado de cada lugar. Así, como si el jardín de fábula al pie de la muralla de Ávila en el que vive fuera un reflejo de su carácter o viceversa, la lenta pero sabia ambición literaria de Juan, médico y escritor al que no recuerdo si llegué a decirle esto, me ayudó a dejar de forzar el paso en un momento en el que tenía demasiadas prisas por publicar mi siguiente libro. Del mismo modo, cada una de las veces que he ido hasta Carmona para refugiarme en el maravilloso cortijo de Eduardo, un hombre afable que se dedica, precisamente, a diseñar, restaurar y documentar jardines —además de recorrer medio mundo para visitar olivos centenarios—, me he cerciorado de que la auténtica nobleza no radica en títulos ni blasones, sino en la capacidad de una persona para ser honesta y generosa sin pretender lucirse ni llevar la cuenta.

Entre «una habitación propia» y «una cabaña en el bosque», como entre la idea de Virginia Woolf y la mía, no van sólo un siglo, dos realidades muy distintas o el silencio y la distancia que añado a la necesaria independencia material y a la imprescindible libertad creativa, sino también la posibilidad de convertir ese espacio literal en un refugio tan intangible como profundo, una habitación o una cabaña «portátil», que cada ser humano pueda llevar consigo o en la que mantenerse a salvo a donde quiera que vaya y en cualquier circunstancia.

Hace casi diez años que publiqué mi primer libro y, de momento, el único método que he encontrado para acercarme a cierto simulacro de independencia no han sido las ventas, los

premios, ni ninguna beca de «quinientas libras», como sugería la escritora inglesa para las mujeres de su clase, de su país y de su tiempo, sino la renuncia. Una renuncia radical, sostenida y a menudo descorazonadora, pero de una aplastante lógica matemática: cuantas menos cosas te acostumbres a necesitar, menos echarás en falta y mejor usarás las que te quedan. En pleno siglo XXI, y como no he tenido la mala fortuna de haber nacido mujer en alguna teocracia patriarcal y absolutista como la afgana o la iraní, lo de la libertad creativa, en realidad, ni siquiera me parece ya una opción, sino la única manera posible de dedicarme a la literatura sin perder la dignidad ni el juicio. Y en cuanto a la distancia y el silencio, no siempre lo consigo, pero creo que, en general, durante la mayor parte de mi vida nómada me he mantenido lo bastante cerca del barro y lo bastante lejos del ruido de fondo como para ensuciarme las manos cuando valía la pena hacerlo y tener la voz cada vez más clara.

Por supuesto, en ocasiones imagino otra cabaña mucho más sólida y literal cuando pienso en cerrar esta etapa nómada y nivelar la balanza con una posible década de vida sedentaria. Una cabaña de verdad en el bosque, en la playa, en un prado o entre montañas, o cualquier casa, piso o estudio que lo pareciera en un pueblo, una ciudad pequeña o un barrio tranquilo, pero con cada una de las cosas que me hicieron sentir bien en los refugios que me ofrecieron durante todos estos años: un amplio escritorio, un sillón orejero, luz natural en la ventana, por fin mi propia biblioteca, una cocina en la que poder hacer otras mil cosas además de la cena, un animal con el que echar la siesta, un espacio abierto cerca para respirar un poco de naturaleza y, a ser posible, no demasiado lejos de una estación de tren o, si no, con un coche en la puerta que al menos aguante hasta la siguiente ITV. Mientras no encuentre todo eso en algún sitio que pueda considerar por fin

mi lugar en el mundo, seguiré con esta vida nómada, de aquí para allá por donde dicten el azar y mi camino, pero sin desprenderme ya nunca de mi cabaña en el espíritu, ese refugio «portátil» que tantas veces me ha ayudado a mantenerme cuerdo, fuerte y a salvo, como cuando la incertidumbre o la soledad pesaron más de la cuenta o el mundo parecía haberse vuelto loco a mi alrededor. Una cabaña interior que, junto a la compañía de otros gatos, fue clave para sobrellevar, por ejemplo, los cuatro meses de encierro en solitario que pasé en la medina de Marrakech cuando estalló la pandemia.

En uno de mis párrafos favoritos de *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino escribe que, a quienes no aceptamos formar parte de él, nos queda «buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio». El narrador y ensayista italiano avisa de que la tarea «exige atención y aprendizaje continuos», y yo tomo prestadas sus palabras para todo aquel que necesite y desee armar también su propia cabaña en el espíritu. Así, quien no pueda alejarse todavía ni de forma literal del ruido fabril del materialismo ni de todas las formas de infierno que nos venden y, conscientes o no, seguimos comprando, puede empezar al menos por pequeñas renuncias cotidianas que, con el tiempo, le ayudarán a soltar otros lastres más profundos y pesados. Quien se percate de una vez de los señuelos que le distraen de su verdadero camino, puede por fin barrerlo un poco, prestar más atención a lo esencial y descubrir en qué dirección prefiere seguir andando. Y quien se quedó a oscuras o acaso pensó en rendirse, puede recordar un momento, por si le sirve, a un hombre que un día lo perdió todo pero, con los años, cada vez más sereno y agradecido, volvió a confiar en sí mismo y en los demás, se hizo nómada y, mientras contaba la belleza por el camino, aprendió que, al final, la luz siempre vuelve a encenderse en alguna parte.

EL ARCO Y LA MANZANA

Una de las preguntas más previsibles y manidas que se le puede hacer a un escritor y, a la vez, quizá la más difícil de responder, es por qué escribe. Cuando me toca contestarla, sobre todo si es en una entrevista y no cuela pasar palabra, trato de salir airoso con alguna ocurrencia más o menos presentable, pero lo cierto es que, después de quince años dedicado a esa tarea, sigo sin estar seguro del verdadero motivo. Sé que necesito darle salida a mis deseos y obsesiones, defender mi libertad a toda costa, ensayar otras maneras de estar en el mundo y ampliar mi perspectiva sobre la existencia, pero podría haberlo intentado con una profesión distinta, relacionada o no con el arte y la creatividad, así que no encuentro ninguna respuesta lapidaria para sentenciar por qué escribo y no me dedico a otra cosa. Con el tiempo he llegado a desconfiar de quien afirma tenerlo muy claro, tal vez porque, para mí, escribir —cualquier forma de literatura y por mucha ficción que contenga— se parece tanto a vivir que implica dudar, buscar y, con suerte, hacerse cada día más y mejores preguntas. Por eso, equivocado o no, sospecho del autor que exhibe y reparte demasiadas certezas dentro y fuera de sus libros. Lo cual no quiere decir, desde luego, que la escritura no le permita a uno, de vez en cuando, acercarse a cierto conocimiento de las cosas y, aunque sea por ensayo, error y descarte, incluso a alguna forma de verdad que pueda servir —para el propio escritor y para sus lectores—, si no de guía definitiva, sí al menos de refugio provisional en la tormenta.

Tampoco estoy seguro de qué motivo llevaría a Guillermo Tell, ya fuera un hombre real en la Suiza de hace siglos o sólo un personaje de leyenda, a probar su puntería con una flecha y una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. El relato que nos ha llegado dice que fue por orden de un tirano local ante un gesto de rebeldía y, aunque unas versiones hablan de un arco y otras de una ballesta, a mí me sirve ahora mismo como metáfora de lo que podría ser un escritor. No sé si del todo acertada, pero al menos mucho más atractiva y sugerente que cualquiera de esas etiquetas que la prensa cultural le pone una y otra vez a quienes ejercen este oficio. De manera que, un poco cansado ya de «orfebres» y «relojeros», como si para dar luz y hondura a un texto literario bastara con saber pulir y encajar las piezas de una maquinaria, prefiero pensar en el escritor como en un arquero.

De hecho, la analogía podría valer para reflexionar sobre cualquier otra vocación, artística o no, y la tensión que surge desde el momento en el que una persona la reconoce en sí misma hasta el día en que, de un modo u otro, intenta hacer de ella no sólo su forma de vida, sino también un medio para «ganársela». Sobre todo si, antes de dar los primeros pasos en esa dirección, ha de rebelarse contra otras tiranías, como sus propios miedos, las convenciones sociales o los prejuicios de los demás. Volvamos a la literatura, que es el único país del que conozco algunos mapas y caminos para tratar de orientar a otros viajeros, estiremos un poco la metáfora y digamos que, si el escritor es un arquero, el arco sería su oficio o su trabajo, la vocación y el talento sus flechas y, sin necesidad de poner en riesgo la vida de un hijo pero sí a veces la suya propia, el deseo, el sueño o la noción de «éxito» que tuviera en su cabeza serían la manzana.

Roja, amarilla o verde, cada uno decide a cuál apunta, además de cómo entrenar su pulso hasta dominarlo y cuánto

está dispuesto a trabajar para tener un arco mejor la próxima vez que dispare, pero lo único que no puede elegir son las flechas. El talento viene o no de serie, igual que la vocación, que se manifiesta antes o después y por la que uno puede apostar tarde o temprano pero que, en realidad, cuando esa llamada —la etimología literal de «vocación» en latín— es fuerte y clara, tiene más de condición natural y de instinto que de opción deliberada.

Para mí, más que su técnica, su estilo o sus temas, lo que de veras define a un buen escritor es su mirada, es decir, en qué se fija y cómo capta el mundo que le rodea o, en otras palabras, no la manzana a la que decide disparar, sino su forma de apuntar, que no es lo mismo. Sin embargo, resulta inevitable sentir una mayor afinidad por los autores que, de un modo u otro, dirigen su deseo hacia ciertas manzanas —yo, por ejemplo, prefiero las rojas—, y muy en particular cuando, gracias a su destreza, pero más aún a la sabiduría de soltar la flecha en el momento justo, logran acertar en ellas.

Quizá por eso, a pesar de carecer del don de la poesía y dedicarme sobre todo a la narrativa, admiro tanto a los pocos grandes poetas capaces de echar a volar varios pájaros de un tiro. Me vienen ahora mismo a la mente dos espléndidas arqueras que, con un simple verso, dan en la diana. En su poema «El arte negro», la estadounidense Anne Sexton define al escritor como alguien que «con muebles usados hace un árbol», pero también como un espía y un ladrón. Y yo, que en el fondo considero poeta a todo verdadero artista —se dedique o no de manera «formal» a la poesía, como poetas fueron en su vida y con su obra Beethoven, Vermeer o Tarkovski—, no puedo estar más de acuerdo. Por la singularidad con la que un buen escritor consigue evitar el lugar común, darle la vuelta y desentrañar una verdad que, de tan sencilla, parecía oculta, y también por esa necesidad de observar, escuchar y, si hace falta, robarle al

mundo sus voces y secretos para dar testimonio de la existencia. Por su parte, en un extenso poema y entre otras muchas pulsiones, la española Chantal Maillard confiesa escribir «para que el agua envenenada pueda beberse» y, con ello, señala una manzana roja y oscura, hacia la que tantas veces he dirigido yo mismo también mis flechas, con mejor o peor puntería pero siempre en busca de consuelo, remedio o conjuro contra la soledad, el extrañamiento y la intemperie que tuve y he tenido que tragarme antes y después de empezar mi vida nómada.

Hablando de manzanas y cosas envenenadas, creo que no sólo todo escritor o artista, por descontado, sino cualquier persona que pretenda lanzarse de cabeza a un nuevo proyecto de vida, debería hacer como la madrastra del cuento de Blancanieves y, antes de convertirse en una bruja envidiosa y resentida si las cosas no salen después como espera, plantarse delante del espejo, espejito mágico. Pero no para cerciorarse de ser la más bella, lista, brillante, ingeniosa, emprendedora o productiva del reino, sino precisamente para prescindir por un momento de su ego y, a ser posible sin maquillaje, disfraz ni corona, mirar directo a los ojos a su reflejo y hacerse otras dos preguntas muy distintas. Quizá las únicas que importan y, sin embargo, tantas veces olvidadas, como demuestran los miles y miles de libros publicados cada año por una legión de autores que no parecen haberse cuestionado nunca si de verdad tenían algo que decir. Dos preguntas tan sencillas de formular como difíciles de contestar pero a las que, por soberbia, miedo o ignorancia, solemos dar una respuesta afirmativa por sentada: «¿De verdad tengo talento para esto?» y «¿Vale la pena mi sueño?».

A priori, parece mucho más fácil detectar o echar en falta el talento ajeno que el propio, ya que podemos tomar distancia y, si además tenemos cierta formación y un buen criterio, valorar

una obra o un trabajo de una forma que no sea sólo subjetiva, aunque saber distinguir entre un talento apenas por encima de la media y uno de veras extraordinario requiere o supone, en sí mismo, otra clase de talento. En particular para diferenciar la verdadera destreza literaria de la simple labia o el mero ingenio, pues más o menos todo el mundo es capaz de darse cuenta a la primera de si un cantante desafina, a un cocinero se le va la mano con la sal o un bailarín extravía el paso, pero no todo el mundo está dispuesto a leerse diez o doce páginas de una novela, por ejemplo, para ver si al autor le chirría la prosa, se pasa de rosca con los adjetivos o pierde el hilo de la trama.

En todo caso, para reconocer frente al espejo si uno tiene o no talento para algo concreto, sigue siendo necesario aparcar el ego, separarse un poco de sí mismo y ser lo más objetivo posible, lo cual requiere buenas dosis de humildad, madurez y sangre fría. Una combinación muy complicada de conseguir, como es natural, cuando tal vez sean precisamente la euforia, la audacia y la pasión las que nos empujen a querer probar suerte con la que, en ese momento, creemos o sentimos reconocer como nuestra posible vocación. En ese proceso, lo ideal sería encontrar el punto exacto de equilibrio entre el entusiasmo y la honestidad, pues uno le da fuerza y la otra rumbo a nuestro primer impulso, pero al menos hay un método que ayuda bastante a la hora de responder frente al espejo a la espinosa cuestión del talento, y no es otro que fijarse en las proporciones entre intención, esfuerzo y resultado. Cuanto más se parezca este último a lo que teníamos en mente al principio y menos esfuerzo nos suponga haber llegado hasta ahí, mayor será el talento. Y, salvo que hablemos de cosas tan simplonas como freír un huevo —aunque hasta para eso haya personas con gracia innata y gente negada, capaz de prenderle fuego a la cocina—, esa regla vale para casi cualquier actividad humana. Por supuesto, un gran esfuerzo puede llegar a maquillar un

poco la falta de talento, del mismo modo que la desidia o la pereza convierten cualquier don en inútil, pero creo que cuando toda persona inteligente fracasa al intentar alguna cosa, en su fuero interno se da perfecta cuenta de dónde estuvo el fallo o el exceso, de si la intención le venía demasiado grande, no se esforzó lo suficiente o, sin más, no le alcanzaba el talento.

Respecto a nuestro «sueño», no sólo cabría preguntarse si vale la pena y merece todo el esfuerzo que vamos a dedicarle, sino también, aunque pueda sonar a perogrullada, si es acaso un buen sueño. Si nos basta y nos sobra con cumplirlo para cebar nuestro real ego hasta que la papada no nos quepa en el espejo, espejito trágico, o si de verdad vamos a aportar algo bello, bueno y quizá valioso para dejar el mundo un poco mejor de como nos lo hayamos encontrado. «¡Es mi sueño y hago lo que me da la gana!», dice alguien al fondo, sin recordar que compartimos este planeta con ocho mil millones de personas, y que además de «reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno», estaría bien no convertirse en otro para los demás. En un tiempo en el que como nunca antes nos bombardean a diario con la idea de «triunfar», «ser especial» y «perseguir nuestros sueños», quizá convendría que fuéramos a veces un poco más humildes, menos egoístas y competitivos. No conformistas ni demasiado «sensatos», o no habría forma de que el hámster dejara su rueda y escapara de la jaula, pero tampoco tan superficiales y olvidadizos como a veces parecemos.

¿Tendría acaso el mismo sentido la frase «persigue tu sueño» de boca o en la mente de un atleta paralímpico, una chica afgana que, si la dejaran, querría estudiar para ser maestra en su pueblo o un chaval senegalés en una patera que donde más solemos verla escrita o proclamada un día sí y otro también, o sea, en cualquier absurdo anuncio de coches o en la foto en un lujoso resort caribeño de la enésima modelo en las redes

sociales, previo pago de la marca por posar con su bikini? ¿Vale lo mismo el sueño de Martin Luther King que el de Adolf Hitler? ¿Por cuál merece más la pena luchar, por que tus hijos vivan en un país en el que no los juzguen por el color de su piel o por dominar una Europa sin judíos ni gitanos durante un imperio de mil años? Igual parece que exagero, y sí, me he ido al ejemplo más extremo para desmitificar la idea de perseguir según qué quimeras, sean personales o colectivas, pero si uno atiende a la deriva política actual en medio mundo, diría que hay demasiada gente teniendo de nuevo sueños muy, pero que muy siniestros.

Supongo que, cuando hace dos mil años y varios imperios, Cicerón dijo aquello de «Estos son malos tiempos. Los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros», reflejaba la eterna brecha generacional que se reproduce entre el ímpetu de los jóvenes y el estatismo reaccionario de los mayores en casi todas las épocas y culturas. Sin embargo, no creo que el orador romano pudiera imaginar que, más de veinte siglos después, fueran a seguir tan vigentes las cinco últimas palabras de esa frase. El problema es que, hoy en día, no se trata sólo de que las librerías no den abasto con la avalancha de novedades, sino, más allá del papel, de la marabunta de «creadores» que ya ni siquiera necesitan tiempo, formación, perspectiva, experiencia, esfuerzo ni talento para inundar las redes o los medios de lo que, con el optimismo y la manga ancha de quien jamás parece haberse hecho ciertas preguntas ante ningún espejo, llaman «contenido». Como escribió una vez el poeta y boxeador Arthur Cravan, «En la calle pronto no se verán más que artistas y tendremos todas las dificultades del mundo para encontrar un hombre». El quid del asunto es que no lo firmó ningún anciano cascarrabias, sino un vigoroso dadaísta de veintisiete años, con el mismo arrebato y desencanto de Jim Morrison, Kurt Cobain o Amy Winehouse en

sus últimos días, aunque Cravan no perteneciera al club y llegara a cumplir los treinta, poco antes de ahogarse en el golfo de México. Y, lo peor, que lo dijo hace ya más de un siglo —en 1914 y en la revista *Maintenant*—, sin poder llegar a concebir ese monstruo de dos cabezas que sería ochenta años después internet, herramienta maravillosa y profunda letrina al mismo tiempo, toda «una forma de vida alienígena», como la definió el siempre visionario David Bowie en 1999, cuando apenas había mostrado su doble potencial ni hasta qué punto se nos iba a ir de las manos.

Aunque en los primeros meses del confinamiento global hubo un instante en el que, si no «mejores», sí pensé que saldríamos de todo ello un poco más conscientes de las cosas de veras importantes y que, entre otras bombas de humo, dejaríamos atrás la frívola dictadura de los cantamañanas en las redes sociales, pronto me di cuenta de que, después de las palmas y verbenas en los balcones, el personal estaba deseando volver a las andadas como si nada hubiera pasado. De todos modos, supongo que en algún momento estallará esta otra burbuja del pensamiento mágico, individualista y «ganador», la gente dejará de pretender ser «especial» y «triunfadora» las veinticuatro horas del día y cada vez más disidentes recordaremos que está bien hacer lo que uno pueda, fallar, caer, levantarse, cambiar de opinión e intentar ser otras cosas. Como algo parecido a una buena persona, para empezar, o como uno de esos artesanos, técnicos y obreros que hacen funcionar la tramoya de este inmenso teatro colectivo, por si ya se nos ha olvidado que hace sólo tres años fueron precisamente ellos, los hombres y mujeres de sanidad, limpieza, mantenimiento, transporte, seguridad o alimentación, todos con sus sueños anónimos y su mayor o menor talento, quienes soportaron la primera embestida de la pandemia para que nuestro mundo se mantuviera en pie.

Hace quince años mi vida era más o menos igual que la de cualquiera de esas personas pero, como ninguno de mis trabajos anteriores —operario de artes gráficas, dependiente, comercial, teleoperador, profesor particular de español, camarero ocasional, publicista fugaz y algunos etcéteras— fue jamás el que yo quería hacer de veras, ni tuve nunca la sabiduría o la humildad de apreciar lo bueno que pudiera haber en aquellas tareas, me sentía desubicado y vacío. La vocación vino entonces —o regresó en otra forma, para ser más exactos— a poner mi mundo patas arriba, decidí cambiar de rumbo, no me fueron bien las cosas y, en vez de rendirme, encontré la manera de salir adelante sin renunciar a lo único que por fin le daba un horizonte a mis días. Sin embargo, no me siento mejor, peor, ni más o menos especial que nadie por ser escritor ni por llevar esta vida nómada. Podría haber respondido con esa última frase al mensaje de mi editora cuando me propuso escribir este libro, agradecer su interés y rechazar la oferta. De hecho, hablamos de ello en nuestras primeras conversaciones telefónicas, cuando le comenté mis dudas y reparos. Pero, justo por recordar de dónde vengo y lo cerca que estuve de quedarme por el camino, pensé en ti, querido lector o querida lectora, que si has llegado hasta esta página tal vez sea porque sí tenía algo que decirte y tú necesitabas leerlo. Algo que quizá yo mismo, en cualquier otro café del barrio o en un libro no demasiado distinto a este —o, ya puestos, acaso uno más divertido, sabio y mejor escrito—, hubiera agradecido que me contaran hace quince o diez años, cuando aún no me atrevía a dar el paso o empezaba a pensar que me había equivocado. Por eso decidí darle a mi arco la tensión justa y apuntar por una vez mis flechas a otra manzana, una que no sé si es roja, amarilla o verde, pero que quizá esté más limpia y sea más sana que mi deseo, mi sueño o mi particular visión del «éxito».

Talento y vocación aparte, la escritura es un oficio que, como cualquier otro, requiere y agradece la práctica y el aprendizaje. No me podría tomar en serio a ningún escritor que no dedicara gran parte de su tiempo a la lectura, la primera y mejor escuela para un narrador, un ensayista y, muy en particular, un poeta, pues, de todas las formas de expresión literaria, la poesía es la que más exige entrenar el ojo y el oído. Ni se me ocurren tampoco mejores maestros que las grandes obras de la literatura universal, campos fértiles e inagotables a los que regresar una y otra vez para espigar, cosechar y afanar lo que haga falta, sobre todo cuando uno empieza y, del mismo modo que un niño aprende a andar, necesita copiar e imitar lo que hacen sus mayores antes de lanzarse a los caminos.

Por descontado, también se pueden aprender técnicas, recursos y un montón de cosas útiles en las escuelas y los talleres de escritura, en especial si, más que un determinado método o temario, el alumno encuentra un buen profesor, uno que no pretenda encajar a nadie en ningún molde, sino darle alas a cada persona para que vuele hasta donde pueda y quiera. Empecé a impartir cursos de escritura creativa, literatura de viajes y narrativa hace casi quince años, poco después de comenzar a probar suerte con las letras y gracias a la confianza que depositaron en mí algunas personas que llevaban ya mucho tiempo volcadas en la docencia. En todo este tiempo me he dado cuenta de que la enseñanza y la escritura son dos vocaciones a veces complementarias pero, en esencia, muy distintas, aunque muchos autores busquen otros ingresos por esos medios. Pero lo cierto es que me he encontrado con profesores excepcionales que, como escritores, digamos que no tenían una gran carrera literaria, y, bastante más a menudo, con escritores de renombre que eran un completo desastre como docentes. Por eso, cuando alguna vez me piden consejo, no suelo recomendar centros, sino profesores. Y cada vez que

me hacen ciertas preguntas, respondo más o menos lo mismo. ¿Es imprescindible ir a un taller para aprender a escribir? No, rotundamente no, pues la lista de grandes autores que no pisaron jamás uno daría la vuelta a España. ¿Sirven entonces para algo los cursos de escritura? Sí, por supuesto que sí, con la actitud adecuada y un buen profesor —los hay estupendos y también mucho advenedizo—, porque mientras adquieres ciertos hábitos de trabajo, lees, analizas, comentas, compartes, estudias y vuelves a leer, raro sería que no mejorara en algo tu escritura. Tan raro que, si te pones con ello y no sucede, debes de ser uno de esos casos perdidos que le prenden fuego a la cocina para freír un huevo.

A mí, que desde luego no soy un profesor vocacional, me queda la satisfacción de saber que he ayudado a unas cuantas personas a sentirse menos inseguras y con más herramientas para enfrentarse a la famosa página en blanco, aunque sólo fuera por haber pasado antes por ciertos lugares y poder ahorrarles algunas ciénagas —sólo algunas, que para aprender hay que saber lo que es tropezar de vez en cuando— en las que todo principiante suele enfangarse un día u otro hasta la cadera. Pero sobre todo a desarrollar un criterio propio en la lectura, una tarea a la que el sistema educativo, buena parte del sector editorial, más librerías de lo que uno pensaría, casi todos los medios y la mayoría de la prensa cultural parecen haber renunciado, vendiendo gato por liebre y jeta por libro, pero en la que sigo teniendo una fe absoluta, pues he visto de primera mano sus resultados en jóvenes y adultos. Personas que, en general, ya venían predispuestas a dar ese pequeño gran salto intelectual, pero que confirmaron lo que he sospechado desde hace muchos años: un buen editor, un buen librero, un buen crítico literario y un buen profesor no se limitan a darle a la gente lo que quiere, sino que apuestan por publicar, recomendar, destacar y enseñar lo que un buen lector

todavía no conoce pero creen que puede llegar a apreciar de verdad. Un poco como el mejor amigo, que prefiere decirte lo que piensa que necesitas escuchar a darte la razón como a un tonto.

Más allá de clásicos como «pues mi vida sí que da para una novela» o «yo nunca leo porque no quiero que nadie influya en mi estilo» —quien enseñó lo sabe—, y a modo de ejemplo de actitudes radicalmente opuestas, me acuerdo ahora, entre muchos, de dos alumnos en particular. El primero, un joven preparadísimo y muy bien colocado que dejó de venir a mis clases porque no entendía que tuviera que leer tanto ni entregar todos aquellos ejercicios cuando, según él, podía «hacer como Javier Marías, que escribe lo que se le ocurre y ya está». Casi me estalla un ojo frente a la pizarra: si el pobre hombre levantara la cabeza y leyera esto repetiría lo de «No he querido saber, pero he sabido». Y el otro, un señor recién jubilado que, de las pocas, dignas y sencillas lecturas que el primer día del curso confesó tener como favoritas hasta entonces —Mario Benedetti, Isabel Allende y otros cuatro o cinco autores similares—, pasó en unos seis meses no sólo a leer y preferir a escritores como Dino Buzzati o Franz Kafka, sino sobre todo a poder argumentar con buen criterio por qué le parecían tan grandes y a contagiar el entusiasmo de haber descubierto todo un mundo nuevo para él.

De modo que, si se le pueden dar pistas y motivos a un hombre de sesenta y tantos años para que avance en su itinerario como lector, se apasione por la literatura y encuentre en ella un espacio de libertad, como yo pude hacerlo por mí mismo cuando era un chaval solitario en una casa sin libros, no hay excusa que valga para que colegios, institutos, universidades, editoriales, librerías y medios dejen de justificarse —«es que los chavales», «es que los padres», «es que los lectores», «es que los clientes»— y se pongan de una santa

vez manos a la obra. El sector del libro seguirá necesitando de superventas o de algún pelotazo inesperado para remontar y sobrevivir, no lo dudo, pero queda cierto margen de maniobra para sembrar poco a poco, aquí y allá, sin la inmediatez de las grandes cuentas y con la vista puesta a medio y largo plazo, pues de cada una de esas semillas pueden brotar nuevos y mejores lectores para el futuro.

En cuanto a mi verdadero arco, que es el oficio de la escritura, intento cuidarlo y mejorarlo cada día, adaptarme y, cuando hace falta, cambiarle la cuerda o la empuñadura. Después de cinco libros publicados y cinco géneros distintos —sin contar con los diarios, que sólo leen un puñado de personas pero, como autor, suponen otro reto—, creo conocer ya cuáles son mis puntos fuertes o flacos, del mismo modo que un corredor sabe con el tiempo si lo suyo es la velocidad o la resistencia, los cien metros lisos, el medio fondo o la maratón. Todo es atletismo y todo es escritura, es cierto, pero parece mejor no insistir en la distancia ni en la prueba que no estaban hechas para ti. Actividades alimenticias aparte —artículos, reseñas, correcciones y demás—, de todas las tareas que un escritor debe cumplir si pretende dar a conocer su trabajo, y por mucha falta que hagan para que no se lo traguen el olvido, el silencio o la vorágine del mercado, me ocupo cuando toca, pero lo cierto es que, si no tienen que ver con la literatura, para mí quedan siempre en un segundo plano.

De las manzanas a las que apuntan otros escritores no puedo hablar demasiado, pues no conozco en realidad sus deseos ni sus sueños, pero sí varias ideas que, por sus actos, palabras y reacciones —compartidas por muchos editores, libreros, periodistas y lectores—, demuestran tener de algo tan subjetivo, correoso y elástico como el «éxito».

Para la mayoría, la vara de medir parece estar en los números, y cualquier libro que consiga «vender» ya es de por sí

un éxito incontestable. Poco importan su calidad literaria, la opinión de la crítica y lo poco o mucho que tarden los lectores en olvidarlo. Lo cierto es que, de vez en cuando, entre todos esos superventas que, inesperados o prefabricados, parecen destinados a ser flor de un día, surge un *bestseller* que reúne valía artística, el favor de los lectores y el don de la oportunidad. Aunque a menudo el rodillo de la industria pase por encima de libros que merecerían mejor suerte, la pretendida superioridad literaria de ciertos títulos sólo por su carácter minoritario sobre otros más conocidos por el gran público plantea una dicotomía falsaria, pues la mayoría de obras maestras de las letras terminan, tarde o temprano, convertidas en *longsellers*, títulos de amplio recorrido que no suelen faltar en el fondo de cualquier librería decente. Por complejas y exigentes que sean sus novelas, Joyce, Flaubert o Dostoievski llevan millones de ejemplares vendidos, mientras no pocos de los autores más solicitados del momento desaparecerán de la memoria de todos en sólo unos años. Basta con acudir a la hemeroteca, dar un salto hacia atrás de dos o tres décadas, repasar las listas de los libros más vendidos de aquel entonces y preguntarse quién demonios era ese señor o aquella señora para darse cuenta de que, en literatura, el tiempo es un juez más severo e implacable —y, casi siempre, también más justo— que el dinero.

La prensa, las editoriales, algunas librerías influyentes, los nuevos prescriptores en las redes sociales —algunos *booktubers* y *bookstagrammers* tienen ya más eco que varios suplementos culturales y también han empezado a cobrar por sus reseñas— y los círculos de intereses y favores que a veces se establecen entre todos ellos y los autores más hábiles o predispuestos para las tareas promocionales, pueden inflar y distorsionar la percepción de «éxito» de una novedad editorial. No puede ser que cada semana se publiquen tres o cuatro «obras maestras»,

ni siquiera diez o doce libros «imprescindibles», como si viviéramos en la edad dorada de la literatura universal, cuando las cosas suelen ir mucho más despacio, por otros cauces y sin semejante derroche diario de genialidad, pues obras maestras aparecen, a lo sumo, cuatro o cinco por década. Por eso hace tiempo que, como mero lector, desconfío de quienes viven demasiado pegados al runrún de las novedades, ya no estoy al tanto de la prensa cultural —trabajé cuatro años en ella y terminé muy desencantado de sus inercias, vicios y peajes—, prefiero atender a las recomendaciones que me hacen en privado ciertos amigos escritores y editores con verdadero criterio y, en las redes sociales, sólo sigo a unos pocos entusiastas de los libros, más pendientes de la buena literatura publicada hoy, ayer o el siglo pasado, que de apresurarse a reseñar el *hype* de turno o de buscar una vajilla inglesa y florecillas secas a juego con la cubierta del libro para componer la foto perfecta.

Hay otras dos nociones de «éxito» muy distintas entre sí, pero aún más engañosas que la basada en las cifras de ventas. La primera depende de premios y reconocimientos, y no me refiero ya a la pantomima de los concursos que están apalabrados de antemano, sino a la sensación de celebridad reafirmada que, a menudo, no tiene tanto que ver con los méritos literarios del autor en cuestión, sino con un montón de factores comerciales, sociales y políticos que lo mismo soplan a favor que en contra, según el discurso dominante de cada momento. El ejemplo más palmario sería el Nobel de Literatura, desde luego, a veces con galardonados tan idóneos para la agenda y la buena conciencia occidental como desapercibidos —antes y después del premio— para el lector medio, por no hablar del ninguneo a algunos de los más grandes escritores contemporáneos. Y, de ahí «para abajo», desde galardones dotados con sumas de varios ceros hasta los

más modestos premios municipales, esa idea del «éxito» sigue tambaleándose sobre cosas tan aleatorias como el gusto o los intereses de un jurado, incluso cuando no hay corruptelas de por medio. La segunda, más etérea todavía, es la que una suerte de élite cultural, bien asentada y mejor relacionada en los medios y la academia, decide y reparte en forma de, por decirlo con su mueca dramática y solemne, «gloria literaria», en un mundo aparte al de los lectores y que ni siquiera tiene que ver con la excelencia artística o los auténticos autores de culto —un fenómeno que sólo puede ser espontáneo, y nunca planeado—, sino más bien con las mismas modas y tendencias que esa élite fomenta y bendice.

Una etiqueta muy común entre ese clero cultural es la del presunto «riesgo literario», como si sólo la merecieran los libros que, en el fondo, no hacen otra cosa que manejar una serie de códigos aceptados, cultivados y celebrados por una supuesta vanguardia que no tiene nada de innovadora ni de revolucionaria, pues lleva tiempo muy bien situada en todas las posiciones de cierto poder en el mundo editorial. Dicho de otro modo, me pregunto qué «riesgo literario» puede asumir a día de hoy ningún autor que tenga ya garantizada desde el primer minuto la publicación en un sello potente, la atención de la prensa, el favor de la crítica y el aplauso de sus colegas, así envíe a imprenta la última lista de la compra con, eso sí, doscientas notas a pie de página, cien menciones a otros autores de su cuerda y, a ser posible, unos cuantos pantallazos de las cadenas de búsqueda en su portátil. En definitiva, como si los autores que simplemente eligen otra forma de escribir novela, cuento, poesía o lo que se tercie, y que quizá sólo manejan referencias y códigos diferentes para ello, no asumieran una y otra vez el mismo riesgo que cualquier escritor: que su nuevo libro pase desapercibido y se quede sin lectores. Cada vez que resuena la cantinela del «riesgo

literario» me acuerdo del gran Bulgákov tras colgarle el teléfono a Stalin o del *Diario de un canalla* de Mario Levrero, uno de esos autores volcados de lleno y sin medias tintas en su vocación, para quien el único riesgo posible era el hecho mismo de escribir. «No me fastidien con el estilo ni con la estructura: esto no es una novela, carajo. Me estoy jugando la vida», anotó el uruguayo en otro de esos libros arrojados al mar desde una isla desierta.

Hay autores de talento que, a pesar de haber publicado un buen libro, claudican si el mundo no responde como esperaban, abandonan la escritura para siempre o se dedican a cualquier otra faceta de su oficio que se les dé bien y no les haga sentir una frustración que, seguramente, no merecen. Yo mismo podría haberlo mandado todo al cuerno cuando, tras seis años de intenso trabajo, publiqué por fin una primera novela cuya calidad literaria defenderé siempre a muerte —sin ninguna soberbia y con los pies en la tierra: soy implacable con lo que no me satisface de mis otros libros— y, por estar en el catálogo de una pequeña editorial independiente de la periferia, aparecer a finales de noviembre —«ay, es que ya estamos con las listas de lo mejor del año»— y no tratar de ningún tema de moda, o porque no cultivo mi agenda de contactos, no me deben favores ni puedo responder con otros, no me puse pesado en las redes sociales o… por lo que demonios fuera, no recibió la acogida que preveía. Pero, ya sea por el temple que me ha dado esta década de vida nómada, el refugio mental de mi particular cabaña interior o la convicción de saber que voy por el buen camino, pienso seguir escribiendo y publicando novelas. Si Van Gogh no dejó de pintar por ser un completo desconocido en vida para los demás, no creo que nadie, ni un escritor, ni un artista, ni cualquier otra persona que crea en lo que hace deba poner en la atención del prójimo la medida de su ambición y su deseo.

Hasta hoy, mi verdadero éxito literario es haber sido capaz de escribir justo esa novela y no otra, de ese modo y en aquel momento de mi vida. Todo lo demás es circunstancial y escapa de mis manos como autor. Incluso cuando el «éxito» les llegó más tarde o de formas distintas, pienso en los maestros e imagino su determinación al trabajar día tras día en sus primeros libros, quizá sin más aliento que el de su fe en sí mismos. Pienso, por ejemplo, en los cientos de cartas de rechazo acumuladas por algunos de los más grandes novelistas del siglo pasado. En los apenas trescientos ejemplares vendidos del primer libro de Jorge Luis Borges. En Julián Ayesta y su maravillosa novela *Helena o el mar del verano*, que no tuvo demasiado eco en su tiempo pero que hoy acumula reediciones y nuevos lectores gracias a una suerte de secreto compartido. En Alberto Méndez, que pasados los sesenta publicó su único libro, *Los girasoles ciegos*, cuya enorme y longeva repercusión fue en realidad póstuma. O en *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, alabada por la crítica pero nunca lo bastante difundida entre los lectores. En la escasa «productividad» —dirían entonces algunos jefazos de la industria— de Juan Rulfo, al que le bastaron un par de libros para instalarse para siempre en la memoria de los lectores en español. En Franz Kafka, otro genio de la literatura universal del que hoy apenas tendríamos noticia de no ser por su amigo Max Brod. Y, por quedarme más cerca en el tiempo y no recurrir sólo a los grandes nombres, pienso en *Los desposeídos*, una de las pocas y verdaderas obras maestras de la novela en lo que llevamos de siglo, del húngaro Szilárd Borbély, que a pesar de haber sido traducida y publicada por un sello de gran difusión, no acaba de ser ni la mitad de conocida de lo que debería. Sí, mi única noción de éxito literario queda entre las páginas de un libro y el lector, porque a lo máximo que puede uno aspirar como escritor, más allá del reconocimiento externo en forma de ventas, premios y

etiquetas pasajeras, es a que a nadie se le caiga de las manos su libro, a que otros quieran revelar también su secreto de boca en boca, y a que, de un modo u otro, su voz siga viva a lo largo del tiempo. Ray Bradbury, uno de mis autores preferidos de ciencia ficción, resume mejor que yo mismo lo que trato de decir desde hace rato en su libro *Zen en el arte de escribir*, del que hurto con afecto este fragmento: «[…] si uno escribe sin garra, sin entusiasmo, sin amor, sin divertirse, únicamente es escritor a medias. Significa que tiene un ojo tan ocupado en el mercado comercial, o una oreja tan puesta en los círculos de vanguardia, que no está siendo uno mismo. Ni siquiera se conoce». Y de las pocas cosas que estoy seguro tras diez años de vida nómada en solitario, lejos de la corte, es de conocerme ya bastante y ser incapaz de escribir o vivir a medias.

A pesar de todo, a veces mi gran dilema es cómo conciliar el oficio con la vocación, el deseo con el trabajo y mi ambición literaria con las necesidades diarias más básicas. Con la ficción me siento mucho más libre y audaz, convencido de que mis próximos cuentos y mis futuras novelas serán cada vez mejores, se publiquen donde se publiquen y sin que me importe ya otra respuesta que no sea la de los pocos o muchos lectores que elijan mi trabajo —si lo piensa uno bien, es casi un milagro— entre los cientos de títulos que llegan cada mes a una librería. Quizá sea porque, junto a la literatura de viajes, conozco mucho mejor esos géneros —cuando escribía crítica literaria para los medios, le dedicaba casi la mitad de mis reseñas de narrativa a los libros de cuentos—, pero el caso es que con la crónica o el ensayo me sentía mucho más perdido. Como lector, sin embargo, me doy cuenta de que en los últimos años otros autores han sabido dar de lleno en la manzana con sus flechas y, con libros muy distintos y el siempre inesperado viento a favor del instante —no creo que nadie pueda planear las cosas hasta ese punto—, han llegado a conciliar todo lo que a veces

parece demasiado caótico en este oficio. Pienso, por ejemplo, en *Feria*, de Ana Iris Simón, un relato tan generacional como particular de un tiempo concreto, y en *La España vacía*, de Sergio del Molino, un ensayo vinculado al territorio que llegó en el momento justo para abrir un debate pendiente. Y también, muy en especial, en *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo, una obra atemporal que, por su propia naturaleza, trasciende fronteras y de cuyo impacto internacional me alegro de veras por una suerte de doble justicia poética, personal y literaria. La primera, porque la autora lo escribió en una época vital muy difícil y, en fin, que de vez en cuando también ganen los buenos le devuelve a uno la esperanza. La segunda, porque confirma lo acertado de mi fe y, en ocasiones, la calidad literaria, el éxito —sin comillas de ninguna clase— editorial y el entusiasmo de los lectores logran ir de la mano.

Mis sueños no llegan a tanto, pero ojalá se vendieran muchísimos ejemplares de mis libros, porque me alegraría de veras llegar y *llegarle* a más lectores para que la literatura que me motiva, en la que creo y la que escribo, *sucediera* también entre sus manos. Así, de paso, podría acercarme un poco más a una independencia material que por ahora es demasiado precaria e incierta, a merced del azar y de la complicidad del prójimo. Sin embargo, pase lo que pase en el futuro y me vayan mejor o peor las cosas en este oficio, pienso cuidar de mi libertad creativa y recorrer mi propio camino sin la perspectiva de ningún otro «éxito» en mente que no sea el personal y literario. El día que esté demasiado seguro de por qué escribo quizá llegue el momento de dejarlo. Mientras tanto, espero mantener mi arco en buen estado y elegir cada vez mejores manzanas a las que apuntar.

BLANCO MÓVIL

Entre otras mil casas vacías o por fin en mi propia cabaña en el bosque, de naufragio en naufragio o en una buena isla no tan desierta, todavía nómada o de nuevo sedentario, y con una manzana u otra para la cena y en el punto de mira, mi vocación y mi existencia ya nunca dejarán de ser, cada una por sí misma, un blanco móvil. La primera porque me condena a seguir persiguiendo lo inaprensible, y está bien que así sea, pues la verdadera literatura no es una ciencia exacta, sino una criatura tan escurridiza y resistente como la lagartija, demasiado ligera y esquiva para acertar en ella con una simple flecha y, sobre todo, capaz de regenerarse y dejar que le crezca otra cola cada vez que cualquier pedante o novato crea habérsela cortado. La segunda, porque ya sea nómada o sedentaria, intentaré que mi forma de vida me mantenga siempre lo bastante lejos de los prejuicios y las miserias de los demás como para que ningún furtivo pueda alcanzarme con su ballesta.

Siempre he intentado escapar de todas las formas de prisión que se me imponían desde fuera y me he llevado fatal con la mal entendida autoridad, que debería emanar del mérito demostrado y del respeto ganado, y nunca de la imposición, la censura y la violencia, valga esto para la familia, las instituciones, la política o la sociedad. Un impulso vital que me ha acompañado desde niño y que ha condicionado varias de mis decisiones. Las pocas sabias que creo haber tomado y también las más estúpidas, acaso con el atenuante de la

insensatez en un adolescente furioso, como dejar de estudiar en cuanto tuve edad legal para hacerlo y sólo por fastidiar a mi padre, pues era lo único que parecía importarle de toda mi existencia, una obsesión que, como yo mismo entendería años más tarde, no tenía tanto que ver con «mi futuro» como con la proyección de sus propias frustraciones. El caso es que, antes de que empezara a sentirme encarcelado en casa, en el colegio sacaba buenas notas sin esfuerzo, y quizá justo por eso decidí suspender adrede todo lo que pudiera, porque sabía que era el mejor modo de sabotear la perspectiva paterna de que yo pudiera llegar a «ser algo en la vida». Aunque después de tantas vueltas, errores, lecciones y extravíos, haya llegado a ser al menos una cosa, mejor o peor y para bien o para mal, pero con todas las letras: escritor.

Supongo que mi obsesión por darle espacio a lo que me pedía el espíritu me predestinaba a una vida no demasiado «normal» a ojos de la mayoría y, aunque no tenía aún nada clara mi vocación, esa ansia de libertad me influiría también muchos años más tarde, al rebelarme contra la inercia de las convenciones para cambiar de vida y empezar a escribir. De hecho, me vienen a la memoria varios fogonazos de mi infancia y mi adolescencia que, por orden cronológico, casi puedo releer ahora como una especie de manual de instrucciones encontrado a destiempo, cuando ya se ha roto uno la cabeza para montar el dichoso mueble. O sea, después de haber aprendido a vivir y a conocerme con los años, aunque fuera a veces a palos, demasiado despacio o por el camino más largo.

Desde la ventana de mi habitación podía ver la iglesia, un buen tramo de arboleda y la plaza de toros, justo en el cruce de la Gran Vía con la calle Lepanto, un punto negrísimo en el tráfico de Barcelona por aquella época, pues no había semana sin accidentes y cada poco tiempo un coche, un autobús o un camión se llevaba a un peatón o a un motorista por delante.

Los frenazos, choques y sirenas eran el pan de cada día, e incluso pasé el pésimo trago de, siendo todavía un crío, ver morir a dos personas de la forma más grosera y absurda: una mujer que cruzaba el semáforo en verde y un hombre mayor que, literalmente, salió volando por los aires. Hasta que una tarde casi me toca a mí y, frente al portal de la iglesia, una furgoneta estuvo a punto de atropellarme. Digo «a punto» porque no sé de dónde saqué los reflejos pero, aunque cruzara sin mirar y no viera lo que se me venía encima, algo me hizo girar el cuerpo como un torero —no me va nada la tauromaquia pero, entre la Monumental y mi padre, que sí era aficionado, se me quedaron unas cuantas cosas—, le hice un pase de pecho a la furgoneta y, por una milésima de segundo, la que podría haber sido mi última «faena» —me tendrían que haber dado al menos una oreja— se quedó en un golpetazo, una brecha y una visita a urgencias. En mi línea, soy incapaz de precisar si tenía nueve o diez años, pero recuerdo perfectamente el tono exacto de azul de aquella Citroën 2cv y la expresión de angustia del pobre conductor —que tenía cara de buen hombre, entre cantante despistado y futbolista acelerado, porque se parecía un poco a Jaume Sisa pero también a Julio Alberto— mientras me llevaba él mismo al hospital y yo le repetía a mi padre que no había sido culpa suya. El asunto es que, por exagerado y precoz que pueda parecer —para las cosas mundanas fui un crío bastante ingenuo, pero en otras, las menos obvias, me sentí siempre un poco adelantado—, desde aquel día he sido consciente de la fugacidad de la existencia y de que, en un instante, todo puede fundirse en negro. Y justo esa certeza, lejos de amilanarme, me ha ayudado a cultivar el desapego y a ser más valiente en ciertos momentos, como, sin ir más lejos, el día que decidí apostarlo todo por la vida que llevo ahora.

Los dos siguientes fogonazos, más o menos cercanos en el

tiempo, tienen que ver con una misma actitud, que fue la de ponerle un espejo delante a la persona que me amenazaba. Un sábado, meses después de torear a aquella furgoneta, y de nuevo muy cerca de mi casa, al volver de un recado en la bodega del barrio me quiso atracar un quinqui que era la viva imagen, aunque algo más metalera, del protagonista de *El Pico*, la película de Eloy de la Iglesia que, si no recuerdo mal, se estrenó aquel mismo curso. No digo que no me asustara, pues me sacaba diez años y una navaja, pero en aquel momento podría haber tenido delante al Torete y al Vaquilla, que me hubiera dado lo mismo, porque pensé más en la bronca o el guantazo de mi padre si subía a casa sin el cambio del vermú con «la excusa» de que me habían atracado y, como Pedro, cobraba justo cuando sí había venido el lobo. Así que monté un pequeño drama, conseguí negociar el botín —ni cien duros serían— y me senté un rato con el quinqui —«tranquilo, chaval», me decía—, que me acabó contando su vida entre La Mina y La Verneda, nuestro particular Bronx en la Barcelona de los años ochenta. El otro fogonazo, no mucho más tarde, me lleva al patio del colegio, donde nunca sufrí acoso ni me pegó ningún abusón ni nada parecido, pero un chico de otra clase quiso pasarse conmigo en el recreo, quitarme el almuerzo y marcar el territorio para que le cogiera miedo. Entonces, como si pudiera leerlo en su gesto más allá de la bravuconada y sin cortarme un pelo, le dije «Tu padre te zurra, ¿verdad?», lo que le descolocó por completo. Tanto que, sin venirse abajo ni entrar en detalles, pero con una actitud muy distinta, empezó a hablarme de cualquier otra cosa. Estoy seguro de que fue la primera vez que alguien escuchaba a aquel crío enfadado con el mundo, pues nunca volvió a molestarme. Sé que existen las malas personas porque he tenido la desgracia de cruzarme con algunas, ese cinco por ciento de la gente que, hagas lo que hagas y por mucha buena fe que demuestres, está en el mundo

para hacer daño a los demás. Pero también que hay un montón de pobres diablos que, como ese macarrilla de patio o aquel quinqui, no son más que niños grandes gritando en el pasillo para intentar espantar al coco porque, en el fondo, no soportan el miedo a la oscuridad. Yo podría haberme aliado a mis propios demonios para ser igual que ellos pero, parafraseando a Mark Twain, no hay que discutir nunca con un monstruo —ni *con un idiota*—, porque te llevarán a su terreno y te ganarán por experiencia. En otras palabras, no se puede vencer a la oscuridad con más tinieblas, así que, aunque sólo sea por ahorrar tiempo y energía, prefiero probar con la luz.

Puede que la penúltima sección de este manual de instrucciones sea la más inútil de todas porque, visto lo visto tras tropezar mil veces con la misma piedra, está claro que jamás aprendí la lección y, casi cuarenta años después, me siguen sacando de quicio el autoritarismo, la injusticia y, sobre todo, el cinismo. Un día cualquiera en el colegio, un par de alumnos estaban dando la murga en clase, el profesor empezó a perder la paciencia y, cuando tiraron una bola de papel a la pizarra, se giró para, con un cabreo considerable, preguntar quién había sido. Tras intentar descubrirlo en vano por confesión o chivatazo, y como la bola había llegado por la izquierda del aula, decidió castigar cual rey Salomón a la mitad de la clase, o sea, a los dos culpables y a otros veinte chavales. Me pareció tan absurdo e indignante, en especial viniendo de un adulto que se suponía que estaba allí para dar ejemplo y no para ensayar técnicas de la Gestapo, que me puse de pie, colérico, solté una arenga sobre la justicia digna del Atticus Finch de Harper Lee y, con lágrimas de pura rabia en los ojos, le pegué tal bronca al profesor que, como el resto de un aula en la que nadie más abrió la boca, se me quedó mirando sin tener muy claro si estaba yo loco o era sólo un imbécil. Sobre todo por el pequeño detalle de que yo me encontraba entre la mitad

de la clase que no iba a recibir el castigo, algo que el profesor solucionó enseguida, añadiéndome a los condenados a galeras. Aquel día desperdicié una excelente oportunidad para haberle hecho caso a mi padre —«tú ponte siempre en medio y no te signifiques»— y aprender tres o cuatro cosas sobre los entresijos de la comedia humana, como que para la mayoría de colectivos, por ejemplo, «conflictivo» no es quien crea un problema, sino quien rompe la ley del silencio y lo denuncia, como muchos años después me tocaría comprobar a menudo en el mundo literario, donde lo feo ya no es engañar a la gente con un premio tramposo o cualquier otro tipo de fraude, sino darse cuenta y decirlo en voz alta. A mí, sin embargo, desde aquel día y hasta hoy, me ha parecido siempre que la cara más burda y mezquina del mundo no intenta darme ninguna lección, sino que entre en vereda, algo que, a estas alturas, lleva ya bastante crudo.

Pasó algún tiempo entre los correazos de aquel cuento de terror y el día que por fin me armé de valor para irme de casa. O como mínimo para intentarlo, porque tenía sólo catorce años y, al ser menor de edad, supuse que cualquier adulto podría delatarme y, con su mejor intención, llamar a la policía para que me devolviera justo al lugar del que estaba huyendo. Era una tarde de otoño y hacía algo de frío. Lo recuerdo por la ropa que elegí meter en la mochila y el chubasquero rojo con el que salí de casa. Con una barra de pan, una botella de agua y un billete azul de Rosalía de Castro —cien duros eran—, mi idea era acercarme al puerto para enrolarme en un barco mercante como pinche de cocina o lo que fuera, pues poco antes había dejado de ser legal en España trabajar a los catorce, pero bajo ciertas banderas habría manga ancha y parecía más que factible, pensé, y mientras me llevara bien lejos, me daba igual acabar en Venezuela que en Indonesia. Pero se hizo de noche y era demasiado tarde o todavía muy pronto para hablar con

ninguna tripulación, así que decidí pasarla en la playa. Y allí estuve al borde del desastre: cuando intentaba dormir en vano en un lugar más o menos resguardado del frío en una Barceloneta mugrienta —faltaba mucho para el 92—, se me acercó un hombre mayor que, con marcado acento árabe, empezó a hablarme con un tono extraño, entre burlón y amenazante, hasta sentarse a mi lado y soltarme «¿Y si yo te digo follar, tú qué me dices?». Todo lo asustado pero espabilado que pueda estar un chaval de catorce años en esa situación, no recuerdo qué le respondí exactamente ni con qué gesto, pero al menos conseguí que no me pusiera la mano encima, aunque acabara por masturbarse allí mismo como un macaco. Luego se largó y yo, desde luego, ya no pegué ojo hasta el amanecer. Recuerdo su maldita cara porque había un actor secundario español que se le parecía horrores y luego, con los años, cada vez que lo viera me darían escalofríos. Un rato después empecé a dar vueltas por la montaña de Montjuic, hasta decidirme a entrar en una cabina telefónica para llamar a mi madre y mentirle, o sea, para decirle que estaba bien y que iba a estar mejor —esa parte era cierta—, porque no pensaba volver a casa. Pero la voz de mi madre, histérica, se desencajó y me desarmó de tal manera, que no tuve más remedio que tragarme mi recién saboreada y agridulce libertad para no matarla del disgusto. Aunque la primera noche que pasé a solas con el mundo bastó para hacerme ver que podía ser un lugar muy sórdido e inhóspito, algo dentro de mí ha sabido siempre que, de haber tenido el corazón sólo un poco más duro, me habría ahorrado los ocho años que tuve que volver a pasar en la casa del padre, mi madre habría aprendido a conformarse con otras llamadas y postales de vez en cuando para saberme libre y a salvo, es muy posible que hubiera empezado a escribir muchísimo antes y, con otras cicatrices pero de una pieza, habría llegado hasta aquí con otra historia pero el mismo

espíritu. Por eso, cada vez que algún necio me ha dicho que lo de mi vida nómada es sólo una especie de apaño improvisado para ahorrarme el alquiler, he tenido que morderme las ganas de arrancarle la cabeza y, con una diplomática sonrisa, he contado hasta diez, he llegado hasta cien y me he largado con mi música a otra parte.

Iba a decir que la música es, precisamente, mi gran vocación frustrada, pero no serían las palabras exactas. Cuando cumplí los dieciséis, pude llevar por fin a cabo mi estúpido plan —fastidié más mi futuro que a mi padre, pero en aquel momento lo viví como una dulce victoria— y me puse a trabajar, me compré una guitarra eléctrica a plazos. En pocos meses me di cuenta de que el gran amor de mi vida sería para siempre un imposible, pues mi oído musical era un ladrillo y, aunque probé suerte como vocalista en una banda de *hard rock* que aún no tenía ni nombre y no lo hice tan mal, ni con todo el esfuerzo del mundo hubiera sido capaz de disfrazar mi falta de talento. Por eso, si digo que la palabra «frustrada» no es la más precisa, es porque en realidad ni siquiera pude tomarme aquella «vocación» en serio, pues era más un sueño —febril, pero sólo eso— que una auténtica «llamada». Muy distinto es el caso del dibujo, un talento y un deseo que mi padre consiguió mutilar a hostias. Recuerdo cómo los profesores quedaban asombrados ya desde la guardería, cuando los demás niños garabateaban los típicos monigotes y yo andaba con sombreados y perspectivas. O cuando, unos cuantos años más tarde y poco antes de la paliza, tuve a toda una clase de bachillerato coloreando los acetatos de una película de animación de la que, por decisión del profesor, yo era el creador, guionista, director e ilustrador principal. Ahora que caigo, quizá en aquella tarea escolar y sin saberlo, se solaparon por un momento la que pronto sería mi verdadera vocación frustrada y dos de mis futuras pasiones, la narrativa y el cine. Lo cual me hace pensar

en lo crucial que pueden llegar a ser los estímulos o las trabas con que los adultos, ya sean los padres o los maestros, potencian o desbaratan la creatividad de los niños. Adolescente furioso o no, soy el único responsable de mis actos, pero ojalá hubiera tenido un poco más de aliento en casa para volar alto y no tener que ponerles después mil parches a tantas lagunas con más de treinta años de fervor autodidacta. Una mujer a la que quise mucho, me aconsejó una vez que no fuera diciendo por ahí que no tenía ningún título universitario, un poco como mi abuela, que era de Caravaca de la Cruz pero, casi en voz baja, se acordaba de unas huelgas de la posguerra y me pedía que no le dijera a nadie en Barcelona que tenía una yaya murciana. Pero lo cierto es que, aunque me hubiera gustado que las cosas fueran de otra manera y siempre aconsejo formarse, he visto a mamarrachos con dos carreras decir y hacer tantas estupideces que tengo muy claro que la acumulación de conocimiento no garantiza la sabiduría. A base de trabajo y lectura, en quince años he dado clases de literatura y escritura, he prologado libros de mis admirados Chéjov y Dostoievski, he escrito crítica literaria para suplementos culturales de tirada nacional, he publicado cinco libros y, aunque se excusó porque ya llegábamos tarde, uno de los críticos literarios más serios y honestos de este país —quizá el único que llegó de veras a leerla— me confesó en privado que hubiera querido proponer mi primera novela para el Premio Nacional de Narrativa. Nada de todo eso significa demasiado ni me parece cosa de otro mundo, pero, en fin, no está mal para un tipo «sin estudios».

La vocación es tan impredecible como, casi siempre, impermeable al exterior, y los modelos de conducta pueden influir mucho, pero a veces un escritor puede brotar de un erial sin libros y el hijo de un bibliotecario no acercarse a ellos ni por casualidad. En nuestra vida dependemos, a veces demasiado, de qué mano nos sostiene o nos suelta al comenzar,

de las cartas con las que empezamos la partida y de quién nos elige o nos rechaza por el camino. Imagino que por esa razón, y aunque tardara mucho tiempo en darme cuenta, mi creatividad acabó encontrando una salida en la escritura, pues a partir de la página en blanco todo depende de mí, sólo de mí y de nadie más. Una vocación que tampoco surgió de la nada, pues, además de la lectura, siempre me había gustado escribir cartas a los amigos aunque viviéramos en el mismo barrio, o incluso si tenía que buscármelos en otro idioma y por aquella prehistoria analógica de las redes sociales que eran los anuncios de *pen pals* o «colegas por correspondencia».

Luego me pasaría casi media vida sin escribir una línea, pero mis dos primeras experiencias «literarias» fueron en mi último curso como estudiante y en el último año en casa de mi padre, una a los dieciséis y otra a los veintidós años, aunque no llegara a tomarme en serio ninguna de las dos. La primera, un cuento medio gótico inspirado por una canción de Iron Maiden y las historias de Edgar Allan Poe, procrastinado durante los tres meses que nos dieron en el instituto para escribirlo y tecleado frenéticamente en una vieja Olivetti en un solo fin de semana —ya apuntaba maneras, y me refiero a dejar las cosas para última hora, como saben demasiado bien todos mis editores— pero que fascinó y casi alarmó a mi profesora de literatura, que no entendía, me dijo, «por qué no te dedicas a esto». La segunda, una extensa carta en forma de relato que le escribí al gran Ramón Trecet, agradecido por tantas tardes y madrugadas de compañía musical y tanto buen baloncesto, un relato del que ya sólo recuerdo una frase fuera de contexto —«la tela de cables desaparece»— y que leyó en antena en su mítico programa «Diálogos 3» de Radio Nacional. Fue justo el día que estrenaba un nuevo disco de Dead Can Dance, el mismo que al año siguiente formaría parte de la banda sonora privada de mi primer gran viaje —cuatro meses por el sur de Chile—,

con mi primera pareja y, ya por fin para siempre, por primera vez lejos de mi padre.

Hace dos años, antes de llegar a la comunidad de O Couso, tuve que cumplir con una formalidad y rellenar un cuestionario, cosa que hice de buen grado. A la pregunta «¿Tienes alguna enfermedad física o psíquica?» respondí, sin más, «Soy escritor». Mi anfitrión se partió de risa, y yo con él, pero a veces pienso que no es tan descabellado describir esta extraña vocación como una especie de trastorno crónico que, al menos en mi caso, te fuerza a vivir fuera de la noción general de «salud» o de «cordura». Pasarse la vida en busca de trazos y fantasmas que te acerquen a una verdad inasible sólo puede llevarte a aquella «insatisfacción eterna» de la que he hablado en el arranque de este libro, pero esa misma sed funciona también como un motor. Una fuerza que empuja al arquero a seguir buscando un objetivo. Las manzanas del éxito suelen ser verdes, demasiado ácidas, a veces tempranas y casi siempre semilla de envidias. Las manzanas del sueño, en cambio, son más bien amarillas. Rojas, mis favoritas, son las manzanas del deseo. Y en la privacidad del deseo no cabe la mentira. En otro de los versos de «Escribir», dice Maillard hacerlo «para dejar de mentir» y «poder decir tan sólo lo que cuenta», y su poema es entonces un alivio para cualquier escritor honesto, pues de todos los vicios del mundo editorial y literario, el más propio y a la vez nocivo ni siquiera es la vanidad, sino la mentira.

Siempre después de la clase política y de consecuencias más livianas, pues, al fin y al cabo, de los libros apenas queda repartirse unas migajas y nadie muere en el intento, mientras la hipocresía de alcaldes, consejeros o presidentes no evita desahucios, expolios ni guerras, demasiada gente en los oficios de las letras puede llegar a ser campeona mundial en cinismo, que debiera figurar pronto como el octavo pecado capital. Algunos de ellos, no sólo escritores, sino también editores,

críticos, periodistas y hasta libreros, son el tipo de personajes contra los que volvería a escribir Ezra Pound, gente que llega a todo y a todas partes «con usura». Por eso, aunque le lleve a uno por el camino menos llano y transitado, me parece más digno imitar a Pier Paolo Pasolini y prefiero «perder a ganar con modos desleales y despiadados». Polémicos o «conflictivos», llamaban también algunos a esos dos poetas por no conformarse con el silencio general. Al sistema no le molesta que cualquier artista «opine», sino que lo deje en evidencia. Por eso, incluso cuando parece aceptar, bendecir o hasta premiar una «crítica feroz» al estado de las cosas, no hace más que desbaratarla o, cuando menos, subrayar sutilmente que, en el fondo, esa «disidencia» es aceptable porque sólo se queda en la superficie de las cosas. Sucede con los profesionales de la provocación, que por un lado ejercen el lucido papel de agitadores de conciencias y, por el otro, siempre dóciles, aceptan comer de la mano del mismo sistema que pretenden denunciar. Un artista o un escritor debería mantener su independencia, siempre a una distancia saludable del poder y de la corte de su oficio, para ser crítico o, por lo menos, quedarse al margen y no sacar partido.

Dice aún Chantal Maillard en su poema escribir «para morder de nuevo el anzuelo de la vida», como un pez que, en el fondo y desde el fondo de un mar muerto de tanto cinismo y artificio, desea saltar a otro mundo, uno más limpio y verdadero. Y eso es justamente lo que hace la literatura: abrir puertas, ampliar horizontes y ensanchar la vida.

Parece lícito leer para «matar el tiempo», pero eso supone derrochar la incierta y finita existencia, correr todavía más rápido hacia la nada del cementerio y desaparecer a toda prisa. Nada ni nadie puede regalarnos más tiempo del que estaremos en este mundo, pero leer es un modo de convertir los senderos de ese tiempo y de ese mundo en caminos, pistas y avenidas.

Leer libros verdaderos y buenos, claro, no burdos matadores de tiempo ni tampoco, del otro extremo, libros que lo ensucian y lo llenan de ruido, con su soniquete de marionetas de hojalata y sus ocurrencias de titiriteros ensimismados. Leer es también ampliar el campo de batalla para no perder la guerra, dejar crecer los deseos y los horizontes, multiplicar las dianas y ser consciente de no dar abasto, pero aceptarlo y agradecer lo poco o mucho por lo que sí puedas luchar en tu camino. Leer, como escribir, no es sólo imaginar o ensayar otras vidas en la ficción, sino también armar una vida nueva en lo real. Una en la que el tiempo y la existencia ganan dimensión, luz y sentido.

La literatura, como el arte, tiene el doble don de ensanchar la vida y transformar el mundo. Transforma a quien la lee y transforma a quien la escribe. A veces incluso cuando no lo busca ni es consciente de ello. Y a menudo, cuando de veras lo intenta y se lo propone, llega a hacerlo mucho más de lo que había imaginado. La novela *Las uvas de la ira*, por ejemplo, que John Steinbeck escribió como un acto político pero no panfletario —la única manera de hacer buena literatura comprometida—, indignado por la miseria de los granjeros de Oklahoma que tuvieron que emigrar hacia el oeste en los años treinta del pasado siglo, dejó en evidencia a las autoridades y mejoró las condiciones en las que aquellos desheredados eran recibidos en California. En ocasiones la transformación no es literal ni inmediata, pero sienta las bases de un posterior cambio de conciencia, como cuando la crónica que Antón Chéjov escribió sobre *La isla de Sajalín* denunció el trato inhumano de la Rusia zarista hacia quienes eran deportados a aquella inmensa colonia penitenciaria. O queda, al menos, como testimonio y desafío para las generaciones futuras, como la novela *1984*, que George Orwell escribió en 1948 pero muy consciente de que, a pesar de haber perdido la Segunda Guerra Mundial, el fascismo no había sido derrotado ni erradicado y

seguía vivo, como una serpiente de mil cabezas, lista para cambiar de piel en cada época y así poder envenenar a la Humanidad con una cara distinta pero la misma ponzoña. Otras veces la transformación que ofrece la literatura es mucho más íntima y personal, pero no por ello menos importante, pues cualquier cambio en el mundo sensible acaba por operar también en la realidad, la individual y, por lenta confluencia de cada río en el cauce principal de la experiencia, poco a poco también en la colectiva, como cada instante en el que un nuevo lector aprende a mirar las cosas de forma distinta tras leer a J. D. Salinger, Christian Bobin o Wisława Szymborska.

La literatura transforma también nuestra visión del prójimo, arma un mosaico más veraz y completo, cultiva la diversidad y, a veces, nos acerca de algún modo a nuestros contrarios. Lejos de moralizar, una buena persona puede crear obras literarias mediocres o hasta infumables, y otra en absoluto modélica o en las antípodas de nuestra concepción ética del mundo puede aportar también algo valioso a su manera. Yo admiro profundamente a Albert Camus o a Antón Chéjov dentro y fuera de la página, también como modelos morales, pero he aprendido muchas cosas, y no sólo literarias, de personajes como Louis-Ferdinand Céline o Knut Hamsun, tan lejos uno y otro de mi ideario fundamental. A veces los prejuicios nos impiden acercarnos a otra forma de mirar que, de repente, puede enriquecer y transformar la nuestra. Recuerdo, por ejemplo, lo antipática que me resultaba la figura de Francisco Umbral, a quien sólo «conocía» por alguna gansada en televisión y varias de sus columnas, imitadas hasta la suciedad por una legión de aprendices sin voz propia que todavía no han sabido apartar el hocico de ese hueso. Sin embargo, la lectura de *Mortal y rosa* fue para mí un verdadero acontecimiento, no sólo por gozar de una de las prosas más bellas y genuinas de toda la literatura contemporánea en español, sino sobre todo

por aprender a ver el dolor en la belleza y la belleza en el daño, poniéndome en los zapatos de un ser humano con el que, por no haberme abierto antes de entendederas, había juzgado demasiado pronto y bastante mal.

En una carta a un amigo, Franz Kafka escribió que «un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros», una frase citada a menudo y con la que comulgo, pero sin olvidar tampoco que un libro puede y quizá deba ser también a veces una cuerda o una balsa para salir después de esas aguas gélidas y seguir nuestro camino, pues la literatura no tendría que ponerle demasiados paños calientes a la verdad, sino dejar respirar ciertas heridas para que puedan cicatrizar y, justo entonces, volver a apostar por el ser humano y la belleza. La literatura, desde luego, ha ampliado mi vida y ha transformado mi mundo, haciendo de mí el hombre y el escritor que soy, nómada y pobre, pero digno y libre, con un sentido como brújula y nuevas metas cada día. Me gusta pensar también en este *Blanco móvil* como en un piolet con el que, si no romper el hielo de todo un mar congelado, sí al menos poder escalar un iceberg, asomarse a la cima y ver qué hay en la otra orilla. O como en un pequeño caballo de Troya con el que colar cierta visión de la literatura en el sitio menos pensado para que al final, de algún modo, ganemos todos, aqueos y troyanos. No puedo evitar esa imagen justo aquí, en un rincón de la gran colonia griega que fue Sicilia, donde termino de corregir este libro frente a otro mar mucho más cálido y con las nieves de un volcán en el horizonte, muy cerca de donde nació, vivió y murió mi querido Franco Battiato, otro *nómada*, a su manera, que también *encontró la paz al final de su camino*.

Entiendo que haya escritores que tengan bastante con una idea para tirar del hilo y ponerse a escribir un libro. Yo necesito un primer chispazo que, acabe en una buena hoguera,

todo un incendio o un triste petardo, salte desde alguna parte de mí mismo que ni siquiera controlo. Luego, una vez enfrascado en la tarea, se le puede dar forma, potencia y dirección al fuego, pero, para mí, si la llama inicial no es genuina, no tiene sentido dedicarle ningún esfuerzo, porque sería como intentar que prendiera la leña demasiado húmeda o, peor todavía, desperdiciar mi energía en un libro sin alma. Así he comenzado siempre mis proyectos literarios, los que ya he publicado, los que están por salir, los que aún debo terminar, los que apenas he abocetado y, también, los que preferí tirar a la basura. Todos a partir de aquel primer chispazo no deliberado, ya saltara por un cortocircuito emocional, como respuesta al desencanto, la rabia o el vértigo, por una irrefrenable urgencia vital, por exorcizar demonios, para aclararme conmigo mismo y con la realidad, para darle voz a quienes ya no la tienen o sólo por buscar otras formas de mirar y decir el mundo. De modo que, para que esta crónica no fuera un pegote de pólvora mojada, he tenido que invertir el proceso, poner a secar la memoria y encontrar la yesca con la que poder encender la llama. Estuve a punto de darme por vencido, hasta que me sacaron del apuro dos personas, una con su mechero y la otra con un bidón de gasolina. Un hombre de cuarenta años que sólo necesitaba un poco de luz para dejar de andar a tientas y, sobre todo, un chaval tan desesperado que parecía dispuesto a dejar que ardiera el mundo con tal de romper sus cadenas.

A día de hoy me alegra haber conseguido hacer de uno y otro, si no la mejor, *sí* al menos una buena versión de mí mismo. Sé que es así porque, a pesar de los días malos y los tiempos oscuros, he aprendido a preferir la luz, a fijarme en la belleza de todas las cosas y, a veces, también a contarla. Quién sabe, aunque ahora me sea imposible recordarlo, quizá llegara justo a tiempo a Barcelona con aquel DeLorean prestado.

No importa que los amargados la nieguen, los cínicos la ridiculicen, los beatos la desprecien y los mercachifles intenten embotellar cualquier otra cosa en su nombre, pero la belleza existe. Tampoco hace falta que todos intentemos narrarla, describirla o cantarla. Para honrarla basta con saber que está ahí, rodeándonos y formando también parte de nosotros. Basta y sobra con saber mirarla y apreciarla, porque sólo entonces podremos cuidar de ella. Contra quienes insisten en que ya nada queda por decir, en que «la novela ha muerto» y otras sandeces por el estilo, la posibilidad de mirar las cosas como por vez primera o, por lo menos, de una forma auténtica y sincera, sigue ahí, intacta y rotunda.

Si crees que ya no hay historias que contar, aparta la nariz del libro o la pantalla, sal a la calle y habla con la gente. No con los personajes, patrones o discursos que ya tengas configurados en tu cabeza, sino con la mente abierta a la sorpresa y la intención de escuchar a las personas que de verdad tienen algo que decir. Si el mundo te parece más o menos la misma cosa ya demasiado vista y aburrida, dedica una tarde a leer artículos o a ver documentales serios sobre astronomía y luego, si puedes, imagina a un improbable náufrago alienígena que llevara una edad entera a la deriva en su nave, perdido en la inmensa negrura de un espacio sin vida. Imagina que de repente se encontrara con esta esfera azul y hace miles de años, antes de que los homínidos fuéramos una plaga, aterrizara en la Antártida, en la Amazonía o en el Himalaya. ¿No le parecería la Tierra un absoluto milagro colgado como una guirnalda del vacío? ¿De verdad no nos lo parece a todos cada día sólo porque, de tanto habitar, gimotear y hurgar en su corteza, ya damos la maravilla por sabida? La Humanidad es la única responsable de todos los infiernos —la naturaleza puede ser temible, pero no existe el mal en ella— de este mundo, aunque también de ciertas evocaciones de la

belleza que, quizá para ese náufrago venido de las estrellas, bastarían para no condenarnos. Aunque fueran sólo algunas obras de arte, un puñado de edificios y, sobre todo, la música, esa singularidad que nos redime.

Sin embargo, la belleza y la maravilla no nos necesitan para suceder cada día. Lo único que podemos hacer todos, artistas o no, es permanecer atentos y seguir dispuestos a percibirlas. La próxima vez que te conectes a la red, recuerda que tu descarga viaja a toda velocidad por enormes cables submarinos de fibra óptica, pero también que justo encima de ellos, en la profundidad del océano, los cachalotes siguen cazando calamares gigantes o migran todavía algunas ballenas que ya estaban vivas el año que Herman Melville publicó *Moby Dick*. Y cuando un petirrojo venga a darte los buenos días, las gaviotas armen su escándalo en la playa o, al caer el sol, los mirlos te alegren la tarde con su conversación, piensa que los dinosaurios no desaparecieron, sino que *aprendieron* a estar en el mundo de otra manera. Una bastante hermosa, además, tan diversa como las moradas de un nómada y tan ligera como su equipaje.

La belleza que percibimos es, a la vez, convención y verdad. Una parte de ella es superficial, cultural y pasajera. Sólo el marco. Y otra, además de profunda, también visible, real y luminosa. La luz en sí, sin necesidad de diatribas moralistas que nieguen su dimensión tangible. Una belleza que existe como lo hace el agua en el desierto, a menudo subterránea y escasa, pero que a veces aflora a cielo abierto y aglutina en torno a ella la vida misma. A veces, digan lo que digan el zorro imaginado por Saint-Exupéry o el millón de «creadores de contenido» que lo repiten en las redes sociales sin pararse un minuto a pensarlo —y sin que parezcan haber leído otro libro en toda su vida que *El principito*—, lo esencial deja de ser invisible a los ojos, justo cuando esa belleza no es fugaz ni superficial. Esa belleza es, de

hecho, a la vez mensaje y mensajera, instante y eternidad, parte y todo. No hace falta que amargados, cínicos y beatos entiendan esto. Basta con que nos dejen en paz a quienes vivimos de otro modo en este mundo, que no sólo es el marco, sino también la luz.

A finales de 1994, durante aquel primer gran viaje por la Patagonia chilena, tuve el privilegio de contemplar una orca adulta *volando* de cresta a cresta entre las olas de las embravecidas aguas del Pacífico, como si jugara con la tormenta. Era aún muy temprano y la mayoría del pasaje —también mi novia, pobre— seguía durmiendo o vomitando en los camarotes y las bodegas del barco, mientras parte de la tripulación y otro par de viajeros chiflados como yo andábamos ya por la cubierta de babor, agarrados a donde podíamos para, a nuestra manera, disfrutar también del temporal. Por aquella época aún no teníamos smartphones ni nada parecido en el bolsillo, pero no se me habría ocurrido perderme ni un segundo de semejante regalo de la naturaleza intentando hacer una maldita foto. Ese recuerdo lo llevaré para siempre impreso en mi ser.

En aquel momento me quedaban todavía muchos años para que me planteara siquiera ser escritor, pero hay dos cosas que conservo intactas desde entonces y que me acompañan a todas horas: cierta mirada tan inconformista como limpia y la emoción por todo lo que aún nos recuerda que, entre las miserias de este mundo, vivimos también rodeados de belleza y de milagros. Todo lo que empecé a escribir tanto tiempo después, y lo que seguiré escribiendo mientras respire, vino, viene y vendrá de esa fascinación y de ese amor por la vida, que siempre consideraré más grande y hermosa que cualquier libro. Que cualquiera, sí, incluso que las obras maestras de mis autores favoritos, pero sobre todo mil veces más bella y vasta que esos libros «perfectos» y sin alma que tanto se parecen a un

inteligentísimo, arriesgadísimo y seguro que imprescindible «artefacto», pero tan poco a la desmesurada, impredecible y bendita vida.

Llevo ya una década como nómada, los peajes del camino empiezan a pasarme factura y confieso no saber cuánta cuerda me queda. Sólo tengo claro, después de quince años dedicado a la literatura, que mientras la belleza me conmueva, mi corazón se haga preguntas y mi cabeza siga despierta, escribir será siempre la única respuesta. Ojalá este libro consiga llegar y *llegarles* a muchos lectores, ser leído sin prejuicios y tener cualquier forma de éxito que le venga bien a mi editora, sin la que, sencillamente, *Blanco móvil* ni siquiera existiría. Si todo eso sucede, podré tomar una buena bocanada de aire para zambullirme de nuevo y a pulmón libre en mis ficciones, pero, pase lo que pase, sentiré que he fracasado si no consigo que, tras leer este relato de una parte de mi vida, alguna persona —aunque sea sólo una— apueste también por darle un poco más de sentido y libertad a la suya.

Ha sido un placer, pero van a cerrar ya este café y yo tengo que irme. Espero que, sea cual sea tu sueño —recuerda, eso sí, pasar la prueba del espejo, que no está el mundo para más reinonas, reyezuelos ni manzanas envenenadas—, tú tampoco tires la toalla. Si quieres, cuando ya te hayas lanzado de veras a por ello, quedamos otro día por el barrio y me cuentas qué tal te ha ido. Puede que no salga como esperas o no consigas todo lo que te propongas, pero lo más probable es que, llegues hasta donde llegues, la experiencia sea mejor que haberte quedado donde estabas.

Que tengas mucha suerte.

AGRADECIMIENTOS

A mis cien anfitriones a lo largo de una década, desde Alba Muñoz, la primera persona que me ofreció un espacio en su casa, a Lita Bertomeu, que me ha prestado el penúltimo refugio en el que he escrito este libro.

A Ramiro Domínguez, por su paciencia y su comprensión.

A Mónica Adán, mi editora, por su dedicación y su buen talante, pero sobre todo por aparecer en el momento justo y darme la confianza que necesitaba.

A los suscriptores de mis diarios, porque las cosas serían un poco más difíciles sin ellos.

Gracias a todas esas personas y a otras muchas que no menciono pero tampoco olvido, por haberse cruzado de un modo u otro en mi camino.

Y también a mis lectores, los fieles y los nuevos, desde mi primer libro a este *Blanco móvil* y los que puedan venir de ahora en adelante, por ayudarme a darle sentido a las luces y sombras de mi vida nómada.

Taormina, diciembre de 2022

Esta primera edición de *Blanco móvil* se terminó de componer el 10 de marzo de 2023, en el centenario del asesinato en Barcelona del líder anarquista sindical Salvador Seguí a manos de un sicario de la patronal. Conocido como *El noi del sucre*, pensador autodidacta y hombre íntegro respetado incluso por no pocos de sus adversarios, Salvador Seguí compartía nombre, apellido y orígenes con un bisabuelo del autor.

El escritor nómada Sergi Bellver narra en primera persona su apuesta radical por un sueño. Una emocionante historia real sobre la lealtad a nuestra voz interior en una sociedad dominada por el materialismo.

Sergi Bellver es escritor y no tiene casa, aunque tampoco vive en la calle. Hace ya más de una década -primero empujado por la necesidad, pero pronto convencido de su elección-, comenzó a habitar en viviendas prestadas. Desde pisos vacíos en barrios obreros a verdaderas mansiones, o de humildes cabañas a los lugares más insólitos, su singular viaje a lo largo de los años nos muestra otros caminos posibles y nos anima a no renunciar a nuestros sueños ante las dificultades. Y es que esta crónica apasionada y reflexiva de una asombrosa vida nómada es, sobre todo, una historia acerca de la libertad personal y creativa, una mirada crítica a los oficios de la cultura y un alegato a favor del arte como fuerza transformadora de la

realidad.

«Desde aquel primer sofá prestado, he dormido en sitios que van de lo precario a lo opulento y de lo onírico a lo insólito. (...) no siempre he sido más feliz, ni he estado más a gusto, ni he podido escribir mejor en los lugares a priori más atractivos de ese peculiar listado, sino en aquellos en los que sentí haber encontrado de veras un refugio».

«[…] la belleza y la maravilla no nos necesitan para suceder cada día. Lo único que podemos hacer todos, artistas o no, es permanecer atentos y seguir dispuestos a percibirlas. La próxima vez que te conectes a la red, recuerda que tu descarga viaja a toda velocidad por enormes cables submarinos de fibra óptica, pero también que justo encima de ellos, en la profundidad del océano, los cachalotes siguen cazando calamares gigantes o migran todavía algunas ballenas que ya estaban vivas el año que Herman Melville publicó Moby Dick. Y cuando un petirrojo venga a darte los buenos días, las gaviotas armen su escándalo en la playa o, al caer el sol, los mirlos te alegren la tarde con su conversación, piensa que los dinosaurios no desaparecieron, sino que aprendieron a estar en el mundo de otra manera. Una bastante hermosa, además, tan diversa como las moradas de un nómada y tan ligera como su equipaje».

«Blanco móvil es la bella, divertida, ácida y emocionante crónica de un nómada que escribe, ama y acampa en los libros. Leed y disfrutad».
Carlos Bardem

«Sergi Bellver afronta la vida como la escritura: como un acto de resistencia ante el curso de los tiempos. En este libro, vida y

escritura son la misma cosa».

Juan Soto Ivars

Sergi Bellver (Barcelona, 1971). Escritor de vida nómada desde hace más de una década, ha publicado la novela *Del silencio* (2021), el cuaderno de viajes *Variaciones sobre Budapest* (2017), el poemario *Gavia* (2019) y el libro de relatos *Agua dura* (2013), con cuentos seleccionados en antologías de España y América Latina. Desde 2017, además, comparte sus *Diarios* con un grupo de suscriptores. Escribe artículos para la revista *Viajes National Geographic* y ha colaborado en diversos medios. Ha trabajado como editor, profesor de narrativa, crítico literario, periodista cultural, guionista y librero. Coordinó varios libros colectivos y ha prologado nuevas traducciones de obras de Chéjov, Kafka y Dostoievski. *Blanco móvil* es su primer ensayo.

Edición en formato digital: marzo de 2023

© 2023, Sergi Bellver
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Idoia Vallverdú
Fotografía de portada: Gainsbourg 2012, from the Flying Houses series © Laurent Chéhère

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-03-52384-5

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @aguilarlibros
Instagram: @aguilarlibros_
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Blanco móvil

Basado en techos reales

De la vida nómada

Mil casas vacías

Diario del náufrago

Una cabaña en el bosque

El arco y la manzana

Blanco móvil

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sergi Bellver

Créditos